



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

**COLEGIO DE HISTORIA**

**“EL TESTIMONIO PERIODISTICO COMO FUENTE PARA  
LA HISTORIA DE LAS MENTALIDADES DEL  
MEXICO CONTEMPORANEO”**

**T E S I S   P R O F E S I O N A L**

Que para obtener el Título de

**L I C E N C I A D O   E N   H I S T O R I A**

p r e s e n t a :

**MAGDALENA NORIEGA EZCURDIA**

**MEXICO, D. F.**

**1983**



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## C O N T E N I D O

I	Introducción	I
II	Notas bibliográficas	XX
III	Testimonios periodísticos	
	Antigua	1
	La iniciativa privada	16
	Tajimaroa	40
	La Merced	66
	Los medieros	75
	Los mojados	85
	Pescadores en Akumal	101
	Camila de Ixmiquilpan	114
	Bacalar	123
	Los paracaidistas	134
	Los Tomidis en Campeche	156
	En una ciudad perdida	163
	Un marinero de tierra	181
IV	Ubicación de las entrevistas	185
V	Conclusiones	188
VI	Bibliografía	203

I

## I N T R O D U C C I O N

El propósito último de toda ciencia es comprender y la historia comparte con otras ciencias ese objetivo. Pero ¿qué es la historia a diferencia de las otras disciplinas del hombre? Pregunta tan elemental debe ser encarada en este trabajo cuyo tema se presta a la controversia y a la ambigüedad y porque nunca está de más revisar nuestro propósito y la forma como nos plantamos ante él.

Historia es saber, el "Saber" por excelencia, el ver y el historiador es el que sabe, el experto, el testigo. (1)

Para Herodoto de Halicarnaso escribir la historia tenía como objeto "impedir que las acciones realizadas por los hombres se borren con el tiempo". Y de esta manera el padre de la historia decidió dejar a un lado el dominio incierto e ilusorio de un pasado de dioses y de héroes para dedicarse al tiempo más próximo y real que es el de la historia de sus predecesores. (2)

¿Y por qué habría de guardar aquello en la memoria? ¿Para venerar, para aprender, para entender, para iluminar? ¿Para qué el hombre quiere saber sobre su pasado personal y colectivo? ¿No es acaso para comprender mejor y para ser mejor, en todos los aspectos y aplicaciones? ¿Cómo explica el pasado lo que el hombre es? ¿Cómo le enseña para conjurar un destino? ¿Cómo lo condiciona en una fatalidad? ¿Cómo es el producto de lo que antes fue y que de alguna manera pervive y lo rodea?

Hacer historia es pues tratar de "Saber", de ver, de comprender al hombre en y desde su pasado. Es la relación del hombre con su pasado lo que interesa a la historia. Y comprender es liberador. ¿Cómo ese pasado ha influido en el hombre que ahora es? ¿Cómo es que ha venido a ser lo que ahora vive? ¿Cómo es este hombre actual eslabón entre el pasado y lo que puede ser? ¿Cómo el conocimiento de lo pasado puede ser una enseñanza? (3) Y no se trata de comprender solamente al hombre global, genérico, sino también al hombre particular, individual y a la interrelación de unos con otros en grupos y en épocas.

Según Benedetto Croce, teórico y filósofo de la historia, toda historia es historia contemporánea. "Aunque trate de temas en apariencia muy lejanos en el tiempo y en el espacio, no merece el

hombre de historia mas que en la medida en que se revela como una contribución a la solución de los problemas que plantea a la consciencia del historiador y de sus hermanos la interpretación de la situación que les es dada por la coyuntura política, social, económica y cultural del tiempo en que están situados". (4)

En este intento de comprensión de la causa profunda de los acontecimientos, son posibles y válidas muchas alternativas. Es decir, que una vez que hay claridad sobre lo que se busca, todo puede ser sometido a ese propósito y precisamente le es propio a la ciencia y por lo mismo a la naturaleza de la inteligencia humana, adaptar sus instrumentos a su objeto. (5)

El hombre, buscando el sentido de su presente en sus raíces, ha incursionado en infinidad de veredas y se ha valido de muchísimos medios. Con el tiempo ha ido perfeccionando sus métodos pero siempre en la medida en que éstos se adaptan a esa búsqueda. Todo tipo de rastros dejados por el hombre a su paso por el mundo han hablado y dicho sus secretos a condición de haberles preguntado adecuadamente. (6)

Collingwood dijo : "Cualquier cosa puede convertirse en testimonio sobre cualquier asunto". (7)

Se ve que se requiere en el quehacer histórico una conjunción de dos factores fundamentales: una pregunta y un material. Es sobre ambos que esta

tesis propone una variante alternativa.

En los caminos del periodismo se encuentra constantemente que para explicar los hechos del presente hay que recurrir al pasado y que esos mismos hechos a su vez explican, ya una vez convertidos en pasado, las nuevas situaciones. La diferencia con los tratamientos históricos convencionales es que la explicación está en función de un presente efímero y que éste se convierte siempre en un pasado muy inmediato, pero pasado al fin de cuentas. Lo que se estudia se convierte a la vez en objeto explicado y en fuente de explicaciones sucesivas, todo a condición de preguntar adecuadamente y de tener un material al que interrogar. (8)

El material siempre es nuevo y tiene que ver con un presente. Las preguntas son tan simples o tan universales como ¿por qué? ¿de dónde? ¿para qué? ¿cómo?

Este quehacer puede ser reclamado por la sociología pero realmente no le pertenece porque ella busca generalizaciones globales mientras que la Historia trata de explicar lo particular por su génesis, por su origen, por su devenir, es decir, en su relación con el pasado. De hecho este territorio siempre perteneció a la historia y actualmente debe recuperarlo para sí. Una historia así sería una disciplina que se valiera de todas las

demás al mismo tiempo que permitiría una comprensión de lo global. En este caso las fronteras entre una ciencia y otra servirían más como señales en el camino que como murallas que impidan el libre fluir del pensamiento.

Todo lo que en un momento fue presente y se trata de explicar por su pasado, ahora es historia que explica lo presente y lo es en la medida en que se sabe sobre ese pasado.

La búsqueda más en lo inmediato, incluyendo al presente que transcurre, es una alternativa del método histórico, válida en la medida en que se acepte el concepto de historia del que se habló anteriormente. Con ello se propone el uso de la entrevista y del relato periodístico como testimonios válidos para la historia contemporánea. (10)

Sobre esta época así como sobre cualquier época, se pueden estudiar los hechos, las grandes corrientes, los aspectos específicos o parciales, o las mentalidades, es decir, lo que está detrás y por encima, inspirando y provocando los hechos. Conocer las mentalidades es adentrarnos con mayor firmeza en el camino de la comprensión del grupo humano y de la época en cuestión, que en este caso es la contemporánea.

¿Cómo vive el hombre que se estudia, qué actitud tiene frente a la vida, frente a la muerte, frente a los ritos y el más allá, frente a los hijos,

frente al sexo, frente a sus vecinos y el resto de su país, frente a las instituciones, frente a su habitat, frente a su pasado y su futuro, frente a las cosas materiales, frente a la educación y frente a la salud y la enfermedad...?

¿Cómo esta mentalidad se traduce en hechos, en rasgos, en indicios? ¿Cómo estos conforman a su vez un perfil social y cómo a su vez éste se hace causa de otros devenires, es decir, causa histórica? Todo está relacionado entre sí, nada puede explicarse históricamente por sí solo. (11)

Una particular forma sugiere un determinado contenido. Así, en las formas de vida está implícito un contenido de vida y entendemos éste como una actitud, una mentalidad, un fondo psicológico que mueve y conforma al mismo tiempo que es modelado. (12)

Este es el tipo de material recogido en los testimonios periodísticos que se presentan a continuación. Se trata de una serie de imágenes o retratos derivados de entrevistas y visitas hechas a familias ubicadas en diversos ambientes del paisaje humano mexicano.

En ninguno de los casos se trató con algún personaje notable por su dimensión pública sino que todos fueron hombres y mujeres comunes, corrientes y anónimos. (13)

Su significatividad reside en que representan a otros muchos que viven de la misma manera y en

que son ellos los depositarios y gestores de una historia mexicana.

Porque, ¿quién vive la historia y quién la hace? No solamente los grandes personajes como lo quiso una moda ya caduca, ni las grandes leyes que supuestamente mueven a la humanidad, como lo quiere otra corriente filosófica. La gente concreta, con sus sentires, quererres, con sus esperanzas y vicios, con sus haceres y entuertos, con sus modos y mentalidades, es la que va moviendo las cosas al mismo tiempo que es movida. (14)

¿Cómo es movida por la historia y cómo se mueve a ésta, es lo que nos interesa saber, porque ello echará luz sobre nuestra realidad y nuestro ser aquí y ahora, es decir, que nos ayudará a comprender un poco más. (15)

En un momento dado se pudo haber elegido entre una investigación más científica, basada en encuestas y que buscara conclusiones derivadas de la estadística o una tarea menos convencional, que considerando que cada caso es representativo de muchos otros, pusiera el acento, no en la generalización simplificante, sino en la forma específica y particular de darse el elemento que forma al grupo abstracto. Es en todas esas formas de ser distintas donde reside la incertidumbre de la historia.

Aunque todo individuo pertenece a determinado grupo social aglutinado por ciertos modos comunes,

conserva siempre un sello que lo hace único y especial. Por medio de esta unicidad escapa a los intentos que se hacen por amontonarlo, calcularlo, predecirlo. Los elementos inagotables que hacen única a toda persona son, al fin de cuentas, los que renuevan a la sociedad de tal modo que nadie puede predecir ni controlar.

Esa realidad es tan rica que se presta además a reflexiones útiles en el esfuerzo por entender. (16)

De alguna manera lo que se persiguió fue captar el sentido profundo de la vida de esos otros, de la mentalidad detrás de los hechos. Así, había que acercarse a ellos desprovistos, en lo posible, de todo prejuicio intelectual, y de todo condicionamiento físico, casi colocándose en los zapatos de cada persona con el objeto de poder entenderla mejor, con la convicción de que se podía encontrar un mundo interesante si así se hacía. (17) Al mismo tiempo había que mantener una apertura desprejuiciada y tener un propósito con sus preguntas.

El modo seguido para recabar los datos que hicieron posible cada retrato consistió en convivir durante varios días con familias de diversa procedencia étnica, regional, económica, etc., con un afán de ver de cerca las particularidades de las actitudes que en la vida práctica y real existen como la contraparte de las grandes generalizaciones globales.

En ningún caso se utilizó el cuestionario cerrado que sirve para obtener resultados concretos sobre determinadas incógnitas pero que de alguna manera dirige las respuestas. Por el contrario, se prefirió dejar que las personas fueran proponiendo los temas de conversación y las actividades que más les interesaran. Poco a poco se iban planteando, de manera espontánea, las inquietudes, problemas, esperanzas, ambiciones, luchas, memorias, penas, alegrías, utilizaciones del tiempo, tradiciones y valores auténticos en cada familia o persona. (18)

En todos los casos se procuró, con mayor o menor dificultad, evitar que la propia presencia influyera o alterara la naturalidad del comportamiento de la familia visitada. Naturalmente eso no se logró en forma absoluta pero se cree que lo suficiente como para valorar lo percibido.

Casi todo el tiempo la convivencia se realizó en las cocinas, los patios, los corrales y los alrededores que comunican cada paraje con el resto del mundo. En varias ocasiones se participó en las labores cotidianas o rituales, como el lavado de ropa y utensilios, la alimentación de los animales, la ordeña, la limpieza de la casa, las celebraciones religiosas, la pesca, la resinada, la cosecha, las caminatas, los almuerzos, las curaciones y los relatos de historias y cuentos locales y familiares. (19)

El resultado es un testimonio periodístico que se cree puede ser utilizado como material para la historia de las mentalidades del México contemporáneo. (20)

Una vez conocido el material, con las mayores particularidades y especificidades posibles, se planteó la pregunta de qué tanto cada caso sería representativo de muchos otros, qué tanto, por su número, podrían formar corriente, qué tanto ayudarían a constituir el perfil de un momento mexicano y qué tanto ese momento sería historia. (21)

Se pudieron derivar algunas conclusiones, mismas que se presentan al final del trabajo, pero solamente como una muestra de la posible utilización de este tipo de material.

El periodismo, al mismo tiempo que trata de informar a los contemporáneos sobre lo que sucede en su momento en distintos ámbitos, cumple la labor de dejar un testimonio sobre el presente efímero y de este modo rescata un material que sin tal estaría perdido para siempre.

Naturalmente que existe el problema de la comprobabilidad de las afirmaciones periodísticas pero ese sería tema de otra investigación. Lo que nos importa aquí es que hay una memoria que se rescata y que ésta habla del contenido de un momento o de una época, de la forma como la diversa gente vivió los acontecimientos y de cómo éstos fueron

generados por una determinada manera de plantear las premisas de los problemas, todo ello derivado de la interrelación de las diversas maneras de representarse el mundo de distintos grupos sociales.(22)

En este momento se tiene ya una cierta idea sobre el sexenio del presidente José López Portillo, sobre lo que significa este período en la historia de la post-revolución, sobre la influencia que ha ejercido en el presente sexenio. Se habla ya del boom petrolero y de la crisis y las entrevistas que forman este trabajo hablan justamente del elemento humano que vivió esos fenómenos que ya son historia.

Tal vez alguien se ha preguntado cómo viviría la gente común y corriente en toda la larga época que rodeó al momento de la caída de Roma. ¿Estarían acaso diciéndose: "estamos viviendo los albores de la Edad Media..."? ¿Se preguntarían sobre las grandes causas filosóficas o históricas de tal desplome? ¿Vivirían éste como tragedia o simplemente seguirían viviendo, ocupados en sus asuntos, en sus quehaceres, relacionándose con los bárbaros por parentesco o por negocios? (23)

¿No cambiaría muchísimo nuestro concepto de crisis si supiéramos cómo la gente ha vivido las muchas épocas de transición y de cambio de que da cuenta una historia escrita por observadores cultos?

¿No sabríamos mucho más sobre cómo es posible vivir en una época así si tuviéramos los testimonios de

gente simple que no sólo supo sobrevivir sino que le dió todo un estilo a una nueva época?

Por la historia sabemos que todo el tiempo algo se está gestando, que algo muere, que algo permanece, que algo cambia incesantemente. ¿Cómo es todo ello en nuestro momento?

El testimonio sobre el presente efímero convertido rápidamente en historia inmediata y enmarcado por una historia más convencional y ortodoxa, puede echar mucha luz sobre una realidad y un destino que tratamos afanosamente de comprender. Se trata de hacer de este empeño un medio y no un fin.

Tucídides mismo eligió el acontecimiento contemporáneo como objeto de su esfuerzo. El recabó sus datos de informantes que fueron protagonistas de cierta trascendencia en las guerras del Peloponeso. (24) En este caso se trata de actores anónimos de un momento menos notable, más difuso, pero que de todos modos es un tiempo histórico.

Y por otra parte, se ignora lo que para el futuro será significativo de la historia presente. De lo que ahora ocurre, ¿qué servirá para explicar el devenir de lo futuro? No se sabe y lo único que se puede hacer es dar la mejor cuenta posible de lo que se ve y de lo que se considera importante o interesante.

Ese es el propósito, no sólo del periodismo sino también de la llamada "historia oral" que

pretende recolectar un material virgen que puede ser utilizado posteriormente. (25)

Eugenia Meyer y Alicia Olivera de Bonfil en su planteamiento de lo que es la historia oral dicen que, "el historiador que hace la historia oral, se distingue tan sólo en que al realizar sus entrevistas, lo hace con el fin de que alguien en el futuro las emplee". (26)

"La Historia oral tiene un compromiso tácito y urgente: rescatar el mayor número posible de material verbal, que no se ha escrito, que no se escribirá, ya se por circunstancias de educación, de tiempo, por escasez de posibilidades, por cuestiones de orden político, etc". (27)

"Cualquier conversación en el campo, en la ciudad, en la fábrica, en la universidad, en una reunión política o durante un paro sindical, puede venir a enriquecer nuestro acervo documental". (28)

"Al introducir esta técnica en el campo de la investigación histórica en México, rescatamos la vieja tradición iniciada por fray Bernardino de Sahagún, quién valiéndose de la entrevista con sus informantes, salvaguardó leyendas, mitos y el relato directo de los sucesos entre caciques, sacerdotes y ancianos, como fuente esencial de su obra; indiscutiblemente una de las más completas y valiosas de nuestra historiografía". (29)

En su Otoño de la Edad Media, Johan Huizinga está precisamente aprovechando los testimonios menos cultos de esta época para dar una imagen de la vida cotidiana, de la mentalidad, de las formas de ser y de actuar de la gente en general. Su aportación dió una nueva imagen de un tiempo oscuro y sobre el que se tenían nociones equivocadas. (30)

Por su parte, en la actualidad Michael Mayer considera que "el investigador más serio se siente más a gusto cuando el hombre común puede hablar por sí mismo", contra una cierta inercia que lleva a hacer historia de los personajes que "hacen historia", de los héroes y de los antihéroes, casi siempre desde un punto de vista "articulado". (31) Y diciendo y haciendo propone el rescate de un cuantioso material que constituye una fuente primera sobre las cuestiones que ocupaban a la gente común y corriente de los diversos momentos de la revolución mexicana y que hablan de unos hechos y de una mentalidad que llevó a hacer que las cosas fueran como fueron.

Este esfuerzo adolece de varias limitaciones entre las que se pueden discernir, a primera vista, el hecho de estar dominado por la óptica del que observa y reflexiona. Sin embargo, este trabajo no tuvo la intención de calificar las costumbres, actitudes, hechos o formas de vida. Lejos de ello trata de excluir el juicio moral o de valor;

simplemente se quiso ver, intuir y en lo posible, hacer constar lo percibido. (32)

Parte de este impedimento lo constituyó el hecho de ser mujer quien realizó las entrevistas, las conversaciones y las actividades, ya que éstas se llevaron a cabo con madres, hijas, esposas y hermanas y no tanto con los miembros masculinos de las familias debido a que es bastante común que el hombre mexicano, especialmente el rural y el semiurbano no considere propio hablar con mujeres, ya sean de su propio ambiente o fuereñas. Sería muy interesante que un investigador masculino se introdujera en esa otra mitad de un mundo desconocido. Tal vez ello ilustraría muchas de las costumbres y formas de vida que nos son incomprensibles, tales como la del particular ritmo de trabajo, las nociones de paternidad, de masculinidad, de obligación conyugal, de responsabilidad frente a la familia, el uso del tiempo libre, las expectativas personales, los mecanismos de superación de problemas y frustraciones, la lealtad a los amigos y otros aspectos de la vida del hombre. Están prácticamente vírgenes a la mirada comprensiva los ambientes riquísimos donde trabajan y se divierten varios hombres juntos.

Naturalmente hubo regiones, tanto del corazón como geográficas, a las que no se pudo llegar. El drama interior de las relaciones humanas más

íntimas, permaneció siempre oculto pues los mexicanos suelen tener en alta estima el pudor, además de que el inquirir fue respetuoso. En cuanto a las extensas regiones del país, muchas quedaron sólo como nombre y como parte de un plan a realizar en el futuro y tal vez también por otros. Lo mismo ha de ocurrir con otras clases socioeconómicas cuyo estudio ofrecerá seguramente un mosaico variadísimo e interesante... (33)

Otra dificultad es la imposibilidad práctica de transmitir todas las vivencias que se experimentaron en la realización de cada encuentro y que podrían decir mucho más de lo que dicen las palabras que, con todo y ser maravilloso instrumento, siempre limitan y encajonan a la realidad.

"Para algunos historiadores, no es posible estudiar ni comprender la cultura subalterna, fundamentando su opinión en el razonamiento de que si tratamos de estudiarla hay que recurrir a la investigación histórica, pero ésta es una manifestación de la cultura escrita, o sea, una modalidad de la cultura dominante; por tanto, el resultado será producir más cultura escrita, más cultura dominante. En otras palabras, las culturas subalternas no pueden ser reducidas a nuestras formas de pensamiento. Quien encabeza este tipo de razonamiento es Michel Foucault (34) quien asegura que existe una frontera insuperable entre ambos universos, es decir, entre

la cultura que piensa y describe en forma dominante y la que es dominada.

Por otra parte es notable la ausencia de relación aparente entre la vida familiar y un contexto social más amplio; misma que se percibe en casi todos los casos y especialmente en los rurales y tiene varias explicaciones. Una de ellas es el hecho de que muchos mexicanos viven verdaderamente aislados de ambientes y procesos sociales, económicos y políticos más amplios aunque en buena medida estén insertos en ellos. (35) Otra razón es el enfoque mismo del intento que es hacia adentro de la cotidianidad y no hacia afuera y el procedimiento inductivo que toma en cuenta los datos de la experiencia y no las ideas preconcebidas al respecto. Una idea preconcebida es que la gente debe tener una relación con su medio ambiente, que debe ser consciente de él y que no puede desligarse del acontecer político. (36) Se vio que ello no es tan cierto y que este mismo hecho es determinante en el perfil de toda esta época.

No obstante estas limitaciones, cada retrato procura captar y transmitir una buena parte de algunos aspectos desconocidos y el conjunto quiere señalar y dejar abierta la posibilidad de un modo distinto de acercamiento a los demás seres humanos, un camino que permita a quien tenga deseos de rescatar un presente efímero para una historia del

pasado inmediato, percibir lo que es universal y particular en cada quien. Este trabajo, además de su propósito académico inmediato, pretende estimular ese interés y esa actitud.

Por otra parte, no pretende aportar pruebas estadísticas ni otras informaciones cuantificables sino una descripción narrativa que en sí encierra ya la interpretación efectuada durante la convivencia cercana con las personas que se retratan.

Quiere profundizar en los rasgos culturales, en la mentalidad, pero sin dejar de observar y contar con los ingredientes individuales y personalísimos, todo ello para producir una imagen que sirva para historiadores futuros.

En la medida en que esta descripción es fiel a la realidad observada y sean verdídicas las grandes generalizaciones sociológicas conocidas, estas familias podrán considerarse más o menos representativas de estratos sociales, económicos y regionales que suelen describirse con estadística. Las descripciones que utilizan procedimientos científicos a menudo pueden aportar informaciones confiables respecto a la realidad que se estudia.

Una característica sustancial del mundo moderno es que tiende a estandarizar las ambiciones; que quien en él se encuentra envuelto llega a creer que las ambiciones que tiene son comunes a todos. Detrás

de las viñetas que aquí se presentan, está una realidad muy distinta. Cada hombre ve su realidad y ambiciona desde la óptica de su propia biografía y conoce sus límites y sus alcances y cuán frecuentemente se actúa sin tomar en cuenta esta realidad que, en vez de ser considerada como un mundo de segunda clase, debe ser vista como parte de la riqueza humana de una nación. (37)

No se puede esperar que los casos concretos que se presentan se conviertan en evidencia o prueba de fenómenos generalizables a nivel social. No, el rasgo de la demostración se lo han adjudicado las ciencias -en este caso sociales- que cuantifican, abstraen y deducen leyes. Sin embargo vale una reflexión: si ellos existen y son como son, nada puede asegurarse que no haya muchos parecidos a ellos.

Lo que nos importa, en este caso, es que así ofrecen un material utilizable para la historia de las mentalidades del México contemporáneo, los testimonios así derivados pueden ser, junto con otros muchos, una pieza útil en la composición de una imagen de un México que transcurre.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1.- "...la palabra es una herencia del griego antiguo y más precisamente del dialecto jónico; historie viene de la raíz indoeuropea wid: griego eido, latín uideo, viejo eslavo vidjeti (ruso-videt), ver, griego oida, gótico witan (alemán wissen, inglés wit), galés gwydd (bretón gouez), "saber", sánscrito Veda, el "Saber" por excelencia, mediante el nombre del agente historir, "el que sabe", el experto, el testigo, de ahí el verbo historeo, "buscar saber, informarse".

Marrou, Henri-Irenée, Qu'est-ce que l'histoire?, en L'histoire et ses méthodes, Samaran, Charles, et al, Bibliotheque de la Pleiade, Gallimard, Brujas, 1961, 1771, p. 4

2.- "Herodoto abandonó el dominio incierto y tal vez ilusorio de un pasado de dioses y de héroes para dedicarse resueltamente al tiempo más próximo y más real que es el de la historia vivida por sus predecesores".

Marrou, op. cit. p. 6

3.- "Si se trata de comprender de manera más precisa y profunda el sentido que tiene esta primera forma de búsqueda, se llega a constatar que la historia es el esfuerzo por el cual el hombre logra tomar consciencia de su propia evolución y por lo mismo, a conocer mejor aquello en lo que se ha convertido".

Marrou, Henri-Irenée, "Le metier d'historien", en L'histoire et ses méthodes, ... p. 1476

4.- "Según Benedetto Croce, teórico y filósofo de la historia, toda historia es historia contemporánea. "Aunque trate de temas en apariencia muy alejados en el espacio y el tiempo, no merece el nombre de historia mas que en la medida en que se revela como una contribución a la elucidación de los problemas que plantea a la consciencia del historiador y de sus hermanos la interpretación de la situación que les es dada por la coyuntura política, social, económica y cultural del tiempo en que están situados".

Marrou, Henri, Irenée, en "Qu'est-ce que l'histoire?" p. 7

5.- "Le es propio a la ciencia adaptar su método a la diversidad de su objeto, de ahí un nuevo enriquecimiento de la técnica de la historia".

Marrou, Henri-Irenée, en "Qu'est-ce que l'histoire?" p.32

6.- "Se trata de saber preguntar al documento. Si se hace bien éste puede decir muchísimas cosas y el número de preguntas que puede hacer un historiador es ilimitado".

Marrou, Henri-Irenée, "Le metier d'historien", p. 1467

"La historia se hace con documentos que digan algo sobre la realidad. Un documento es todo lo que de alguna manera puede revelarnos alguna cosa sobre el pasado del hombre, sobre el aspecto particular de su experiencia pasada".

Marrou, op. cit. p. 1511

"La noción de documento no tiene otro límite que la del pensamiento del historiador".

Marrou, op. cit. p. 1513

7.- "Cualquier cosa puede convertirse en testimonio sobre cualquier asunto".

Citado por Marrou, op. cit. p. 1513

8.- "Un estudio verdaderamente profundo de cada orden de problemas sugerirá siempre llevar la investigación más adelante. La búsqueda histórica es un análisis regresivo: cada etapa de la pregunta envía a un estado anterior y así ad infinitum".

Marrou, en op. cit. p. 1479

10.- "Las preocupaciones del historiador no son idénticas a las del psicólogo social. Salvo excepciones, los testimonios que usa son menos abundantes; cuando llegan a él están sin vida, inmóviles y las preguntas que les plantea no pueden alterar su contenido. Y si el ejemplo de la historia económica y de otras ciencias humanas invita a buscar más exactitud por un recurso al número, ¿es útil reducir a fuerzas en cifras y cantidades mesurables a todos los fenómenos sociales?".

Duby, Georges, "Historia de las Mentalidades", en op. cit. p. 943

11.- "Los lógicos lo definen como un conocimiento de lo concreto... como un conocimiento de lo singular. Justamente a condición de observar que el hecho concreto, singular, puede ser también un hecho global de vasta amplitud y de larga duración: una crisis económica, una clase social, un sistema de organización general de la sociedad o de la economía como la ciudad antigua, el sistema feudal, el open field, el capitalismo occidental moderno... la historia actual se ha convertido en un conocimiento mucho más amplio que pretende abarcar el entero pasado del hombre en toda su complejidad y en su total riqueza".

Marrou, Henri-Irenée, "Qu'est ce que l'histoire", en op. cit., p. 32

12.- "La historia de las mentalidades debe distinguirse de la historia de las ideas... La historia de las mentalidades no puede hacerse sin quedar estrechamente ligada a la historia de los sistemas culturales, de creencias, de valores, del conjunto intelectual en cuyo seno han sido elaboradas, en el que han vivido y evolucionado... Las mentalidades no son reflejos de infraestructuras sino que traducen tensiones, contradicciones de una sociedad, pero las traducen dentro de un código que nosotros tenemos que descifrar".

Alberro, Solange, "Comentarios sobre el texto de Jacques Le Goff", en Introducción a la historia de las mentalidades, México, INAH, Seminario de Historia de las Mentalidades y Religión en el México Colonial, Cuaderno de Trabajo del Depto. de Investigaciones Históricas, No. 24, 1979, 319 p. p. 76

13.- "Siempre han existido historiadores que reconocieron la importancia que tiene lo trivial, lo afectivo, lo irracional. Piénsese por ejemplo en Estrabón, con su historia de los escitas, en Tácito con su historia de los bárbaros, en Sahagún, con sus testimonios del México prehispánico".

"Michelet fue calificado de espíritu genial por Lucien Febvre porque intuyó, entre otras cosas, la trascendencia del hecho de que un obrero europeo pudiera, en un momento dado a partir de la industrialización de mediados del XIX, tener una camisa de algodón".

Alberro, Solange, "Historia de las Mentalidades e Historiografía", en op. cit. p. 19

14.- "Ese contacto con los psicólogos vale en todo caso para la historia de las actitudes mentales y de los comportamientos y amplía seguramente su campo de observación; lo incita a plantear nuevas preguntas, lo introduce por nuevos caminos. No puede contentarse con la noción demasiado simple de "consciencia colectiva", porque el psicólogo social muestra que lo importante es el diálogo entre yo y el otro, la relación entre psiquismo individual y medio ambiente social; pone en evidencia la acción que ejercen sobre la formación de las personalidades los cuadros de actividad mental propuestos por el grupo a todos los individuos que lo componen; hace entrever menos confusamente cómo en ciertos casos, son las respuestas individuales las que, por su parte, modifican el medio cultural. Es una dialéctica sutil y en la misma medida en que ella lo estudia, la psicología social se prolonga naturalmente por una historia de las mentalidades que no es otra que la observación, pero a mayor distancia, y con otros ritmos, de las situaciones, de las relaciones entre las personas y los grupos y las modificaciones que engendra. Tal historia... será alternativa o simultáneamente atenta a los "modelos" culturales y a las reacciones personales; será al mismo tiempo social y biográfica..."

Duby, Georges, "Historia de las mentalidades", en L'histoire et ses méthodes, p. 944

15.- "La historia... es en primer lugar el conocimiento que permite al hombre asumir su destino con los ojos abiertos, con plena consciencia. Por ella, sabe lo que él es, de dónde viene, por qué se encuentra inserto en la situación en la que está; por lo mismo esta situación le parece menos obscura y la siente menos compleja".

Marrou, Henri-Irenée, "Le métier d'historien", en op. cit., p. 1476

16.- "Un serio escollo que debemos salvar es considerar que un grupo social es el resultado de la suma de los individuos, o que la suma de las psicologías de los miembros da el carácter del grupo; es un error muy grave que se comete en muchas partes... Un grupo es una entidad dinámica, no es la

adición de las personas que lo constituyen; el grupo tiene una dinámica propia y la sensibilidad y representación de un grupo depende de otros factores que no son la suma de las visiones de los miembros".

Alberro, Solange, "Historia de las mentalidades e historiografía", en op. cit. p. 25

17.- "Sabemos que los temas de estudio en historia de las mentalidades son proyecciones de nuestras angustias e inquietudes, somos parte de grupos y clases sociales y nuestras inquietudes son representativas de los sectores a los que pertenecemos. Cuando trabajamos sobre sexualidad, religión, magia, etc., debemos hacer un esfuerzo constante por controlar las motivaciones propias para comprender lo que estamos buscando y por qué lo estamos buscando".

"Los temas de historia de las mentalidades son proyecciones y esto significa que ante la realidad inmensa e inerte, proyectamos nuestras preocupaciones para suscitar una respuesta de la arcilla histórica. De aquí la necesidad de ir y venir del presente al pasado, como una dinámica para controlar el proceso y ser más conscientes de los móviles que nos impulsan a interesarnos por los políticos, los brujos o los marginados".

Alberro, Solange, "Historia de las mentalidades e historiografía", en op. cit. p. 25

18.- "Todo lo que está relacionado con la procreación desemboca en la demografía y refleja actitudes profundas ante la vida; se puede decir incluso, en una forma quisás paradójica, que la procreación es a grosso modo una medida de la esperanza depositada en el porvenir, sea a nivel individual, sea a nivel social o de civilización".

"Las religiones, los sistemas de representaciones del mundo, son los cimientos ideológicos de la tradición, de la legislación, de la moralidad, de las costumbres, o sea, sencillamente, de la vida".

Solange Alberro, "Sexualidad y sociedad", en op. cit., p. 141 y 153

19.- "Lo que parece privado de raíces, nacido de la improvisación y del reflejo, gestos maquinales, palabras irreflexivas, procede de lejos y atestigua la larga resonancia de los sistemas de pensamiento".

Le Goff, Jacques, "Las mentalidades. Una historia" en Faire l'histoire III, Nouveaux objets, Gallimard, Bibliotheque des Histoires, Paris, 1974, p. 76-94, citado en Introducción a la historia de las mentalidades, op. cit. p. 68

20.- "La ideología es un sistema de ideas y la mentalidad lo es de representación, que abarcaría a la ideología de alguna manera. La ideología pertenece al campo de lo consciente, de lo intelectual, en tanto que la mentalidad, como dice Le Goff, es el contenido impersonal y sobre todo inconsciente; es una serie de lugares comunes, es lo que hay en común en un momento dado, pero es por lo regular un conjunto de actitudes afectivas y mentales de las que uno no está consciente".

Alberro, Solange, "Comentarios sobre el texto de Jacques Le Goff", en op. cit. p. 77

21.- "Los historiadores hemos estado entrevistando gente por cientos de años. La diferencia fundamental, con la historia oral, estriba en que generalmente el historiador entrevista gente para sus propósitos propios, específicos, individuales y aquel que hace historia oral "ortodoxa", está reuniendo una gran cantidad de datos que posiblemente servirá a otros investigadores".

Meyer, Eugenia y Olivera de Bonfil Alicia, "La historia oral. Origen, metodología, desarrollo y perspectivas", en HISTORIA MEXICANA, No. 82, Vol XXI, Num. 2, Oct- Dic. 1971 p. 375

22.- "Una ideología es un sistema de representaciones, o sea, un conjunto de representaciones (que pueden ser imágenes, mitos, ideas, conceptos) con lógica y rigor propios, provisto de una existencia y de un papel histórico dentro de una sociedad dada; además tal sistema es objeto de enunciación explícita y formal. (Althusser)".

Citado por Gruzinski, Serge, en "Mentalidades e Ideologías", en Introducción a la historia de las mentalidades, op. cit., p. 49

23.- "Todos estos testimonios ahora perdidos, darían quizá una nueva imagen, una impresión distinta

de la historia, que en parte podría enriquecerse, ya no tan sólo con la erudición de un historiador del pasado, de un cronista o de un narrador pretérito; sino que podríamos rehacer nuestra tarea histórica -que no es sino un deseo siempre insatisfecho por comprender la vivencia humana- en la versión del hombre común, en sus sentimientos y emociones, desprovistos del bagaje que implica la cultura".

Meyer, Eugenia y Olivera de Bonfil Alicia, op.cit. p. 378

"Las investigaciones históricas nos permiten conocer con suficiente precisión las estructuras económicas y sociales de las sociedades pasadas y ofrecen también una mejor idea de su evolución demográfica. Sin embargo, aún queda un importante aspecto por profundizar, como le es el de las superestructuras. Es decir, falta reconstruir y analizar la forma en que los hombres percibieron y vivieron esas estructuras. Por ejemplo: ¿cuál era la visión de aquellos hombres sobre su sociedad y las relaciones sociales? ¿De qué manera, consciente o inconsciente, asimilaron los patrones de comportamiento que su sociedad ofrecía? ¿Cuál fue su desadaptación a esos patrones? En otras palabras, no basta describir los mecanismos económicos y sociales de un grupo humano, es necesario precisar cómo y por qué los miembros de esa sociedad los aceptaron o los rechazaron".

Gruzinski, Serge, "Introducción a la historia de las mentalidades", en Introducción a la historia de las mentalidades. en op. cit. p. 29

24.- "Tucídides, por su parte, eligió el acontecimiento contemporáneo como objeto de su esfuerzo".

Marrou, Henri-Irenée, "Qu'est ce que l'histoire, p.7

25.- "Lo que la historia oral pretende, es recolectar un material virgen que podrá ser utilizado posteriormente".

Meyer, Eugenia y Olivera de Bonfil, Alicia, op. cit. p 372

26.- "El historiador que hace la historia oral, distingue, tan sólo en que al realizar sus entrevistas, lo hace con el fin de que alguien en el

futuro las emplee".

Meyer, Eugenia y Olivera de Bonfil, Alicia, op. cit,  
p. 372

27.- "La historia oral, por otra parte, tiene un compromiso tácito y urgente: rescatar el mayor número de materia verbal, que no se ha escrito, que no se escribirá, ya sea por circunstancias de educación, de tiempo, por escasez de posibilidades, por cuestiones de educación, de tiempo, por escasez de posibilidades, por cuestiones de orden político, etc."

Meyer, Eugenia y Olivera de Bonfil, Alicia, op. cit,  
p. 378

28.- "Cualquier conversación en el campo, en la ciudad, en la fábrica, en la universidad, en una reunión política o durante un paro sindical, puede venir a enriquecer nuestro acervo documental".

Meyer, Eugenia y Olivera de Bonfil Alicia, op. cit.  
p. 384

29.- "Debemos concluir por otra parte, que al introducir esta técnica en el campo de la investigación histórica en México, rescatamos la vieja tradición iniciada por Fray Bernardino de Sahagún, quién valiéndose de la entrevista con sus informantes, salvaguardó leyendas, mitos y el relato directo de los sucesos entre caciques, sacerdotes y ancianos, como fuente esencial de su obra; indiscutiblemente una de las más completas y valiosas de nuestra historiografía".

Meyer, Eugenia y Olivera de Bonfil, Alicia, op. cit,  
p. 387

30.- Huizinga, Johan, El otoño de la Edad Media, trad. José Gaos, Revista de Occidente, Madrid, 1965, sexta ed., 512 p

31.- Meyer, Michael C., "Habla por tí mismo Juan: Una propuesta para un método alternativo de investigación", en HISTORIA MEXICANA, No. 87 Vol XXII, Num. 3, Ene-Mar 1973, p. 396

32.- Sobre filtros y deformaciones, leer a E. Le Roy Ladurie, Les Paysans du Languedoc, Paris, Mouton, 1975, citado por Gruzinski, Serge, en "Introducción a la historia de las mentalidades", en op. cit. p. 39

33.- "Si se intenta que [la historia de las mentalidades] no sea una solución de facilidad ni la coartada de la pereza epistemológica; si tiene sus técnicas y sus métodos, debe hoy desempeñar el papel de una historia diferente que, en su búsqueda de explicación, se arriesgue al otro lado del espejo".  
Le Goff, "Las mentalidades. Una historia ambigua", op. cit. p. 72

34.- "Según algunos historiadores, no es posible estudiar ni comprender la cultura subalterna, fundamentan su opinión en el siguiente razonamiento: si tratamos de estudiar la cultura subalterna debemos recurrir a la investigación histórica, pero ésta es una manifestación de la cultura escrita, o sea, una modalidad de la cultura dominante, por tanto, el resultado será producir más cultura escrita, más cultura dominante. En otras palabras, las culturas subalternas no pueden ser reducidas a nuestras formas de pensamiento. (Michel Foucault)".

Gruzinski, Serge, "Introducción a la historia de las mentalidades", en Introducción a la historia de las mentalidades, op. cit. p. 39

35.- "Según Le Goff, "La mentalidad es lo que cambia más lentamente. La historia de las mentalidades es la historia de la lentitud dentro de la historia.. Ejemplos varios los podemos notar en cosas simples, por ejemplo, los hombres se sirven y usan las máquinas inventadas desde hace tiempo, pero a la vez conservan las mentalidades anteriores a esas máquinas".

Alberro, Solange, "Comentarios sobre el texto de Jacques Le Goff", en Introducción a la historia de las mentalidades, op. cit. p. 74

36.- "Aunque se inspiran en tradiciones muy antiguas, estas mentalidades ni se explican por las tinieblas de la noche de los tiempos ni por los misterios del psiquismo colectivo. Su génesis y su difisuión se

aprenden a partir de centros de elaboración de medios creadores y vulgarizadores, de grupos y de oficios intermedarios..."

Le Goff, Jacques, op. cit. p. 69

37.- "La coexistencia de varias mentalidades en una misma época y en una misma mente es uno de los datos espinosos pero esenciales de la historia de las mentalidades. Luis XI, quien manifestó en su política una mentalidad "moderna" y maquiavélica, tenía también una mentalidad religiosa, supersticiosa y muy tradicional".

Le Goff, Jacques, op. cit. p. 70

## ANTIGUA

En 1519, Hernán Cortés se estableció en la orilla de un ancho río a 3 kilómetros de su desembocadura cerca de la actual Veracruz. Los barcos subían por estas aguas y se amarraban a las gigantescas ceibas que había en sus orillas. Al cabo de un tiempo los españoles comenzaron a sufrir los estragos del paludismo y finalmente huyeron espantados por los mosquitos y la humedad hacia las brisas de la costa. Así nacieron la Antigua y la Nueva Vera Cruz. Esta última se convirtió en puerto y en una de las ciudades más importantes de la vida e historia de México. Del primer asentamiento quedan ahora un par de iglesias y las ruinas de lo que fuera la casa de Cortés, todo ello cubierto o rodeado de selva y humedad.

Sus 1 500 habitantes pescan, cultivan la tierra o atienden los varios restaurantes a donde acuden los turistas veracruzanos en busca de los deliciosos platillos que se confeccionan con los frutos de la zona.

La Antigua sigue teniendo toda la belleza y los encantos que la hicieron el sitio escogido por Cortés. Sus árboles gigantes dan sombra y frescura continua a sus calles.

Las casas abiertas tienen flores, se ven limpias y a sus gentes se las ve atendiendo sus quehaceres con una curiosa diligencia calmada.

La humedad que a los primeros españoles tanto afectó, a los campesinos de hoy en día les permite sacar dos o tres cultivos al año y muchísima fruta tropical. Tanto río arriba como río abajo no hay un pedazo de tierra al que falten las atenciones del cultivo o la explotación. Maíz, frijol, chile, aguacates, mangos, cocos, guanábanos, plátanos, caña de azúcar, forraje y ganado de todo tipo hacen de esta región un vergel donde prácticamente nada falta de lo que es elemental.

La población de Antigua ha crecido hasta el otro lado del río, sobre una ranchería que se llama La Posta, pero - mientras que de un lado la tenencia de la tierra es ejidal, del lado nuevo es de pequeña propiedad cuyo tamaño promedio es de 6 hectáreas.

Aunque el río, llamado de Antigua es hondo y tiene más de 60 metros de ancho y entre ambas comunidades hay movimiento constante y los lazos sociales son estrechos, no existe puente alguno que las una sino que en varios sitios hay embarcaciones privadas que cruzan el río cuando alguien lo ne-

cesita y lo requiere. Los coches, camiones, motocicletas y animales sólo pueden pasar el río por un estrecho puente que lo cruza a 6 kilómetros de Antigua.

Este rasgo es uno más de los muchos otros que caracterizan a una población que vive según su ritmo preferido. La enorme capacidad de la zona es aprovechada calmadamente y a una escala menor de la que quisieran los tecnócratas y dirigentes.

En medio de este paraíso semiprimitivo cuyos únicos azotes son el calor, los mosquitos y ciertos parásitos, viven Salvador Aguirre y su familia. Su vivienda, a orillas del río se ubica en un predio de poco menos de una hectárea sombreada por cocoteros y árboles de aguacate, guanábana y limón. La casa consiste en un conjunto de palapas en las que se separan las diversas actividades familiares.

En una de ellas, de paredes de madera y estuco encajado y puertas y ventanas de madera pintada de verde, están las recámaras y la sala. Las camas son catres cubiertos por petates porque, según dicen, son más frescos que los colchones. En la sala hay una máquina de coser, una consola, una televisión, un sofá y unos sillones, mesas y roperos

de palo. El piso es de cemento coloreado de verde y además de que todo está limpio y arreglado, los muebles de valor son cubiertos con fundas cuando no se usan para protegerlos del sa litre que acompaña la brisa del mar.

El techo de palma es sostenido por troncos de pino del que cuelgan cajas y sillas de montar, fue construido hace treinta años y es ahora tan funcional como al principio pues sus dueños la mantienen con visible esmero.

Bajo otra palapa se encuentran la cocina y el comedor, alrededor del cual gira la mayor parte de las actividades de las mujeres. En la cocina hay dos estufas de gas de las cuales una funciona como tal y la otra como alacena. Además de estos aparatos modernos hay una gran mesa de arena sobre la que se enciende un fogón donde se tuesta el maiz y se calienta el agua para desplumar a los pollos que diariamente se matan como parte del negocio del ama de casa.

De las paredes de la cocina cuelgan los trastos y cacerolas de barro y peltre cuidadosamente acomodados, de suerte que cada cosa tiene su lugar. La sección que de esta palapa corresponde al comedor, no tiene paredes de mo-

do que desde ella se mira una visión perfecta del río, el patio, el corral y el camino por donde pasan vehículos y gente a pie.

Cerca del comedor, bajo un gran árbol, hay una mesa donde se colocan las tinas para el lavado de trastes. A unos cuantos metros está el pozo, la pileta y dos fregaderos, todos ellos de cemento hechos hace unos 15 años. El agua del pozo es fresca y con un ligero sabor mineral.

Más allá, también bajo los árboles, está el horno donde se hacen las carnitas y el chicharrón los días de matanza, que suelen ser los viernes. Hay además un par de mesas de carnicero.

En el traspatio están los tendederos, la palapa de la letrina equipada con muebles modernos, el corral de las gallinas y los puercos y una especie de troje pequeña donde se guardan los granos, el alimento de los animales y los utensilios de trabajo agrícola.

El piso del patio y del corral es de tierra apisonada pero su naturaleza arenosa impide que el agua con que diariamente se riega después de ser barrido, haga charcos o lodo.

La basura que se recoge todos los días es tirada a la orilla del río, no tanto por descuido sino para que al crecer éste en época de lluvias, parte del lodo sea retenido y se va ya recuperando poco a poco lo que hace unos años el mismo río arrebató al terreno cuando fueron talados los árboles que había en la orilla.

Ahora el dueño ha aprendido la lección de lo que significa un atentado al equilibrio ecológico y ha sembrado una apretada hilera de sauces en la mera orilla.

Bajo estos hermosos árboles de agua está atracado un cayuco de 4 metros de largo que lleva de un lado a otro del río a quien quiera pagar \$ 1.50. La responsabilidad de es te transporte recae sobre la hija menor, una fornida muchacha de 13 años. Antes de que se construyera el puente río arriba, la familia Aguirre hacía unos 60 viajes diarios, - con lo cual se ayudaban en el gasto de la casa. Actualmente los viajes se han reducido a unos 20 o 30.

Salvador Aguirre es un hombre de 60 años, delgado, moreno, con nariz aguileña, grandes ojos oscuros de mirada chispeante, calzado con huaraches de cuero y suela de llanta, vestido con gastadas ropas de trabajo y tocado con -

sombrero de palma.

Cuando por la tarde llega a casa con sus caballos y arado, lo primero que hace es sacar agua del pozo y darla a las bestias, después saluda a la familia y se sienta en una banca del comedor a fumar un cigarrillo mientras espera a que le sirvan un refresco. Casi no cena y las dos comidas que hace en el día le son llevadas al campo de trabajo por alguna de las hijas.

Don Salvador tiene un par de terrenos que en total suman 20 hectáreas. En ellas cultiva maíz en tiempo de lluvias y frijol en las secas. También tiene cocal y aguacates cuyos grandes y estupendos frutos vende a buen precio en el árbol mismo. Cuando Don Salvador ha arado, sembrado, abonado con fertilizantes y aterrado sus propias tierras, cultiva y mejora los terrenos que uno de sus hijos ha comprado del otro lado del río o vende su trabajo y el de su yunta a cualquier otro agricultor que lo necesite. El trabajo se inicia al alba y es pesado por el calor y la falta de días de descanso pues el hombre trabaja inclusive los domingos.

Don Salvador no se queja y habla con gusto de sus que

haceres. Le gusta hacer el surco derecho con la "sola orden de una mirada bien puesta". Prefiere trabajar con una yunta de caballos en vez de una de bueyes porque aquéllos son más rápidos y a él le gusta terminar pronto y bien lo que comienza.

Este campesino trabajador reconoce haber sido un vicioso que perdía dinero, tiempo y salud en la bebida hasta que un buen día "la inteligencia que Dios nos ha dado y que para eso está" , le hizo ver que ello le estaba haciendo daño al cuerpo y a la familia y decidió reformarse y ser un buen hombre y un buen padre".

"Todos tenemos nuestras oportunidades, dice, y yo la tuve y la aproveché; antes era un perdido y ahora no lo soy y estoy contento por eso y creo que vivo en el mejor lugar posible del mundo; no cambiaría mis tierras ni mi casa por otras que dicen que son mejores".

Su hablar es vivo y lleno de localismos y palabrotas dichas con naturalidad. De su aspecto y su presencia se desprende una gran vitalidad y simpatía y hace saber, sin proponérselo, que él es dueño y señor de su vida, que en 60 años ha acumulado experiencia y saber y que el oropel del

mundo no lo engaña.

El producto de su trabajo y de sus cultivos lo gasta en mejorar el patrimonio, en ayudar a los hijos que estudian y en las compras de los pertrechos del gasto doméstico, cosa que él mismo hace en el cercano pueblo de Cardel. A su mujer no le da dinero sino que la ayuda en los diversos negocios que ella tiene para ganar lo que haga falta, para los gastos suplementarios y la educación de los hijos menores.

Eugenia Castro de Aguirre ha estado casada con Salvador por más de 37 años y de su unión nacieron ocho hijos de los cuales todos viven. Desde niña todos la conocen como Chata y ni sus hijos recuerdan su verdadero nombre. Ella es morena clara, de baja estatura, más fornida que gorda, de rostro redondo, ojos pequeños y de mirada pensativa, nariz aquilina y boca gruesa y sonriente. Lleva el pelo corto por el calor, un vestido de terlenka ligera con grandes bolsas y sandalias de hule.

La señora de la casa se levanta todos los días a las 5 de la mañana para tener tiempo de matar, destazar y vender pollos antes de la hora del almuerzo. Los viernes su marido y su hija Emilia la ayudan a matar un puerco del cual uti

liza y vende todo antes de que el sol haya marcado el medio día.

Además de la matanza y venta de animales, Doña Eugenia hace la comida, alimenta a los pollos y a los puercos y lava la ropa de toda la familia en una lavadora Hoover que coloca debajo de unas palmeras y a la que acarrea agua del pozo.

Hace años fueron muy pobres y cuando sus hijos eran pequeños, pasaba por muchas dificultades para proporcionarles lo elemental. Entonces no podía ayudar a su marido en el trabajo porque tenía un hijo cada año y todo el tiempo y el esfuerzo se le iba en criarlos. Lo más que podía hacer era pasar gente de un lado a otro del río mientras los hijos mayores cuidaban de los menores. Doña Chata está orgullosa porque ya viven bien y porque algunos de sus hijos se han hecho gente de provecho o prometen lograrlo.

El mayor estudió algunos años de Ingeniería, se casó, procreó dos hijos, viven en Jalapa y ahí tiene un pequeño supermercado atendido por dos empleados, un empleo bien remunerado en la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, algunas tierras en Antigua y un condominio en la Ciu-

dad de México.

La segunda hija vive con ellos, así como las dos hijas de ésta, de 9 y 7 años. Emilia es morena, alta, fornida, un poco gruesa, de nariz aguileña, bizca hacia afuera y con una expresión amistosa y alegre. Desde que sale el sol se levanta a trabajar ayudando en todos los asuntos de la casa y atendiendo sus propios negocios que consisten en la venta por la ranchería del producto de las matanzas, de ropa y bibelots. Todos los domingos sale a vender y a cobrar con sus ropas y maletas en un recorrido que la lleva a todas las casas de la región en ambos lados del río.

Emilia nunca parece cansada o malhumorada sino por el contrario, llena de energía y risa. Para sus hijas el abuelo es el padre y la relación que tienen con la familia es tranquila y falta de resentimientos aparentes. Esta hija grande y fuerte que parece que da cobijo más que recibirlo fue cocinera durante 7 años en uno de los restaurantes de Antigua, empleo que dejó por atender a su madre cuando hace un par de años tuvo que ser operada de los ojos a causa de un glaucoma. Desde entonces los trabajos de la casa, si bien encabezados por Doña Chata, recaen en su mayor parte sobre Emilia.

Susana, la tercera hija está casada y vive en la Ciudad de México. Tiene dos hijos y ayuda a la economía de su propia familia vendiendo productos de Avon, haciendo pasteles y cosiendo ajeno. Por ahora viven en una colonia al oriente de la ciudad, pero han ido ahorrando para comprarse una casita propia para la que ya tienen los muebles adecuados. Según Doña Chata ésta es la más trabajadora de sus hijas.

Los demás no son flojos. Roberto, el cuarto, estudia Agronomía en Chapingo y está próximo a graduarse. Durante toda su carrera ha obtenido las mejores calificaciones así como felicitaciones especiales de parte de sus maestros. Su empeño en el estudio es tanto que ni novia quiere tener para que no lo distraigan los amores. Roberto tiene intenciones de obtener el grado de Ingeniero Agrónomo, cursar después el Doctorado y hacer otros estudios en el extranjero. Cuando visita a sus padres en Antigua, le gusta hacer las mismas faenas campesinas que hace Don Salvador y esto es algo que los enorgullece a ambos, aunque Doña Chata no logre comprenderlo del todo.

Ruth, una bonita chica de 20 años, es la quinta hija y trabaja y estudia en Veracruz. Al principio su madre la ayudaba pero cuando enfermó tuvo que dejar de hacerlo pero ella

no tuvo inconveniente en buscar trabajo como empleada doméstica para poder seguir estudiando. Ahora es empleada en una tienda y tiene un novio de familia rica quien insiste en casarse pronto. Ruth prefiere esperar pues no cree que su posible marido le permita terminar con su carrera de - Odontóloga, que es una profesión muy socorrida en Veracruz y en muchos sentidos obra como pasaporte a mejoras sociales.

La sexta y la séptima hija de los Aguirre, a pesar de ser muy jóvenes, están casadas ya y viven en Antigua. Una de ellas, Patricia, de sólo 16 años, decidió casarse contra la voluntad de sus papás y huyó con el novio. Al principio naturalmente hubo tristezas y enojos en la familia pero después se restableció la buena relación. Doña Chata piensa que no podía ser de otro modo pues es su hija y la quiere. A Patricia todavía le gusta jugar como a una niña pero en otros aspectos ya es una mujer madura. No sólo se ha casado sino que atiende a su padre cuando éste trabaja del otro lado del río. Por ahora viven con la familia de su marido en Antigua, pero ya la familia política les está haciendo una casita en donde podrán crecer como pareja y como familia. - Aunque posiblemente Patricia comienza a hacerse de algunos

muebles y utensilios para su futura casita, prefiere tener lo necesario antes de que lleguen los hijos.

La menor de todos los vástagos de Salvador y Chata es ya mujer a los 13 años, pero infantil aún en muchas de sus actitudes, estudia Secundaria en Antigua, ayuda a su mamá en la casa y es la encargada de llevar en el cayuco a quienes quieren atravesar el río.

La familia Aguirre Castro vive así, en la selva, con un pie en lo que siempre fue igual y otro en la modernidad. Casi se puede saber desde ahora cuáles de sus miembros vivirán en grandes ciudades persiguiendo objetivos muy distintos a los de sus padres y abuelos y cuáles se quedarán para seguir poblando esa riquísima y hermosa región.

Los hijos de esta familia han recibido el apoyo de sus padres en oportunidades diversas para estudiar y trabajar en labores ajenas al campo. Aquéllos que escogen trabajar es por gusto o por vocación y la forma como lo hagan estará marcada por esa libre elección.

El crecimiento económico del Estado de Veracruz y los desarrollos petroleros y nucleares han diversificado las oportunidades de trabajo y de hecho existen más empleos y

quehaceres que gente que pueda o quiera hacerlos.

La inflación que afecta a la economía de mercado veracruzana se refleja mínimamente en la de las rancherías que rodean a Antigua pues todavía hay quienes producen carne, pescado, leche, huevos, verduras, fruta y servicios variados que la comunidad necesita a la vez que la estructura permite que sus miembros sean libres de comprar y vender lo que necesitan y quieren.

El paso de un modo económico a otro ha sido, en el caso de esta familia, por la vía del empleo o el comercio, aunque sigue siendo cierto que casi todos, salvo tres de sus miembros, dependen de lo que su pedazo de campo y su comunidad produce.

Su vida es ardua pero vista desde una óptica no consumista, no es pobre, y si el núcleo de la familia vive en forma semejante a la que tuvieron sus antepasados, no por ello su funcionamiento es menos eficaz; alta productividad, pleno empleo y por añadidura cariño por la tierra, gusto por lo que se hace y orgullo de ser quienes son.

## LA INICIATIVA PRIVADA

Desde las cuatro de la mañana comienza, en una esquina de la Calzada de Tlalpan, cerca del Estadio Azteca, una actividad de hormigas que no parará sino hasta las once de la noche. Esto ocurre sin falta, todos los días del año.

Socorro Avila de Alvarez quita los candados de la cortina de acero, la levanta con estruendo y las hijas que la acompañan, arrebozadas con sendos chales de lana para taparse el frío, comienzan a preparar, en el estrecho espacio de la cocina, una gran olla de café, otra de caldo de pollo con menudencias, una más de fiijoles con epazote, salsas, arroz, tortillas...

Si no todo, algo tiene que cocinarse temprano, pues antes de las seis de la mañana llegan a desayunar obreros, albañiles y gente que trabaja y que no tiene modo de comer en casa. Ellos son muchos y es que hay que salir temprano para no verse atrapado por el tumulto y el tránsito y así más vale comer cerca del trabajo que en casa.

Las sombras de la calle se desvanecen en la fonda a

la luz de un par de focos grasosos que iluminan la accesoria donde está la taquería. Los transeúntes pasan ante el espacio iluminado, se detienen, miran lo que se cocina, - preguntan por los precios y algunos entran a sentarse alrededor de la única mesa en la que caben, apretadamente, entre 8 y 10 personas.

La comida es servida en maltratados platos de plástico y cucharas de peltre desconchado y los tacos son envueltos en papel de estrasa; todo es devorado rápidamente y en silencio por hombres y mujeres que se inclinan sobre ella tímidos y protectores. La ceremonia es el gesto encorvado, la mano rápida, la mirada hacia adentro; el rito es el cumplimiento del pedido adivinado, apenas enunciado. La patrona sólo pide que los comensales estén limpios, sean respetuosos y coman mucho. Tal vez alguno no tenga el dinero suficiente para pagar el precio completo de la comida, pero se le atiende de todos modos y se le da lo equivalente. Ya se sabe que la fortuna cambia de un día para otro. A veces hay para comer y a veces no. Lo que nunca falta es alguna manera de arreglarse y de encontrar o prestar ayuda. Si uno no está dispuesto a aceptar la tiranía de la suerte, es mejor que se retire a una cueva o viva solo. En este mundo de lucha nadie puede hacer nada solo

y cada quien es uno con los demás. ¿De qué otro modo hubieran sobrevivido cada uno de los días difíciles desde que hace treinta años se vinieron del campo?

Además de la mesa que a todos reúne, en el local - hay una estufa grande con una olla en cada una de sus hornillas, un hornillo empotrado en el que se fríen las quesadillas, los sopes, los tacos y otros antojos hechos con la masa del maíz, una alacena cerrada en la que se guardan las botellas de aceite, los condimentos del recaudo y las salsas, las bolsas de frijol, arroz y pastas, los limones y otras especias para la confección de las comidas. Hay además un fregadero, algunas tablas empotradas en las paredes que sostienen platos y bultos, seis bancos, tres sillas, algunas cajas de refrescos embotellados y un par de botes.

El cuarto es elemental, no tiene más que lo que se contiene a sí mismo. Ahí viven y trabajan varias mujeres; ahí comen muchas bocas; de lo que ahí se gana se ha sostenido en buena medida una familia con doce hijos. No es el único apoyo porque el marido de Socorro tiene una peluquería y los hijos mayores ya trabajan en otras partes y se han casado, pero de todos modos, en esa taquería se han cocinado muchos proyectos y muchos recursos útiles.

Socorro es una mujer grande de cuerpo y de corazón; gorda y opulenta de carnes, que revela con su presencia - un gusto por la comida que ha heredado a sus doce hijos vivos. Su actitud es cobijante y generosa, sus movimientos son calmados y ladeada su mirada, pues tiene un ojo apagado. Habla poco y no se excita, ve venir los problemas - grandes y pequeños sin inmutarse, prosiguiendo siempre con sus quehaceres. Para ella, detenerse a contemplar su cansancio o la desmesura de sus esfuerzos es un gesto inútil. Ni siquiera piensa que hay que seguir adelante, simplemente va.

Socorro sabe de hierbas para comer y de hierbas para curar porque su abuela le enseñó y ella presta sus conocimientos a quien se lo pida. Ve que ahora la gente prefiere las medicinas de patente, pero ella curó a sus hijos - con sus infusiones, tés y compresas. A sus nietos ahora les dan antibióticos y vitaminas. Ella supone que han de ser tan buenos como los otros, aunque con hierbas curó a sus hijos y sólo se le murieron dos. Son sólo cambios en los modos de vivir y de hacer las cosas. Unos más entre todos los muchos que han tenido que experimentar en el - curso de los años. "Uno se aferra a lo de antes no por -

ideas sino porque es lo conocido y uno cambia cuando es necesario o bueno; entonces se aprende lo nuevo y ya todo sale más fácilmente".

Socorro hubiera podido invertir un poco en la taquería para convertirla en fonda; ampliar el local, añadir mesas, cambiar la forma de servir, pero eso hubiera significado cobrar más por la comida, lo cual dejaría afuera a los muchos que buscan alimento casero y barato, además de que las ganancias no se incrementarían necesariamente. La taquería es lo que es, con sus moscas, su cochambre, su simplicidad y su pobreza; no pretende ser fonda ni restorán. Esos aires de grandeza no convienen, son caros y falsos. ¿Qué van a aparentar ellos que se vinieron a la ciudad hace años más pobres que unas ratas, muriéndose de hambre?

Y así fue, un día hace veinticinco años Inocencio Alvarez y Socorro su mujer salieron de Comonfort, un pueblito que está entre Celaya y San Miguel, en Guanajuato, porque allá la tierra no daba para nada, tenían que comer lo que fuera y eran "tan pobres que no teníamos siquiera para comprar jabón".

Con sus tres hijas mayores viviendo en Contreras - como paracaidistas, Socorro trabajó como lavandera mientras Inocencio se colocó como albañil. Pronto vinieron -- más hijos uno tras otro. La madre de Inocencio trabajaba como sirvienta en la Colonia Narvarte con una familia que poseía un gran predio baldío en la Avenida División del Norte. Para su buena fortuna Inocencio y su mujer fueron encargados de cuidarlo, de modo que en aquel solar pudo crecer bien la familia hasta tener catorce hijos de los cuales viven doce. Ahí vivieron once años hasta que los despidieron cuando el terreno se fraccionó y se fincó en él. En el baldío había árboles frutales y los Alvarez plantaron - hortalizas, además de que tenían varios animales. Fue - una época buena aunque estaban tan pobres que no usaban zapatos más que para salir. Todos fueron a la escuela; - algunos terminaron la primaria, otros avanzaron más. - Socorro seguía lavando y cosiendo ropa ajena e Inocencio se entrenó como peluquero hasta que compró su propia peluquería en la Colonia Portales donde sigue trabajando hasta la fecha. El servicio que presta es barato pues sólo cobra \$ 35.00 por el corte. El sabe que es poco pero no se atreve a pedir más por temor a perder la clientela. A sus 56 años y después de una vida de pobreza, Inocencio no lo

gra entender a la inflación ni se adapta a ella.

Socorro siempre ayudó a su marido, Cuando él era albañil ella era su peón y de este modo ahorran y cuando él se empleó como mozo ella se colocó como cocinera.

Mientras así trabajaban, pagaron en abonos un terreno de 250 metros cuadrados situado en Ixtapalapa. Les costó \$ 10,000.00 pero valió la pena pues en cuanto se quedaron sin casa, hace 17 años, se mudaron a un cuarto elemental pero propio y al que han ido mejorando de tal modo que hasta la fecha no terminan con la obra. En esta casa los Alvarez tienen puercos, un chivo y siete guajolotes, todos ellos en la azotea.

Socorro alquila ahora un departamento en el edificio donde está la taquería pues como se debe levantar mucho antes de que salga el sol y termina casi a la media noche, con sus tareas culinarias, viviendo ahí mismo se ahorra los viajes entre Coapa e Ixtapalapa.

Además de que en la taquería comen barato muchos miembros de la familia, Socorro saca de ella la ganancia y los ahorros útiles para sostener las carreras universitarias de algunos de sus hijos.

Los chicos también han cooperado trabajando desde muy pequeños. Las mayores por ejemplo, después de la escuela se empleaban en casas particulares para hacer trabajos domésticos o se iban diariamente a la Merced a comprar fruta, misma que acarreaban tirando de un carrito que Inocencio construyó para ese propósito. En el camino de regreso esa fruta comprada por gruesa era vendida por pieza en la calle o de casa en casa, haciendo con el esfuerzo, la caminata y el trabajo una ganancia pequeña pero constante.

Al terminar la primaria, Lucía, la tercera de las hijas de Socorro e Inocencio, se empleó en una paletería que está en Coyoacán.

A los 13 años aprendió a hacer paletas y pronto, con su despierta inteligencia, se dio cuenta de que ella podría hacerse cargo de un negocio. Un día al dueño de una cadena de paleterías le propuso comprarle una y como tenía dinero suficiente para el enganche, Lucía le ofreció pagar con mensualidades más altas, calculando que no importaba que ella no disfrutara de ganancia alguna por un tiempo con tal de tener a la postre un negocio propio y libre. Al dueño le hizo gracia el entusiasmo y el ánimo decidido en

una chica tan joven y viendo que era trabajadora, ingeniosa y cumplida, aceptó el trato y le traspasó un expendio situado en la Calzada de Tlalpan. El precio entonces fue de -- \$ 30,000.00.

Lucía trabajó en ello hasta que terminó de pagarlo - cuando cumplía 18 años de edad. Con el tiempo y la práctica ella se dio cuenta de que los clientes buscaban también algo de comer y ello le dio la idea de poner ahí mismo lo - necesario para confeccionar quesadillas y tacos. No fue - mucho, sólo un anafre y unas sartenes, pero las ventas y las ganancias subieron tanto que las paletas fueron desplazadas y el lugar se convirtió en taquería.

Como el horario de trabajo que exige este tipo de empresa es muy pesado, Lucía decidió traspasar la taquería y comprarse otra paletería. Fue así como su madre de - compró el negocio y con lo de la venta y otros ahorros, -- ella adquirió un establecimiento de helados que estaba cerca de ahí. El cambio no resultó bueno pues el nuevo lugar no tenía la magia que poseen algunas esquinas para atraer a compradores, de modo que ella se deshizo de él e instaló su paletería en el mismo grupo de accesorias en el que está la taquería. Ahí quedó cerca de su madre y de sus -

hermanas, lo cual es muy conveniente pues siempre se ayudan unas a otras.

Para cuando esto ocurrió Lucía ya se había casado con un joven bachiller que compraba paletas cuando iba camino de la escuela. Con él ha tenido cuatro hijos y su vida ha sido penosa pues bebe mucho, hasta el punto en que se ha convertido en alcohólico. Al principio, Samuel, que es su nombre, tenía buenos empleos pues es inteligente, pero conforme con el tiempo los fue perdiendo uno tras otro, cerrándose las puertas para el futuro.

Fue entonces cuando empezó a trabajar con Lucía en la paletería en sus temporadas de sobriedad, pero pronto se hizo evidente que el negocio no le importaba tanto como a su mujer, por lo que ésta se dio cuenta finalmente de que debería contar solamente con sus propias fuerzas para continuar prosperando. Como desde niña ha trabajado, no la asusta el esfuerzo al que se entrega con el apoyo incondicional de una naturaleza robusta, saludable y enérgica.

Con el tiempo y el ahorro se compró un coche usado en el que transporta cargas de paletas a varias escuelas de cuya venta saca mejores ganancias de las que obtiene en

el local original. Las ventas que en éste se hacen a los transeúntes sirven para pagar los gastos de renta, electricidad, impuestos y material, además de hacer un pequeño margen. Lucía considera que si tuviera otra máquina y más refrigeradores podría hacer más entregas de paletas y mejorar sustancialmente su situación. Si desde que tiene el automóvil le ha dado un gran impulso al negocio, - "Qué no podría hacer con una camioneta, otros refrigeradores, más pedidos... tal vez un permiso de Salubridad".

No conviene ir demasiado aprisa ni endeudarse de modo que los intereses se lleven las ganancias. Eso a Lucía no le gusta. Hace años, cuando tramitaba la compra de la primera paletería, alguien le ofreció un préstamo a condición de recibir la mitad de las ganancias. Entonces a los 13 años de edad, le pareció un trato poco conveniente y prefirió trabajar más, crecer lentamente, ahorrar y ser dueña de sí misma y del fruto de su quehacer. Nunca ha solicitado ni aceptado préstamos con intereses que le mengüen demasiado la ganancia. Si ahora por ejemplo, se decidiera a ampliar el negocio de tal suerte que tuviera que pedir un préstamo y tener empleados, la pequeña empresa posiblemente no lo soportaría y ella perdería lo que con tanto esfuerzo ha logrado forjar. Cuando ha necesita

do dinero ha sido la propia familia la que lo ha facilitado y con ella Lucía sabe cuáles son sus obligaciones y responsabilidades. Al igual que su madre, es enemiga de gastar - en apariencias pretenciosas y falsas; ambas prefieren las cosas concretas y reales, los pasos pequeños pero firmes.

¿Qué cosa más firme que una casa donde vivir?. En el sexenio echeverrista hubo una invasión de paracaidistas en terrenos situados entre el Estadio Azteca y Villa Olímpica. Lucía no corrió riesgos en ese momento pero después compró la posesión de un terreno de 200 metros-cuadrados por la cantidad de \$ 9,000.00, mismos que había ahorrado poco a poco.

El lugar no tenía calles ni servicios pero ella empezó a edificar, no un jacalón de cartón y láminas sino una casa firme, bien planeada, con ladrillo, cemento y acero. Ha ido haciéndola pausadamente, conforme ha ido teniendo dinero. Primero un cuarto, luego otro y así hasta completar dos pisos. Un "maestro albañil" que construye varias casas por el rumbo, le ha hecho una vivienda grande, cómoda, digna, casi lujosa, con tres recámaras, sala comedor, vestíbulo, baños, escaleras, cocina, jardín y cochera.

En las recámaras cada quien tiene su cama y su espacio para guardar su ropa. En las paredes los niños han pegado las imágenes de sus ídolos deportivos y los adultos tienen retratos familiares enmarcados y coloreados.

En el comedor hay una mesa de madera barnizada - cubierta por una carpeta sobre la que hay un florero. Las seis sillas tienen respaldo de bejuco y asiento tapizado. - Una litografía de la Última Cena cuelga de la pared encima de un aparador de madera igualmente barnizada y sobre otro mueble hay un equipo musical. En la sala hay un sofá y dos sillones tapizados de amarillo y una televisión.

Tanto los muebles del comedor como los de la sala y los del antecomedor que está junto a la cocina, fueron - comprados en abonos por Lucía hace algunos años. Todos están cuidadosamente conservados, sin rayones ni roturas, protegidas las sillas y sillones con forros de plástico transparente.

En la cocina grande y llena de la luz que entra por - una ventana que mira al jardín y a la cochera, hay un fre- gadero, una estufa grande, una mesa, un refrigerador, - una lavadora de ropa y unas gavetas. Las paredes son de

azulejo y el piso, al igual que el resto de la casa, es de terrazo. En ningún lugar se ve polvo o suciedad, todo es tá limpio y ordenado. Las ventanas están protegidas con mosquiteros y si alguna mosca logra entrar a la casa, es perseguida hasta que se acaba con ella.

En una mesita en la sala hay un par de álbumes con fotografías que a Lucía le gusta enseñar. Son recuerdos de su niñez, de su familia y del crecimiento de sus hijos.

En algunas de ella y sus hermanas se ven con trajes remendados y sin zapatos pues no tenían. En otra es tán estrenando todas unos vestidos iguales que les hizo su mamá para asistir a la boda de un pariente. Las de la boda de Lucía y Samuel los muestran a ella regordeta y vital y a él flaco y pensativo, tal como ahora todavía son. A los niños les gusta mucho ver las fotografías y por eso los álbumes están gastados.

En la cochera y el jardín que de hecho son un mismo espacio, hay sembrados algunos árboles y una enredadera floreada que se encima sobre la barda. En una esquina hay un agujero en que se construye una cisterna - pues el agua escasea tanto que ahora les llega solamente

unos días al mes. En otro rincón hay un gran tonel sobre el que cae el agua que escurre de la azotea, la cual es filtrada y usada en los baños. Debido a esta falta de agua, - Lucía lava su ropa en casa de su mamá en donde tiene otra lavadora. Las comidas del mediodía las hacen en la taquería debido a este problema y al hecho de que así ella utiliza el tiempo que le tomaría guisarla, en fabricar y distribuir las paletas.

El terreno donde está la casa se sitúa al fondo de una calle estrechísima y sin salida. Enfrente han inaugurado una escuela primaria y Lucía teme que pronto no pueda entrar ni salir en coche de su casa.

Cuando ella compró la posesión del predio, éste, al igual que todos los del rededor tenía límites irregulares - que obedecieron al primer asentamiento paracaidista. - Cuando el Departamento Central los regularizó, trazó líneas divisorias rectas que a veces quitaban y a veces añadían pedazos de terreno a los lotes. El de Lucía perdió - más de 20 metros cuadrados ya construídos. Al principio este alineamiento la contrarió mucho, pero después recuperó su ánimo positivo y optimista. "Soy muy ingrata al que jarme", dijo, pues ahora tengo una casa y antes no tenía -

nada. ¿Cómo puedo olvidar tan pronto que he recibido muchos beneficios?". Lucía no cree que vaya a recibir pago alguno por el terreno perdido, pues los vecinos favorecidos son muy pobres.

Fue por eso por lo que se apuró a construir el piso - de arriba, en el que están las recámaras que ahora pierde con el trazo oficial.

Mientras construía la parte principal de la casa, Samuel, Lucía y sus hijos seguían viviendo en un departamento pequeño en el edificio donde está la nevería. Cuando ya pudieron dormir en la nueva casa, entonces se mudaron a ella dejando la vieja vivienda a uno de los hermanos menores de Lucía, recientemente casado. En la construcción - de la casa no sólo el "maestro albañil" ha participado sino todos, incluyendo a los niños. A veces Samuel iba a comprar el material a donde lo venden más barato, acarreán-dolo él mismo en el coche.

No siempre han tenido la capacidad financiera sufi--  
ciente para la obra. A veces han tenido que pedir dinero -  
prestado a la familia y en una ocasión vendieron en - - -  
\$ 150,000.00 un terrenito en Cuernavaca que Lucía había

comprado en abonos por \$ 32,000.00, con la intención de irse a vivir allá y poner un negocio de paletas.

Cada mañana que se levanta, Lucía tiene delante de sí un día lleno de quehaceres apretados. Si no se esfuerza por hacerlo funcionar como un relojito exacto y cumplido, se le derrumban muchos planes. A las seis de la mañana se levanta y si hay agua se baña, lava y hace el aseo de la casa, calienta la leche y prepara el desayuno para los niños y su marido que se levantan un poco después que ella. Samuel se va a la paletería que abre a las siete de la mañana y empieza a preparar las cajas con paletas que Lucía irá a entregar a las escuelas.

Lucía lleva a los niños a la escuela poco antes de las ocho y entre esa hora y media mañana deja una caja de paletas en cada una de las siete escuelas. En la última y coincidiendo con la hora del recreo, se queda despachando y se regresa otra vez a recoger las cajas vacías o semivacías, tarea que tiene que terminar entre doce y una, pues a esa hora llega a una secundaria donde continúa su negocio, tanto con los niños que salen de un turno como con los que entran al siguiente. A las dos y media recoge a sus hijos de la escuela y todos toman una hora para co--

mer en la taquería.

En la tarde hace una ronda semejante en el turno ves pertino, además de que va a una granja a comprar huevo fresco y verduras en Xochimilco o La Merced para la comi da de la taquería. En esos mercados se afana por comprar bueno y barato no permitiendo que la engañen los marchantes ni que la tiente su propio antojo.

Mientras tanto Samuel , cuando no se embriaga, con fecciona las paletas del día siguiente. De lo contrario, Lu cía tiene que hacerlo todo sola y termina con-ello a la media noche.

Los niños también trabajan lavando, limpiando y v endiendo. Lucía piensa que con tantas ocupaciones no atiende a sus hijos como debería. Los cuatro hijos de Samuel y Lucía son todos varones. El mayor tiene once años y el menor cuatro. Los dos mayores asisten a una institución de asistencia privada que está el Tlalpan y los menores tienen beca en una escuela Montessori, situada también en Tlalpan.

Lucía ve que sus hijos se están educando en ambien tes socioeconómicos más privilegiados que el que ella ha

conocido. Eso la preocupa y la aflige pues a veces los niños le piden cosas que ella no puede costear y teme que ellos comiencen a despreciar y a avergüezarse de lo que les es propio. Ella misma se avergüenza a veces de ello, especialmente cuando oye a las otras mamas hablar de lo que ella considera "cosas interesantes" "Me siento tan gorda y tan ignorante", dice, "es entonces cuando pienso que me hace falta haber estudiado para poder sostener una conversaci3n a su altura y para poder ayudar a mis hijos con sus tareas como otras mamas lo hacen". A Lucía se le llenan los ojos de lágrimas. "He pensado muy bien en este problema y he decidido que quiero que sigan en estas escuelas porque los beneficios serán superiores a las desventajas". "Cuando reparto las paletas me he dado cuenta de que la calidad de las escuelas oficiales es muy disparaja y con frecuencia mala; por eso prefiero que mis hijos estén donde yo sé que al menos reciben una buena educaci3n; de todos modos, donde sea siempre hay alg3n tipo de problema. Cuando ellos crezcan que ellos lo resuelvan; no espero que me ayuden en el negocio pues probablemente querrán hacer lo que a ellos les parezca y yo quisiera que la necesidad el trabajo no los prive de estudiar."

Aunque a Lucía le importa mucho que sus hijos se preparen, no considera que la carencia de estudios en su caso haya sido un obstáculo muy grande. "Yo creo que para el comercio no hace falta saber muchas cosas sino más bien tener muchas ganas de trabajar". Su esposo, con muchos más años de estudio, "no tiene ánimos y ha desperdiciado su vida"

Samuel ha bebido tanto que hace tres años estuvo a punto de morir, pero afortunadamente fue atendido en un sanatorio y en un grupo de Alcohólicos Anónimos que lo ayudaron mucho, sin embargo, quedó "dañado del sistema nervioso". Desde hacía dos años no bebía hasta hace poco cuando recayó.

"De repente él decide que nada le importa, se compra su licor, se encierra y se pone a beber. Nada cuenta ya para él. Ni siquiera tiene amigos con quien beba." Cuando ya se pone muy enfermo lo internan; después de un tiempo lo dan de alta con la condición de que tome calmantes fuertes constantemente. "No sé qué es peor, si el remedio o la enfermedad, pues con los calmantes, duerme todo el tiempo." Lucía quisiera no quejarse del problema pero a veces la domina la desesperación y el enojo. No quiere

faltarle al respeto ni que sus hijos lo hagan y le cuesta tra  
bajo contener su frustración.

Samuel es delgado, con grandes ojos negros y conver  
sación educada e inteligente. Lucía lo quiere a pesar de to  
do.

Los once hermanos de Lucía e hijos de Inocencio y -  
de Socorro tienen todas vidas ordenadas y productivas, ade  
más de que entre sí son unidos y se quieren y respetan.

Micaela la mayor, tiene 36 años, está casada con un  
calderero con quien tiene tres hijas. Estudió primaria y -  
una carrera corta de Mecnógrafa. Actualmente imparte  
esta disciplina en una escuela y el resto del tiempo ayuda  
a su mamá en la taquería. A las cuatro de la mañana se  
levanta para irse, con sus hijas, desde Zapotitlán, por -  
Tulyehualco, hasta Coapa, a donde llega para las comidas  
del alba. Micaela es muy gorda y se ve avejentada, apa-  
riencia que desmiente con su extraordinaria jovialidad, su  
mirada ingenua y brillante y su hablar con voz suave e in-  
fantil. Disfruta tanto comer que realmente goza el traba-  
jo en la taquería. A pesar de su enorme volumen, va y -  
viene con agilidad y aunque trabaja todo el día y parte de -  
la noche, casi nunca se queja de cansancio.

María de Jesús, la segunda, estudió también hasta -  
sexto año de primaria, se casó, tiene cuatro hijos, vive en  
Ixtapalapa y trabaja como conserje en una escuela de la --  
SEP.

Lucía es la tercera de los hijos mayores, quienes re  
cuerdan más vívidamente la pobreza que padecieron de ni-  
ñas. Las tres tuvieron que trabajar desde que gozaron de  
uso de razón y ninguna tuvo las oportunidades de estudiar  
que disfrutaron los hermanos menores.

Concha, la cuarta, tiene 29 años, cursó la carrera  
de Filosofía en la UNAM, da clases en una escue  
la secundaria, se casó con un contador que trabaja en la -  
Ford y va a tener pronto su primer hijo.

Miguel, quien tiene 27 años, estudió la carrera de -  
Medicina y ahora hace su servicio social. Se casó hace -  
un año y pronto será padre.

Pedro, de 25 años, ayuda a Lucía en la paletería y -  
está casado y con un hijo. Su gemelo Pablo estudió como -  
él en una escuela Vocacional y ahora trabaja en una casa  
editorial.

Carmen, quien les sigue, cursó la carrera de Bioloo

logía pero se casó sin terminarla, con pesar de su mamá - que mucho se esforzó por sostenerle los estudios.

Socorro, de 22 años, hizo una carrera corta de secretaria y sigue estudiando además de estar casada, embarazada y de trabajar también como asistente en una escuela.

David, quien tiene 19 años, hace el bachillerato y vive soltero con sus papás al igual que Angela y Mónica, de 14 y 11 años respectivamente, que son las menores de la familia y disfrutan de una vida mucho más desahogada de la que les tocó vivir a sus padres y hermanos mayores.

Con su optimismo, su esfuerzo, su trabajo tesonero y su ingenio, la familia Alvarez ha puesto a la suerte de - su lado. De ser unos emigrantes descalzos y hambrientos ahora todos tienen estudios y prosperan a tal punto que ya son propietarios de sus viviendas y de sus negocios. Más que de una conquista se trata de una apropiación natural y lógica de aquéllo que toca su empeño. Algunos de los Alvarez, como Socorro y Lucía y el propio Inocencio, tienen una especie de sexto sentido que los guía, los avisa de -- los posibles peligros que pudieran acecharlos y los lleva a actuar justo como se necesita y cuando se requiere para

avanzar sólidamente en sus proyectos.

Estos no son muchos, sólo los que los ocupan y esta actitud positiva, aplicada, oportuna y realista les ahorra las amarguras de los anhelos grandiosos e incumplidos. - Los Alvarez no tienen tiempo para perderlo soñando.

## TAJIMAROA

A pocos kilómetros de Ciudad Hidalgo, entre lo que era Tajimaroa y Morelia, hay caminos que se cuelan por los bosques, entre las montañas de la Sierra Madre Occidental.

Una de esas veredas, ahora convertida en brecha maderera, lleva por 10 kilómetros y muchos trabajos en tiempos de aguas, hacia varias presas construídas hace alrededor de 35 años. Por ella pasan, uno tras otro, enormes camiones cargados con madera en rollo, producto de la explotación de esos bosques.

En las orillas del camino, quedan pocos árboles y en algunas partes del bosque la tala ha dado lugar a llanos o a laderas erosionadas. A lo lejos sin embargo, los cerros se ven todavía espesos y azules y en algunos lugares afortunados se puede ver un amoroso trabajo de reforestación.

De los árboles escurre un líquido ambarino y pegajoso que se recoge en pequeños cacharros en la parte donde la tierra toca al tronco. Es la resina que el árbol deja brotar cuando se le hiere y que se utiliza en la fabricación de

pinturas y pegamentos.

Las fábricas en las que se procesa este producto primario lo compran a 8 pesos el kilo y cambio de ello el árbol no resulta dañado en su crecimiento pero su madera será ya imperfecta.

De resinar los árboles viven muchas familias de la región; otras dependen de vender sus "palitos" como llaman a los árboles secos y algunas más, de cultivar maíz en los claros que dejó la tala o de engordar y ordeñar el ganado - que pasta bien en la época de aguas y apenas sobrevive en la temporada de secas.

En uno de estos cerros vive la Familia Solís, propietaria de muchas tierras a su alrededor, entregada sin exaltaciones a una vida campesina, dura y resignada.

Las tierras que ahora tienen y otras, pertenecieron al padre de Doña Concepción Solís y antes de él, a su abuelo. Ahora están repartidas entre sus descendientes pero de todos, sólo los hijos de esta mujer han permanecido en Mata de Pinos.

Para la construcción de la presa le fue expropiada a

la familia un buen pedazo de tierra a cambio de lo cual no recibieron indemnización alguna. El gobierno supuso entonces que la mera existencia de esa reserva de agua enriquecería y revalorizaría la propiedad y que de muchas maneras se beneficiarían los trabajos campesinos con ese estanco de agua. La realidad ha sido muy distinta a lo planeado, pues para lo único para lo que la gente del rumbo utiliza la laguna es para abrevar a unas cuantas cabezas de ganado y pescar una que otra lobina o carpa. Según Doña Concepción, la matrona de la familia, la presa no vino a beneficiarlos sino a quitarles tierras. Los que la aprovechan se encuentran tierras abajo donde riegan con esa agua.

Para los visitantes acostumbrados a llanuras, el paisaje que ofrecen esta región y sus montañas boscosas es bellísimo y la admiración que suscitan acarrea docenas y centenares de turistas que acampan en una de las praderas rodeadas de árboles que hay en una orilla de la presa y que forma parte de las propiedades de la familia Solís.

Los campistas no siempre son todo lo cuidadosos del medio ambiente como supondrían sus aficiones y con frecuencia maltratan y ensucian el lugar frente a los atónitos y silenciosos rostros de los habitantes y propietarios. Hace un

par de años los restos de basura y el daño a los árboles de unos excursionistas empistolados fue tan grande, que Tomás Solís salió de su pasividad para poner un letrero prohibiendo la entrada a sus tierras. Al año siguiente puso una reja, un candado y un gran agujero en la tierra con la súplica de que depositaran ahí su basura. Algunos de los visitantes consideran que el lugar es tan bello que bien valdría la pena arreglarlo turísticamente y hacer de él un buen negocio ya que los acampadores llegan a él con o sin permiso.

Los Solís no creen en ninguna de estas propuestas pues han oído año tras año a muchos visitantes encantados con la belleza del paraje. Saben que su rincón está muy lejos de cualquier posibilidad de bienestar moderno, empezando por el lodoso camino que los comunica con Pucato y la carretera asfaltada. Tomás sabe que en cierta época del año ni siquiera los grandes camiones pueden pasar por los atascaderos. Lo sabe bien porque él y su hermano Carlos tienen dos camiones enormes en los que acarrear la madera.

Ahí todos aceptan las cosas como son: si el camino se corta con las lluvias, pues hay que esperar que éstas pasen y no hay por qué acondicionar la brecha para que esto

no suceda. Las mejoras propias provocan envidia y malas acciones.

Doña Concepción López Viuda de Solís es una mujer - alta, que debió ser hermosa cuando joven. A sus 60 años todavía conserva grandes ojos de mirada profunda y un porte garboso. Lleva el pelo gris peinado en dos trenzas, un ves tido de terlenka cubierto con un chal de lana; calza zapatos de gamuza mojados por el agua lodosa; sus movimientos son calmados y su mirada directa pero suave parece alentar a la paz y al sosiego.

El rostro de Doña Concha jamás se ensombrece por - la pena o la preocupación; jamás pierde la tranquilidad, pe ro no es un rostro inexpresivo; sólo parece estar más allá de las zozobras del mundo. De hecho, aunque su figura per tenece a la casa y al paisaje, está despegada de él porque - nunca se la encuentra donde supuestamente se ubicaría una señora de casa como ella.

Doña Concha se aparta de las convenciones de su mun do sin dejarlo y con ello ejerce atracción a la vez que infun de seguridad y es por eso que su casa es como un refugio o una parada de buena suerte. Y en efecto, las casas se pare

cen a sus dueños. Esta fue construída por el abuelo en la parte más alta del cerro, pero al cabo de poco tiempo no le gustó su ubicación ni la altura de los techos y la movió un poco más abajo, mirando hacia el hermoso valle y las montañas boscosas.

La parte principal de la casa es una construcción larga de madera y tejas con varios cuartos en hilera. El techo de dos aguas baja hasta medio cubrir un amplio corredor que hace las veces de patio o estancia. Allí hay troncos donde sentarse, muchas plantas medicinales, flores, gallinas, gallos, pollos, guajolotes y gansos, todos compartiendo con los habitantes de la casa la sombra y el cobijo de este sitio agradable que parece ser el punto de reunión de niños y mujeres del valle.

Al lado de la casa, casi pegada a ella, está la cocina, un gran cuarto hecho con los mismos materiales, sin ventanas y con dos angostas puertecillas. En ella transcurren los ratos más importantes de la vida familiar. Casi en su centro hay un enorme fogón de barro el que siempre está encendido; su forma es casi cúbica y alberga varias ollas y comales empotrados. Fue construído hace 25 años pero parece nuevo porque todos los días las mujeres lo lavan con

agua de barro y este cuidado cotidiano le ha ido redondeando las aristas. A los ojos ajenos el diseño de ese fogón, con su eficacia y su belleza, no hubiera sido mejor logrado por cualquier diseñador de renombre.

Cerca de éste, como a dos metros, hay una pequeña plataforma donde arde el fuego que calienta en forma directa la preparación del nixtamal o la leche con la que se prepara diariamente el queso.

A poca distancia se levanta un tronco de metro y medio que hace las veces de columna y sobre el que se coloca un ocote encendido para iluminar la cocina después del ocaso.

En un rincón se sitúa el molino en el que se pasa tanto el nixtamal como el queso; junto a él está la caja que contiene la piedra para destilar el agua y la olla de barro de donde todos se sirven para beber. En otro rincón hay dos trasteros exhibiendo platos y otros cacharros y cucharas en esmerado orden. Más allá del fogón está el metate y a lo largo, pegada al muro, una banca larga donde los hombres se sientan a comer o a calentarse frente al fuego. No hay más mesas que una pequeña donde comen los niños y otra que se utiliza para el planchado de la ropa. Debajo de la -

mesa hay un gran cesto con la ropa que espera ser "repasada" y sobre uno de los camales se calientan dos planchas.

Colgando del techo hay un par de tablas sobre las que se colocan, a salvo de gatos y perros, los quesos, las cecinas, la leche y otros alimentos.

El piso de la cocina es de tierra apisonada que diariamente se barre, y se moja con una escoba de hierbas suaves. El techo es de madera y tejas ennegrecidas por el humo. Los dos haces de luz que se meten por las angostísimas puertas caen sobre el fogón y sobre la mesa del planchado, pero apenas alcanzan a iluminar el resto del cuarto.

La atmósfera huele a humo de ocote y a maíz cocido y el ambiente de actividad en la penumbra parece tanto más irreal a los ojos del visitante urbano cuanto que la vida moderna y tecnificada inunda de luz, colores claros y ruidos todo rincón en el que el hombre tenga algo que hacer.

En la cocina de la casa de los Solís, así como en otras cocinas de otros ranchos de esa región y de otras regiones se antoja la conformidad con el destino y el recogimiento. Allí se experimenta el sentimiento de que nada hay que se quisiera o se tuviera que cambiar. La vida trae niños y la muerte

se lleva a los viejos. Todos están juntos comiendo alrededor del mismo fuego. Lo mismo está Don Lencho, un viejito arrugadísimo que vive solo en otro cerro pero come en esa casa; que Doña Soledad, la anciana de 80 años que tuvo 13 hijos y que vive con el único que le queda en uno de los cuartos o que Miguel y Rocío, hijos de Carlos y únicos nietos de Doña Concha.

Afuera, en el patio hay dos lavaderos y una gran pileta en la que constantemente cae un chorrito de agua acarreada en manguera de hule desde el río que está al fondo del vallcito. Tanto la pileta como los lavaderos están techados porque cuando no llueve, el sol es abrasador.

Junto al fogón y junto al lavadero hay siempre una mujer trabajando.

Frente a la casa vieja, un poco más abajo pero no lejos, hay una casita nueva hecha de "material" y tapizada su fachada y su terraza con macetas de flores. Es la casita que acaba de construir Carlos para su familia y que resultó tan amplia, tan "calientita" y tan cómoda que los antiguos dormitorios fueron abandonados y ahora toda la familia Solís duerme en los tres cuartos de la casa nueva.

La cocina de ésta, equipada con una estufa de gas y otros muebles modernos y esmaltados de blanco no pudo competir con el atractivo ancestral de la vieja cocina y pasó a convertirse en la alcoba de Tomás, el hijo soltero de Doña Concha.

El piso de la casa nueva es de mosaico y de sus muros pintados de blanco cuelgan algunos cuadros, imágenes religiosas y calendarios.

Las camas son todas matrimoniales y están cubiertas con colchas floreadas y cojines bordados en punto de cruz. Sobre un tocador en el que se ven afeites y bibelots hay una televisión en blanco y negro que funciona con pilas y que ofrece, en dos canales, dibujos animados para los niños y telenovelas para los grandes.

Algunas sillas de palo y palma, unas cómodas, y una viejísima máquina de coser que todavía funciona, completan el mobiliario.

Un poco más abajo, por la ladera que termina en el río están los tendederos de ropa que diariamente se asolea y la letrina. Un par de puercos están amarrados a la cerca y varios perros entran y salen al igual que sus dueños.

Detrás de la casa está la troje donde se guarda el maiz, el alimento para los animales, los fertilizantes, la leña y variadas herramientas de trabajo. Al lado se levantan los cobertizos que protegen a los camiones de Tomás y Carlos.

A los ojos de los paseantes urbanos, la casa parece desordenada y deprimida. Sin embargo, esta apariencia se desvanece cuando se observa más de cerca el tipo de vida y movimiento que se da en su seno. La cultura de sus habitantes esto es, la forma de vivir y de entender sus quehaceres, es completamente distinta a la de los grupos humanos que se mueven y que están más dispuestos a los cambios a los que someten las grandes ciudades.

La familia Solís es rica en propiedades: posee tierras, ganado, agua y herramientas con las que explotan todo. Sin embargo vive como lo hicieron sus abuelos y no porque ésta sea su única alternativa sino porque así lo quieren.

Las mujeres hacen exactamente lo mismo que antes de ellas muchas mujeres hicieron en el curso de varios siglos. Los cambios que han aceptado son muy pocos y superficiales; lo fundamental, que es la forma de plantarse ante la vida y de conducir las relaciones familiares, es la misma de

siempre.

Su existencia es dura pero no miserable; trabajan mucho pero no son infelices; carecen de distracciones pero no se fastidian; su libertad está en manos de los hombres y de los mayores pero no conocen las angustias existenciales y en sus días largos e iguales no reciben otro premio que el de la satisfacción íntima de sobrevivir, que ciertamente es un gozo casi desconocido para quienes participan en la carrera del movimiento y la ascensión social.

Las penas y la dureza con que se atraviesa por la cotidianeidad no son negadas ni se huye ante ellas, sino que se las toma como parte del todo, como la lluvia que cae, o el color del cielo. Se tienen muchos hijos, sin contarlos y se les ve crecer, medrar o morir como a seres con existencia propia, no como parte de los padres. Cuando son pequeños o están enfermos, se les cuida, no se les apapacha ni se les evita la vivencia del dolor. Los adultos saben que éste es inevitable tarde o temprano y que sólo sobreviven los fuertes y los que lo dominan. Cuando un niño muere es un "angel" que se va al cielo; el que se queda llegará a ser un "cuerpo grande" que tendrá que entregar cuentas a Dios por la vida y los bienes que le dió.

Y no es que la vida carezca de valor sino al contrario, pues sólo aquel que experimenta día con día su precareidad conoce plenamente su valor, pero por lo mismo, la toma como un don que se da o se quita. Tampoco es que los padres echen al mundo crías como animales; así lo consideran quienes cuentan a los seres humanos como unidades y no como personas. Quien vive en contacto tan estrecho con la tierra considera que la vida es un don misterioso, no la mide sino la transmite; y desde este punto de vista, criar es cuestión de vivir o morir. La noción de paternidad responsable es no sólo incomprendible sino contraria e inaceptable para esa otra filosofía tan interiorizada y tan vital que los razonamientos y los llamados a la sensatez del contador no son solamente incomprendidos sino ignorados, tal como éste ignora, porque no entiende, las recomendaciones de la sabiduría popular.

Podría decirse que hay una incomunicación básica, - que el mundo urbano y en desarrollo y el campesino están aislados y no se tocan pero esto sería verdad a medias ya que algunos hijos del campo emigran a las ciudades y allá llevan sus modos de hacer y de vivir aceptando muy lentamente cambiarlos por otros e imprimiendo esas caracterís

ticas a una cultura nacional a la que se quiere someter a planes forjados en gabinetes y escritorios.

Las tierras de los Solís son muchas aunque estén repartidas entre tíos y sobrinos. Doña Concepción y sus hermanos fueron los primeros herederos de la extensa propiedad del abuelo. De éstos quedan tres, de los cuales sólo la primera se quedó a vivir en Pucuató, una hermana renta sus tierras y un hermano "se dio a la bebida" despilfarrando sus haberes.

La hermana que quedó tiene monte, praderas, colindancia con la laguna y sembradios. Estos pasarán a sus dos hijos que por su cuenta han ido incrementando sus propiedades con "tierritas" del otro lado de la laguna, monte adentro o cerca de las parcelitas.

El monte lo explotan, cortan la madera y la venden en un aserradero cercano; en algunas partes han reforestado pero no en otras, a pesar de que Doña Concha expresa a menudo su preocupación por la tala desmedida y el aspecto ralo que van cobrando sus montes. De esos sus bosques donde hasta hace poco había venados, teme que queden cerros pelones trágicamente devastados por la erosión en unos

cuantos años.

En las tierras donde hay pasto comen en desorden alrededor de 25 reses, de las cuales 14 son vacas lecheras y los demás son un semental y varios becerros. La pradera no está organizada en potreros y una familia de medieros se encarga de cuidar a los animales y de ordeñar a las vacas.

De la leche, la nuera de Doña Concha saca crema, queso y requesón todos los días, mismos que vende a los habitantes del rumbo.

La parte de las tierras que está dedicada al cultivo del maíz es chica aunque Doña Concha tiene planes de convertir una parte de la pradera en milpa, misma que es atendida por los propios Solís. La cosecha no se vende sino que se guarda para el propio consumo de la familia.

Todos los días, las mujeres se levantan al alba a preparar el desayuno de los hombres que se van a trabajar a primera hora de la mañana; después muelen el nixtamal, echan las tortillas, almuerzan ellas mismas y los niños y llevan el "lonche" a los hombres hasta donde se encuentran, cerca o lejos.

De regreso lavan, cosen, limpian, planchan, barren,

preparan los quesos, venden, alimentan a los animales, -  
atienden a los niños pequeños y hacen la cena que consiste  
en frijoles, tortillas, salsas, algo de carne, queso, café y  
atoles.

Los días de fiesta y algunos domingos matan a un po-  
llo o a un guajolote y hacen mole y corundas.

La confección del mole va desde la preparación del -  
chile, hasta la molienda de su pulpa y de sus semillas por -  
separado, después de que han sido tostadas. La de las corun-  
das implica la preparación del maíz con cal y ceniza desde  
la víspera, su molienda, el amasijo con manteca de cerdo  
y su cocción envueltas en hojas frescas de maíz dentro de  
una gran vaporera durante varias horas.

El mole se sirve con una abundante sopa de arroz y  
tortillas azules. Las corundas también acompañan al plati-  
llo principal o se comen con crema fresca. Las bebidas -  
consisten en agua, refrescos embotellados o cervezas.

En la preparación de la comida así como en todos los  
otros quehaceres de la casa y del campo, las niñas ayudan  
acarreando leña, cumpliendo mandados varios, barriendo,  
lavando y cuidando a los niños pequeños o a los viejitos. -

Conforme van creciendo van aumentando sus responsabilidades hasta que se incorporan totalmente a la vida adulta.

Así como las niñas, los niños tampoco son libres de jugar cuando les place pues desde pequeños tienen ocupaciones y trabajos de creciente responsabilidad tales como pastorear a las vacas, resinar los árboles, juntar y acarrear leña, llevar el almuerzo a los hombres, ayudar en la siembra y en la cosecha y alimentar a los animales.

Si hay maestro, asisten a sus clases mientras éstas duren, lo cual es muy irregular. El estado suele enviar a pasantes a hacer su servicio social en el campo pero no supervisa al buen cumplimiento del compromiso que se adquiere con la comunidad. A esta ranchería acudió una pasante de maestra a atender a 21 niños inscritos. Se alojó en casa de Doña Concha y en un principio daba lecciones cuatro días a la semana, luego tres y después se ausentaba por dos o tres semanas hasta desaparecer definitivamente antes de terminar el curso y sin haber otorgado certificados ni calificaciones. Los pobladores de Pucuateo están muy decepcionados con esta falta de seriedad y en algunas familias se medita la conveniencia de dejar el campo e irse a alguna ciudad donde haya escuelas en las que los hijos aprendan.

Si bien la vida y las costumbres son conservadoras y - hasta arcaicas, las herramientas culturales son muy apreciadas, aunque las disfruten imperfectamente. "Nada hay como saber leer y escribir", comentan los ancianos en la cocina.

Doña Concepción López de Solís enviudó joven y con - dos vástagos. A la muerte de su marido volvió a la casa de sus padres de la que nunca ha vuelto a salir. Allí los vio - morir y también vio crecer grandes y fuertes a sus dos hi-  
jos.

Tomás el mayor tiene 35 años, es corpulento y fortísimo; tiene la tez clara y el rostro plano, grande y con los - ojos pequeños y muy juntos. Es tímido y evita mirar de frente; habla poco, con frases cortas y directas, mientras - contempla el humo de su cigarrillo.

Su hosquedad se desvanece cuando se acercan sus so-  
brinos pequeños a quienes besa, carga y apapacha con una - ternura insospechable en aquel hombrazo distante y solitario. Su devoción familiar contrasta con su renuencia a casarse y tener todos los hijos que necesitaría Doña Concha para morir tranquila. ¿Quién cuidará y heredará las tierras?;

Tomás no hace caso y prefiere irse muy temprano al -

monte, a cortar y a llevar troza a Ciudad Hidalgo o a Morelia, donde se divierte.

El domingo las mujeres se afanan en agasajarlo con un guajolote en mole. A veces llega al banquete y a veces no; nunca se sabe, pero su madre, su nuera, la esposa del mediero y la vieja que vive con ellos preparan todo y lo esperan. Si las planta, ellas no le hacen reproches.

Cuando es de noche y sus hijos tardan en llegar, Doña Concha sale al camino a esperarlos, tratando de ver en la oscuridad y alertando el oído al quedo rumor que lleva el eco desde el otro lado de la laguna y que procede del rugido del camión que lucha por avanzar sobre la desbarajustada brecha.

Cuando se retrasan, cosa que no es demasiado frecuente, es porque se han quedado en el pueblo a beber y a jugar, en cuyo caso su regreso conduciendo el camión puede ser peligroso y terminar mal. Ya un hermano de Doña Concha se desbarrancó en un tractor y ella teme que algo semejante les suceda a sus hijos que se aburren y buscan diversión en Tajimaroa.

No importa que así sea, no importa que apuesten y -

pierdan grandes sumas de dinero en el juego; no importa que beban hasta caer y rodar; no importa que lleguen tarde y que desprecien sus afanes. Lo que sí importa es que no mueran o queden lisiados mientras vivan como hombres y hagan todo lo que se espera de quienes son fuertes, jóvenes y magnánimos.

La buena marcha de la casa y de la economía doméstica no depende, en lo esencial, de los hombres sino de las mujeres quienes cosechan, muelen, cocinan, hacen y venden quesos y cremas, cuidan a las gallinas y a las vacas, lavan, cosen y curan en las enfermedades y el dolor. Al hombre le toca sembrar, construir y defender.

Carlos, el segundo hijo de Doña Concha es un poco menor, de carácter alegre y vivaracho. No tan corpulento como su hermano, de todos modos es alto y fuerte. Tiene ojos negros, pequeños, debajo de unas espesas cejas; lleva un bigote largo y caído y tiene un cuello de toro. Hace seis años se casó con Catalina Trujillo, hija de unos rancheros ricos que tienen sus tierras cerca de ahí. Con ella ha tenido, además de una esposa alegre y trabajadora, dos hijos, varón y mujer que son, por ahora, la única esperanza de supervivencia de la familia Solís.

Carlos y su hermano son buenos amigos, con frecuencia trabajan juntos y se ayudan en todo lo que pueden.

Catalina su esposa, a quienes todos llaman Catita o Doña Cata, es morena clara, de baja estatura y regordeta. Tiene el rostro redondo y siempre sonriente. Con ella la familia Solís ha recibido aires nuevos y frescos, además de vitalidad y esperanzas. Ella es la que promovió la construcción de la nueva ala de la casa y la que poco a poco ha ido asumiendo la jefatura de los quehaceres domésticos. Ella preside en la cocina y ella maneja el pequeño negocio del queso. Ella fue la que compró las vacas y la que quiere abrir más tierras al cultivo. Su sujeción a la autoridad de Doña Concha y de los hombres es total, pero la casa y las propiedades se manejarán cada día más, al modo y al ritmo que ella vaya imponiendo.

Doña Concha está feliz de tenerla por nuera pues es alegre, trabajadora, respetuosa y ama esas tierras tanto como ella misma y por eso ha ido dejando que Catita tome poco a poco las riendas de la casa.

Sus hijos, Miguel, de 5 años y Rocío, de 3, son tratados como príncipes, pero no se les evita conocer el do-

lor. Miguel se negó a que el dentista curara sus muelas ca-  
riadas y al cabo de unos días éstas se infectaron causando  
una enorme y dolorosa postemilla. La fiebre y el dolor que  
lo hacen gritar parten el corazón de su madre y de su abue-  
la pero ellas le dan sólo una aspirina, alguna infusión y cari-  
cias acompañadas del duro decir: "Tienes que ser fuerte, -  
aguanta, sabemos que duelo, pero no tiene remedio. Solo -  
así aprenderás a resistir dolores peores".

Al cabo de unos días la postemilla se revienta, desa-  
parece la infección y el niño es llevado otra vez al dentista  
aceptando ya que le cure la caries. Ni a éstos ni a otros  
niños se les aleja de aquéllo que será su vida adulta y des-  
de chicos conocen experiencias que los niños urbanos des-  
cubren hasta la adolescencia o la juventud.

Libertad, gozos, riesgos, privaciones, dolor, res-  
ponsabilidades y trabajo son condiciones tan simples y tan  
naturales como comer y crecer. La vida es árdua y todo  
cuesta trabajo, pero ello no es asumido con amargura sino  
con seriedad.

Cuando los niños están demasiado enfermos como se-  
ría pulmonía o una deshidratación, son llevados a curarse

a Ciudad Hidalgo o a Morelia y entonces tanto Carlos como Catita toman turnos para velarlos. Los gastos que acarrear tales enfermedades al igual que los partos, son siempre asumidos por el hombre.

Aunque los niños están pequeños, sus padres y abuela se preocupan ya por la forma como hay que aprender a leer, a escribir, a contar y todo aquéllo que es bueno saber y que a veces se aprende en una escuela.

Con la familia Solís vive Doña Soledad Escobar Viuda de Méndez y su hijo Santos. Hace varios años llegaron al acuerdo de vivir juntos pues ambas eran mujeres solas y con hijos varones.

Doña Socorro ocupa dos cuartos de la parte vieja de la casa y si hijo José sostiene económicamente su posición para que ella no se sienta "arrimada".

Doña Socorro tiene 83 años pero a pesar de su edad es fuerte aún. Su único achaque es un dolor en el brazo derecho que le baja desde el hombro y del que se queja todo el día, pero sobre todo en las noches.

En su rostro que debió de haber sido hermoso, hay

pocas arrugas y unos ojos que miran con mucha luz e inteligencia. La expresión es agradable cuando no la oscurecen los recuerdos tristes o el dolor. Cuando sonrío con picardía muestra una dentadura natural en excelentes condiciones para su edad.

El pelo es castaño, a medias cruzado por algunas canas y lo lleva en dos largas trenzas que le ayuda a peinar Doña Catita. Lleva un hábito de la Virgen del Carmen con la intención de que ella la cure de la dolencia del brazo para lo cual ningún médico o medicina ha dado alivio.

Doña Soledad tuvo trece hijos de los cuales sólo le viven cuatro. Unos murieron "ángeles", al poco de nacer, porque se contagiaban de unos ataques que a ella le daban durante la preñez; se ponían morados y se morían. Otro de sus hijos fue apuñalado en un pleito de cantina. Una niña de trece años murió de susto, después de que el caballo que montaba se encabritó y la tiró. Dos más fallecieron de una extraña enfermedad que da en los pulmones por beber agua de mina.

"Cuando se van, es bueno para ellos, pero uno se queda triste", dice Doña Sócorro con una expresión de tal

cansancio y desolación que aleja todo comentario compasivo aunque pareciera que su intención fuera la de atraer aquéllo que rechaza.

Los decires que va soltando a cada paso así como los conocimientos que sobre muchas cosas demuestra, la asemejan a una sibila que ve y entiende más que los demás mortales.

Doña Concha y los demás la consideran como una mujer buena, inteligente y que ha vivido lo suficiente como para haber juntado mucha sabiduría. A pesar de su edad, esta anciana no se siente demasiado vieja. Podría llegar más lejos, dice, como Don Pedro, a quien enterraron hace cuatro días después de vivir 132 años. El era ya grande cuando ella era apenas una niña. Las campanadas que acompañaron a su entierro resonaron por el valle y al funeral acudieron sus descendientes diseminados por toda la región.

Doña Soledad no se queja de su pobreza ni se siente fuera de lugar viviendo en casa de los Solís. Sabe bien que la vida en el campo tiene que darse en grupo si se quiere evitar la miseria y que cada quien tiene una función que cumplir. Así creció y piensa que es bueno que los jóvenes

así se desarrollen. Tiene un papel que desempeñar y su ve jez y sabiduría lo marcan. Fuera de su cumplimiento no - puede ni quiere pedir mayor satisfacción.

Doña Soledad se da cuenta de que en ese valle donde había bosques y venados hace todavía poco tiempo, ha crecido la población y ha llegado el camino con todo lo que éste trae, pero sabe que la vida de los hombres seguirá siendo la misma por mucho tiempo más y Doña Concepción - comparte su parecer con una sonrisa suave y callada.

persigna y ella le besa la mano.

Con pasos cortos, rápidos y un poco tiesos, cruza el corredor frente a las puertas de las otras viviendas y traspone el zaguán de un salto que la pone en plena calle de Correo Mayor. Voltea hacia la derecha, dobla la esquina, camina una cuadra y se mete a una tienda de abarrotes donde compra nueces y chocolates al tiempo que saluda amigablemente al tendero. Al salir del establecimiento se dirige con decisión a buscar su coche estacionado en una pensión que se encuentra a varias cuadras de la casa.

En el camino Elena hace un repaso mental de las actividades de su día. Seguramente le ocurriría, como siempre, que dejaría varios compromisos sin cumplir, cosa que ella considera inevitable y que, al fin de cuentas no tiene importancia. Tal vez llegaría al trabajo un poco más retrasada que de costumbre y no lograría tener listos los documentos que había prometido a la señora fulana. Cuando era empleada, procuraba remediar su impuntualidad con el regalo de algún chocolate a sus jefes o con alguna historia sobre la salud de su mamá. Ahora no puede hacerlo porque ella misma es su propio jefe.

Desde siempre, a sus maestros y a sus jefes, Elena

les ha parecido una chica encantadora y valiosa, que lucha denodadamente por superarse y por sacar adelante a su familia pero que inexplicablemente termina mal. los trabajos que emprende, los deja a medias e inicia otros que parecen interesantes e ineludibles.

A pesar de esa ineficiencia, los logros que ha acumulado son sustanciales y nadie puede poner en duda su validez. Elena lo sabe y por eso prosigue su camino como si nada, mostrando aquella cara de inocencia y buena voluntad a todos a quienes urge que ella cumpla lo prometido. -

Su falta de eficiencia en lo ofrecido es suplida, a ojos de sus jefes, amigos y clientes, por la oportunidad de sus intervenciones en otros terrenos que no son los de sus obligaciones y por su cordialidad y su disposición a ayudar siempre que sea necesario.

A Elena le gusta estar en todo, pero no amarrada y no logra compaginar su necesidad de ganar dinero y de hacer una carrera sólida con su "dilettantismo laboral", lo cual le provoca a veces, además de una imagen de inconformidad, una incómoda gastritis y el pretexto para no cumplir con tal o cual quehacer.

Elena es la mayor de tres hermanas y el apoyo económico y moral de su madre, la señora Imelda Pacheco viuda de Jaramillo. El padre de Elena murió hace pocos años y aunque en vida tenía una posición desahogada ya que era propietario de la vecindad en que vivía, al morir intestado y surgir otros reclamos y deudas sobre la misma, su familia se vio en serios apuros para sobrevivir.

Doña Imelda, una mujer gruesa siempre vestida con ropa de colores oscuros pero trato afable, sufre de varios achaques que le impiden trabajar de lleno.

Las chicas cursaron la primaria y la secundaria en escuelas oficiales y Elena logró ingresar, gracias a su habilidad para hacer amigos y para colocarse, a una escuela dependiente de un organismo público donde hizo la carrera de secretaria y ayudó a sus hermanas a seguir la de trabajo social.

Los estudios de Elena fueron mediocres pero no así su presencia en el grupo, al que organizó para fiestas, excursiones y otras actividades. La falta de puntos en los exámenes los cumplió con su ánimo alegre y entusiasta, de suerte que los maestros nunca consideraron necesario reprobársela. "Después de todo, pensaban, esta chica que

re promoverse y necesita esta carrera de secretaria. No será preciso que sobresalga en taquigrafía si de todos modos es buena trabajadora".

Y así Elena terminó esos cursos. Mientras trabajaba medio tiempo en la propia escuela, por las mañanas estudió la carrera de hotelería y turismo que cursó de modo semejante a sus estudios anteriores y que la ayudó a colocarse en una conocida agencia de viajes.

En su nueva carrera afinó sus modales, aprendió a vestirse y en general adquirió la desenvoltura que tanto aprecia. Como otros agentes viajeros, organizó excursiones dentro y fuera del país, en las que ella misma participó. Sus amigos reciben constantemente postales suyas - provenientes de todas partes del mundo.

Por una razón o por otra ha tenido que cambiar de empleo de una agencia de viajes a otra. Algunas de las excursiones que organiza son exitosas pero en otras los clientes se quejan de tal o cual desorden o incumplimiento. "Es imposible satisfacer a todos en todo", se dice, además de que no puede evitar sobrecargarse de compromisos. El mercado de viajes tiene un crecimiento desafiado que ella considera imposible desaprovechar.

En uno de sus viajes conoció a un chico alemán con quien sostuvo un corto romance. El joven se mostró muy entusiasta por ella y se vino a México. Como también es hotelero, ella le ayudó a conseguir un buen trabajo y lo presentó a sus amistades del medio. Con el tiempo el noviazgo no prosperó y finalmente se esfumó un amor que a Elena le hacía sentirse como las demás chicas. Después de una época de tristeza, se repuso y se convenció de que su vida estaría mejor dedicada al trabajo, a los amigos, a los viajes y a promover a su familia.

Al cabo de algunos años de experiencia y aprovechando algo del dinero que quedó de la herencia después de pagar las deudas y el pleito, Elena puso su propia agencia de viajes en sociedad con otros hoteleros. Para ello rentó una casa grande y bien construida en una calle arbolada de una zona residencial de la ciudad y la acondicionó con el lujo que mejor le pareció.

Alfombras, cortinas, lámparas y muebles nuevos dieron a la empresa un sello de pujanza y eficiencia que atrajo a una numerosa clientela reclutada entre la multitud de amigos que supo cultivar durante años.

El negocio marchó maravillosamente en un princi-

pio, de suerte que la sociedad pudo empezar a pagar parte de las deudas en que había incurrido para instalarlo, pero últimamente las cosas no van tan bien: varios clientes se han disgustado; sus hermanas que trabajan en la empresa, no son todo lo cumplidas que ella necesitaría; se le vienen encima fechas de pago sin dinero corriente para solventar los, sus socios la presionan y por si fuera poco, ahora -- que tiene su propia agencia, viaja mucho menos que antes.

En todo ello va pensando Elena mientras se encamina a su coche. Hasta hace poco viajaba en camión y en metro; le dolería tener que desprenderse de este lujo recién adquirido sin contar con que ello significaría dar un paso atrás y eso es algo que ella ni siquiera se atreve a plantearse.

La casa que deja atrás en esa mañana de octubre, es la principal en una vecindad de 26 viviendas. Está situada en los altos del edificio, pero a pesar de tener vista a la calle, es oscura porque la construcción de enfrente tapa la luz del sol cuando a éste le tocaría entrar por las ventanas.

Comparte una recámara con su mamá y la otra la ocupan sus hermanas y una prima que vive con ellas. Las

camas están cubiertas con colchas floreadas y sobre ella - hay muñecos de peluche. En las paredes hay retratos de la familia viajando, además de algunos posters de lugares hermosos del mundo.

En la estancia hay un juego de sala y sillones tapizados de rojo y forrado con un plástico protector contra el polvo negro y sucio que entra de la calle.

A un lado hay una mesa rectangular con un mantel cubierto también por un plástico. Las sillas son seis y se hallan dispuestas alrededor de la mesa. Sobre el aparato hay algunos bibelots y adornos de vidrio. En la vitrina hay copas, tazas y cucharas de variado estilo. En un rincón, sobre una vieja consola que ya no sirve, un flamante aparato de sonido toca discos de música suave y en la otra esquina se sitúa el refrigerador que no cabe en la cocina. Esta es demasiado chica y en ella se aprietan los muebles.

Elena quiere cambiar esa casa oscura, ruidosa, de techos altos, situada en una vecindad de La Merced con rentas congeladas, por otra en Las Alamedas, un fraccionamiento más allá de Satélite. Lo restante de la herencia le servirá para pagar casi todo el enganche. Sólo le hace

falta una parte que tendrá que conseguir mediante algún -  
préstamo.

No sabe si podrá pagar todas las deudas que se acumulan. Está angustiada porque el negocio tiene problemas y no quiere perderlo; tampoco quiere perder el coche ni la oportunidad de comprarse esa casa que tanto le importa pa  
ra acabar de moverse de grado en la escala social.

"Ya saldré dice, no es la primera vez que tengo pro  
blemas". "Tengo que pensar en algo, tal vez sea preciso dar un paso atrás, renunciar a algo, para no retroceder en lo demás..."

Se sube a su automóvil y lo echa a andar cavilando.  
En un trayecto que empezó retrasada, los embotellamientos le impedirán aún más llegar a tiempo al compromiso. También le servirán para meditar con calma en una nueva estrategia que deberá sacarla de apuros.

## LOS MEDIEROS

Es temprano en el valle, el sol arranca su brillo dorado a la pradera que desciende hacia el oriente. Apenas queda algo de la bruma del alba y ya se pueden ver las soberbias montañas que lo circundan. Hacia abajo se oye correr el arroyo y a lo lejos se ve parte de la laguna a la que desemboca.

Gloria y Romualdo salen con grandes cubetas a ordeñar las 15 vacas del patrón que desde temprano pastan en la pradera. Los acompaña Miguel, su hijo mayor, menudo chiquillo de 11 años.

Cada vaca tiene su nombre y su obligación. Algunas son buenas lecheras, otras amamantan a sus propias crías y a las terneras ajenas. "Para ordeñar hay que conocer bien a cada animal; dice Doña Gloria con una amplia sonrisa que ilumina su huesuda cara. Envuelve su cabeza con una gastada pañoleta de gasa de nylon con la que acentúa más los rasgos flacos de su rostro. Su vestido están tan cansado que el uso ha vencido la resistencia de la terlenka con que fue confeccionado y calza unos zapatos de plástico al que ha hecho varios cortes para permitir más comodidad

a unos pies demasiado anchos y acostumbrados al huarache.

La leche y el rocío salpican sus piernas desnudas y - la hacen suspirar por unas botas de hule como las que ha - visto en las tiendas del pueblo. La lista de necesidades es tan larga y el lugar que ocupan las botas está tan abajo, - que Doña Gloria se ríe ante la inutilidad de sus suspiros, como para conjurar el espanto de los deseos. Es preciso aguantar y no querer ni siquiera curarse de la dolencia en el bajo vientre que le quedó desde el último "legrado" y que le resta fuerzas para dedicarse a todos sus empeños.

Por eso ríe mucho, pero también porque es alegre y bondadosa y porque alguien tiene que aligerar el alma de esa casa triste que es la suya.

"¡Qué más pedir si tiene a su marido y sus hijos están bien". "La vamos pasando, pobrementemente y con muchos trabajos, pero aquí estamos. Dormimos amontonados, pero tenemos un techo. El maíz está caro pero Romualdo - tiene trabajo. Pobrementemente, pero ahí la vamos pasando. Qué se le va a hacer. La vida aquí es muy dura, pero por lo menos tenemos donde vivir, no que cuando estábamos en México no nos alcanzaba lo que ganábamos para pagar la -

renta. Era carísima aunque lo bueno era que los niños podían ir a la escuela y allá sí aprendían, no que aquí apenas viene la maestra y aunque venga, con ella no aprenden. Si algo saben es porque lo aprendieron en México. Allá estuvimos cinco años pero nos regresamos y aquí estamos mejor, porque no tenemos que pagar tanto dinero de renta. No me quejo, pero la vida es dura".

Doña Gloria sonrío, nunca deja de hacerlo, mientras habla con extraños y levanta la cabeza con una dignidad de sesperada. No quiere que la oigan su suegra ni su marido. Ella es la mujer fuerte y no tiene pensado abandonar su papel mientras sus hijos la necesiten.

Su marido apenas habla y se mantiene alejado. Su rostro es oscuro pues lo cubren una barba de varios días y un sombrero de palma calado hasta las cejas. Su cuerpo - de baja estatura está cubierto por una camisa vieja de algo dón y un poco sucia, unos pantalones de dril de color inde finido y un jorongo de lana en colores naturales.

Romualdo Estrada es el jefe de esta familia de medieros. A cambio de la casa que habitan, el trato establece que podrán disponer de la mitad de lo que se gane resi-

nando los árboles de la propiedad de los Aceves. La resina se obtiene descortezando el árbol en rayas longitudinales abajo de las cuales se recoge el líquido ambarino y pegajoso en pequeñas cazuelas de barro o latas, llamados "cacharros" por los resineros.

Los árboles de la región no son muy generosos y la extracción de la resina disminuye sustancialmente su valor como fuente de madera debido a los cortes. A pesar de ello casi todos los propietarios se dedican a esta industria prefiriendo destinar el producto de la tala a leña en vez de madera para construcción. De hecho no les queda otra alternativa pues los grandes pinos han sido cortados ya y los que los han de sustituir dejan más en resina que en madera. De la reforestación nadie se ocupa, ya sea por ignorancia o porque eventualmente las tierras son desmontadas y utilizadas para la siembra del maíz. A pesar de la abundancia de agua y de las posibilidades de riego, no se siembran frijol, ni hortalizas, ni árboles frutales.

El maíz en tortillas, en atole o en tamales sigue siendo el principal alimento de la gente de la zona. A veces se añade algún huevo a la carne o algún ave del corral. Además de resinar los árboles, Don Romualdo debe pastorear

a los animales de los Aceves y ordeñar a las vacas, tareas en las que le ayudan su mujer y sus hijos. Cada tarde la familia entera corre a buscar las reses dispersas en el monte para llevar a los terneros al corral y a las vacas y toritos a la pradera.

El pasto es abundante en tiempos de lluvias pero cuando llegan las secas escasea y según la gravedad del caso, se sacrifican o venden algunos animales. No se cultiva alfalfa ni otros alimentos a pesar de que estas tierras colindan con una presa cuyas aguas nadie aprovecha. Parece como si cada uno de los pequeños propietarios del rumbo temiera mejorar sus tierras y su posición más que los demás por temor a que les fueran expropiadas o dañadas. Se advina temor detrás del recelo y la pasividad. Si se plantan árboles frutales, éstos son destruídos o robados y si se mejora la vivienda, algún día de descuido aparece un fuego que la destruye.

Debajo de la pacidez del valle se escuchan los sordos rumores de la envidia y el rencor. La cortesía lejana con que se tratan los vecinos es el recurso indispensable para llevar la convivencia con la paz necesaria. Todos temen que entre ellos ocurra lo que pasa en otras comunidades --

cercanas en las que se matan entre sí por nimiedades.

De todos modos en esta región de Michoacán la gente se ufana de que aún no ha llegado la sangre al río.

La familia de Don Romualdo es triste porque no tiene tierras y su madre no cesa de recordárselos. ¡Cómo van a estar contentos si son tan pobres y tan desgraciados, si no tienen nada en esta vida más que los jergones para domir y tres puerquitos que compraron para ahorrar unos pesos; si cualquier día de éstos los patrones, a quien mucho envidian, pueden echarlos de esa pobre casa de madera!

Y mientras así habla, Doña Cipriana lanza miradas envidiosas al otro lado del valle donde la casa es grande y hay maíz y leña almacenados y donde la leche que su hijo - ordeña se convierte en queso y crema que otras bocas se comerán.

El rencor de Doña Cipriana se transforma en tristeza profunda mirando a lo lejos, hacia un punto donde las - montañas que rodean al valle dejan ver una tierra más lejana que se aclara con la distancia. De sus ojos duros escurren lágrimas que ella deja caer sin disimulo, mientras que con una mano nudosa se jala hacia adelante una trenza

gris amarrada con cordones de lana.

"Aquí siempre me muero de la tristeza porque tengo que mirar para allá, donde fue mi tierra y murió mi mamá", y la mujer habla de su vida y de su familia.

Allá lejos tuvieron tierras en el ejido que les tocó - cuando su padre aún vivía. Aun entonces, a pesar de tener esas tierras, eran pobres y desgraciados. Su marido resinaba el monte pero los envidiosos le ponían clavos a los árboles donde se amellaban las hachas. Por eso se fueron, - para no aguantar los resentimientos de los vecinos. No les importó dejar las tierras que les tocaban. Las abandona--ron. Ella alentó a su marido pensando que en otra parte - les iría mejor. Se fueron todos de medieros a un rancho y allí también hubo envidiosos que le hicieron la vida difícil a su marido y después de ese rancho estuvieron en - otros hasta que un día el hombre se murió de un dolor de estómago.

Y Doña Cipriana está tranquila de tener razones por las cuales lamentarse pues nada hay peor en la vida que no tener un marido sin el cual no hay con quien quejarse. "Para eso son los maridos", dice.

Cuando todavía vivía su esposo, una de sus hijas murió a consecuencia de una hemorragia de fiebre puerperal dejando a una niña. El padre de la criatura se marchó con una jovencita de 15 años dejando tras de sí a la pequeña. La abuela la recogió y desde entonces ya no solamente se compadece de sí misma sino también de la suerte de su pobre nieta.

La compasión de Doña Cipriana es ruidosa y a gritos llora por su niña que es una "abandonada huerfanita".

Doña Cipriana se alarga en sus lamentos. Nada en el mundo contenta su corazón ni le importa estar viva y tener un cariño y una familia a la que pertenece y en la que encuentra cobijo. Quisiera volver al ejido y reclamar las tierras que abandonó, pero no lo hace porque dice que no tiene para el pleito ni sabe como hacerlo. No importa, pues de todos modos lo imposible o lo ajeno es lo único que podría satisfacerla. La suerte propia siempre le ha parecido desgraciada.

Su hijo y nuera no la acompañan en sus penas ni en sus reclamos, pero el ánimo sombrío de la abuela entristece la casa y dificulta el trato de la familia con los neces-

rios vecinos y patrones.

Tanto más cargoso resulta su pesar cuanto que Doña Cipriana es una mujer sana y fuerte que distrae sus esfuerzos de las numerosas tareas cotidianas que ayudarían a todos a tener una mejor vida y los encauza hacia sus llantos, recelos y exigencias de compasión.

Esther, la nieta, lleva claramente marcado el sello de su triste condición de huérfana, misma que si acaso no se notara, Doña Cipriana la señalaría despiadadamente.

La niña de 12 años, es menuda y bonita, tiene unos enormes ojos oscuros, brillantes y siempre a punto de las lágrimas, aunque no se sabe bien si ello se debe a la tristeza o al catarro crónico que padece. Aunque todavía es una niña, viste y actúa como persona mayor; se cubre la cabeza y los pies pues teme los enfriamientos; durante el día trabaja como sirvienta en casa de los patrones, cosa que hace con gusto pues la aleja de la férula de la abuela.

En su trabajo, Esther junta leña, muele el maíz, hace tortillas, barre, da de comer a las gallinas, lava la ropa y los trastos y acompaña a quien lo requiera en sus caminatas.

Por la noche, la abuela recoge a Esther recordando con cada palabra que no puede vivir sin su huerfanita.

Esther no dice disfrutar de su trabajo pues ello no es taría a tono con el tono de lamento con que su abuela vive la vida. Por otra parte hace las cosas porque se las mandan. Los niños no tienen otra alternativa que obedecer a los mayores y las mujeres no pueden dejar de hacer lo que hacen so pena de que el edificio social y familiar se derrumbe. La falta de posibilidades de elección no es cuestionada. Se viven la obligación y el deber sin mayores aspavientos ni reclamos.

Lejos de los adultos, cuando las circunstancias les permiten estar con sus primos y otros niños, Esther abandona su aire de penosa orfandad y se muestra alegre y dicharachera. Su única preocupación real y concreta son los celos que hacia ella resiente su prima Aurora, de la misma edad, menos bonita, menos compadecida y obligada a trabajar de criada, no en otra casa que pudiera ser divertida sino en la propia, donde escasean el maíz y los halagos.

## LOS MOJADOS

East Los Angeles es un barrio extraño, con sus calles estilo americano y su gente de origen mexicano. En las tiendas se habla casi solamente español y el conjunto hace pensar en el dicho de que México reconquista el territorio perdido en 1847.

En este rincón que los norteamericanos empiezan a considerar perdido, en una de las calles viejas, sin prados ni árboles aunque limpia, se levanta un edificio de cuatro pisos, de fachada gris y media cuadra de fondo. En él habitan cerca de 60 familias de mexicanos y centroamericanos indocumentados. Largos pasillos comunican las viviendas con el exterior, desde donde nadie sospecha ni imagina lo que adentro existe. Entre siete y diez personas por departamento hacen de aquéllo un mundo donde crecen las esperanzas y los trabajos.

Hasta hace poco los pasillos estaban oscuros, sucios, con las paredes pintarrajeadas y desconchadas. Las autoridades de la ciudad ordenaron que todos los edificios y casas fueran pintados y mejorada su apariencia, lo cual significó para los inquilinos un aumento de renta pero tam

bién la posibilidad de vivir más dignamente.

La sociabilidad de los habitantes de este edificio no se manifiesta hacia afuera sino hacia adentro. Entre las razones de este fenómeno se encuentra la estatus común, el idioma que los reúne y los aísla, el temor a la deportación y sobre todo, el hábito que tiene casi todo mexicano, de solidaridad para quienes están en su misma condición, así como la importancia que da a la familia extendida que en el caso de estos expatriados se sustituye con sus prójimos de vivienda y de suerte.

Los mojados se protegen. A la casa de uno de ellos pudimos llegar después de que un vecino de confianza recomendó nuestras intenciones antes de hacernos pasar por la prueba de una llamada telefónica en clave.

José Mendoza vive en uno de estos departamentos con seis de sus siete hijos y su esposa Juanita. El espacio no es muy grande, apenas un cuarto con un closet, un baño con tina y una cocina.

Durante el día este cuarto sirve como sala comedor y en la noche se convierte en recámara. Adosada al mismo muro donde se abre la puerta de salida, hay una cama

matrimonial cubierta por una colcha y varios cojines. Del lado opuesto, bajo una ventana de vidrios opacos, hay un sofá-cama bastante desvencijado a cuyos lados se alzan dos cómodas con cajones de entre los cuales salen algunas ropas. En una tercera pared está la puerta del closet y un enorme televisor de colores; enfrente se abren las puertas del baño y de la cocina, en medio de las cuales hay una pequeña mesa cubierta con un mantel de plástico. Cuatro sillas y un espejo completan el mobiliario. En el muro y sobre la puerta de salida hay un cuadro con la imagen de San Martín y otra de la Virgen de Guadalupe.

Sobre la mesa se mezclan objetos heterogéneos tales como un frasco de pintura de uñas, un montón de ropa, algunos platos, un cepillo, una bolsa de papas fritas abierta y un montón de tortillas semienvueltas en una servilleta.

A la hora de comer se despeja un poco está única mesa y se colocan en ella los platos con la comida que se sirve en la cocina. No todos caben en la mesa, los niños pequeños y el papá comen primero, las niñas y la madre lo hacen en la cocina o sobre el sofá. No importa, nunca antes tuvieron la costumbre de comer juntos.

Sobre la estufa se cocina una sopa de fideo, un --

arroz con jitomate y unos bisteces fritos. Su preparación está a cargo de Lucila, la hija mayor de 13 años, quien por su aspecto y sus faenas parece tener más de 17.

Después de la cena tres de los niños se bañan juntos en la tina donde juegan un rato. Hace calor y en el piso al fombrado del cuarto podrán retozar un poco cubiertos cada uno por un pedazo de sábana. Los hermanos grandes están afuera, jugando en la calle o visitando a algún amigo en el mismo edificio.

La puerta permanece siempre entreabierta pues continuamente entran y salen niños propios y ajenos. Unos traen recados, otros llevan algo prestado, alguno manda un bocadillo a la cuñada, y en fin, que el intercambio y la vida son intensos en este mundo de desheredados. Tampoco faltan los pleitos, ni los chismes, ni los problemas de la convivencia; siempre hay algún niño que molesta a otros más de lo tolerable, alguna madre de familia comodina o un vecino que invita a la parranda, pero la voluntad de salir adelante y la esperanza ahogan los obstáculos que se presentan. Nadamás faltaba que se dejaran dominar por esas minucias después de lo pasado en cruzar la frontera, después de las angustias de los primeros días sin casa, -

sin comida, sin trabajo... Aún entonces cuando no había na da, lograron instalarse y sobrevivir por la propia tenacidad y por la ayuda de otros, como la comida que todos los días se sirve en la parroquia para quienes a pedirlo acudan, o los zapatos y la ropa que allí regalan a los niños que demues tren que los necesitan, o la recomendación que alguien a quien ni siquiera conocían les dió para conseguir que les ren taran el departamento...

A Juanita le daba mucha vergüenza pedir lo que consideraba limosna pues nunca antes había tenido que hacerlo, pero la actitud de los sacerdotes norteamericanos, compren siva y generosa, la animó en esos días de hambre. Ahora que ya no necesitan la ayuda, ya no la piden y este hecho la tranquiliza. Tal vez después ella misma pueda acudir para servir en algo; por ahora todavía no puede, pues está muy ocupada con su trabajo y su familia. Ella no comprende cómo hay gente que come en la parroquia y pide limosna sin necesitarlo. "Es injusto, dice, pues le quitan a otro la posibilidad de recibir lo que de veras le urgiría".

Los Mendoza nacieron y vivieron hasta hace poco en un pueblito que está a orillas del Lago de Chapala, donde

José era pescador, abandonaron su país porque querían ver si conseguían otras oportunidades. Allá en su tierra era muy difícil mejorar económicamente; "allá nunca hubiera podido comprarse un coche, como ahora lo ha hecho, ni tener un televisor a colores", y sobre todo, ahora los niños aprenderán inglés y de todo lo demás, pues en el barrio - las escuelas son mejores que las que había en el pueblo de donde salieron. Allá hacer cualquier cosa, conseguir cualquier cosa era muy difícil si no imposible; en el exilio hay que trabajar mucho pero hay posibilidades de mejorar y - ahorrar.

José viene de una familia desgraciada; su madre -- los dejó para dedicarse a la vida galante y su padre se entregó al alcohol para huir de la vergüenza y la decepción - y al poco tiempo murió asesinado en un pleito. La abuelita lo recogió y fue para él su padre y su madre y todo en la vida, sosteniéndolo con la fabricación y venta de carbón de leña. La vieja mujer todavía vive haciendo lo mismo y José dice que quisiera ayudarla y pagarle de algún modo - todo cuanto hizo por él. "A veces fui muy malo y le robaba para irme a emborrachar, ella siempre se daba cuenta pero no me reprendía". José tiene un hermano mayor

y no sabe dónde está, pero recuerda bien cómo su padre bo  
rracho les golpeaba. "Por eso yo nunca maltrato a mis hiji  
jos, porque sé lo que sufrí con los golpes, además de que  
aquí no se me ocurre tomar, porque cuando salgo del tra-  
bajo me vengo a mi casa y aquí estoy a gusto, no tengo ne-  
cesidad de irme y me siento con los niños a ver la televi-  
sión después de la comida. Juanita me dice que se regresa-  
rá a México si me hago parrandero, pero yo le digo que -  
aquí no se puede, no es lo mismo".

José sonrío y su sonrisa es jovial y simpática aunque  
le faltan dos dientes y su facha general no sea hermosa ni  
de lejos. Como hace calor se ahorra la camisa y la cami-  
seta y su aspecto lo hace parecer mucho menor de sus 32  
años. El tono serio con que habla y sus siete hijos no cua-  
dran con su aire juvenil, irresponsable y orgulloso de la  
guapa mujer con quien está casado.

Juanita tiene la piel de un moreno color canela, con  
ojos tan oscuros y soberbios que brillan y su cabello es ne  
gro y ondulado. Es alta y esbelta y más parece la herma-  
na que la madre de sus hijos. El primero nació cuando -  
ella tenía 16 años, después de un traspie con José. Se ca  
saron y siguieron naciendo los demás. A ella no le pesan,

a todos los ama y quisiera tener siquiera uno o dos más, - no se acostumbra a no tener un bebé, extraña el bulto de uno en los brazos aunque reconoce ya que tienen muchas - bocas que alimentar.

Fue hace cinco años cuando José se fue por primera vez al otro lado. Siete veces lo regresaron en aquel entonces y siete veces volvió a insistir. Con cada una aumentó su experiencia. "Hay que ser cuidadosos, pero hay que reconocer que también tiene que ver la suerte. Yo me llegué a pasar por la playa o por el cerro, caminando mucho y escondiéndome en algún carro. Nos regresaban sin dinero, hasta Mazatlán o hasta Mexicali pero volvíamos porque estábamos decididos. Cuando logré pasar sin que me detuvieran me fui al norte, a cortar fruta y por allá anduve varios meses juntando dinero y luego me regresé a mi tierra pues me esperaba mi familia. Cuando ví que en Chapala no tenía posibilidades de mejorar ni de avanzar, decidí regresar y me vine primero yo solo y así anduve por aquí año y medio haciendo varios trabajos y yendo de un lado para otro. Con el dinero que ahorré los mandé traer a todos, a mi esposa y a mis hijos y ellos llegaron hace ocho meses".

José no considera que el viaje sea peligroso; al menos a él nunca le ha tocado que lo engañen o lo maltraten y no se queja porque a veces no haya tenido donde dormir o porque haya trabajado muchas horas. "A eso viene uno, - si no le gusta es mejor no venir".

Juanita no lo encuentra tan simple, ella tuvo miedo y congoja cuando cruzaba la frontera con seis niños y porque nunca antes se había alejado de su familia ni de su tierra. "En Tijuana yo tenía que encontrarme con una señora que preparó todo. Le pagamos y ella nos encomendó a un hombre para que nos acompañara. El nos llevó a donde - hay un aeropuerto y por ahí nos pasamos caminando por el cerro hasta llegar a San Diego. Allí esperamos en una casa un día y una noche. El hombre se llevó a mi hijo mayor por unas horas y yo temí no volverlo a ver y que nos dejaran desamparados, pero volvieron y este señor nos llevó a un camión que nos trajo a Los Angeles donde me reuní con mi esposo". "A ratos tenía miedo, especialmente por los niños, pero tuvimos suerte y todo salió bien. Todos fueron amables y honestos y nos ayudaron mucho". "Venirse toda la familia no es lo mismo que venirse uno solo y por eso será mejor que aprovechemos esta oportunidad y nos -

quedemos hasta que juntemos bastante dinero."

Ni José ni Juanita hicieron la primaria completa, apenas saben leer y escribir pero ahora quieren mejorar su condición asistiendo a las escuelas para adultos que funcionan por las noches, cuando acaben de instalarse y ya todos los niños vayan a la escuela primaria.

Para los pequeños fue fácil encontrar una escuela cercana, pero la mayor, por tener ya trece años y cursar apenas cuarto de primaria, debe asistir a un establecimiento especial donde asisten muchos negros. A Juanita le da miedo y por eso no la obliga a asistir aunque de hecho ella no cree que los negros sean malos pero el temor se lo infunden las historias que a veces se cuentan sobre la antipatía que hay entre ellos y los mexicanos. La chica es tan bonita como su madre y su estilo precoz, reforzado por la responsabilidad de hacer casa y comida a sus hermanos, la colocan en una situación halagüeña para una jovencita pero vulnerable para el resto de su vida. Tal vez ya empezó como Juanita, a ser plenamente adulta demasiado pronto, sin darse tiempo para estudiar ni madurar des preocupadamente.

A Juanita le pesa haber dejado atrás a sus padres y hermanos. Su familia es muy unida y siempre se ayudan unos a otros en todos sentidos. Esto es lo que más extraña y por lo que quisiera volver a su tierra. En Los Angeles resiente la falta de apoyo familiar, especialmente en lo que se refiere al cuidado de los niños. Allá en casa sus hijos iban y venían jugando y acompañándose de sus primos; aquí están más solos y Juanita lamenta que crezcan sin conocer ese ambiente de familia extendida que tanto aprecia y al que tantas virtudes le reconoce.

De entre todos los familiares que ella extraña hay una tía soltera a la que piensan mandar llamar pronto en cuanto junten algo de dinero. La Tía Elsa siempre quiso mucho a Juanita, la cuidó cuando "se enredó" con José, la ayudó con cada uno de sus hijos y estaría dispuesta a irse "al otro lado" con tal de estar con quien considera su propia hija.

Así como Juanita tiene una madre extra y adoptiva, así su hija Teresa, la tercera de los siete, se apegó mucho a su abuela y con ella se quedó a vivir. La madre no considera este hecho como una pérdida, pues entre una casa y otra no hay fronteras; todas son lo mismo.

Juanita trabaja en fábrica de ropa maquilando pantalones. El trabajo se lo consiguió uno de los vecinos y ella - está contenta con él porque les significa un ingreso fijo e - importante para el sostenimiento de la casa.

Temprano por la mañana se levanta, se arregla, come algo y se va en camión a la fábrica que queda relativamente cerca. José entra a trabajar más tarde y se va en coche por lo que él se ocupa de ver que los niños desayunen y se vayan a la escuela. Lucila los acompaña de ida y de regreso y en el curso de la mañana hace la limpieza de la casa y prepara la comida, misma que tiene lista a las 6 de la tarde cuando ya todos han regresado. En los ratos - que le sobran ve la televisión o visita a alguna amiga.

Enrique, el segundo, tiene 11 años y casi nunca está en casa; por las mañanas va a la escuela y por las tardes juega con los amigos. Su padres todavía no saben cómo hacerlo participar en las responsabilidades de la familia y el chico no les da la oportunidad de que lo piensen mucho pues es rebelde e insubordinado.

Los cuatro niños menores tienen 9, 7, 5 y 3 años de edad respectivamente, están sanos, son traviesos y van a la escuela, salvo el último que se queda en casa con su -

hermana mayor. Todos los hijos de los Mendoza sacaron de Juanita los enormes ojos oscuros rodeados de ojeras y pestañas largas.

José ha trabajado en muchos lugares. Primero, cuando dejó a la familia en Chapala y estaba sólo, se fue a la cosecha de la fruta en el Valle de San Joaquín. Allá trabajó en varios ranchos haciendo de todo. "A las veces se quedaba sin trabajo y eso es lo que tiene de malo emplearse en el campo; pagan bien pero el quehacer no dura más que una temporada y después las dificultades para encontrar un empleo es necesario buscar otro." Por eso prefirió radicarse en la ciudad y conseguir algo fijo aunque el salario no sea muy bueno. No fue fácil encontrar trabajo en Los Angeles: durante un tiempo se encargaba de llevar a la escuela a todos los niños de la vecindad y así se ganaba diez dólares mensuales por niño, además sustituyó en su trabajo de chofer a uno de los vecinos que enfermó durante dos meses, y finalmente logró colocarse como ayudante de carpintero en una fábrica de maletas ganando el sueldo mínimo. Ahí ha estado desde hace ya casi seis meses y se siente afortunado de no seguir rodando y de recibir un ingreso superior al de Juanita. Ni José ni su esposa tie-

nen documento alguno propio que les permita trabajar en territorio norteamericano. Juanita se emplea ilegalmente con complicidad de su patrón y por ello su salario es inferior al mínimo. José encontró una buena solución al problema al apropiarse de la tarjeta de seguridad social perteneciente a un primo suyo que falleció. Al usarla se cambia de nombre pero esto no le preocupa demasiado.

Lo que ganan entre los dos es mucho más de lo que nunca hubieran esperado ganar en su propio país, por más que hubieran emigrado a la capital. Además, si bien hay cosas que son más caras como la renta del departamento y la gasolina, la comida, la ropa, los coches y otros bienes son más baratos y accesibles que en México. Una buena parte de sus ingresos paga el alquiler de la vivienda y la comida, el resto paga la ropa, la gasolina, los pasajes de camión y otros gastos y después de todo aún les queda un margen para gastar o para ahorrar. Algunas semanas hacen lo primero y otras guardan algo o lo envían a su familia en el pueblo natal.

José y Juanita sueñan con comprar una casita aunque sea barata o bien ahorrar bastante para poner un negocio en México. No saben todavía lo que van a hacer, están du

dosos sobre si quedarse o regresar pero tienen claras razones a favor y en contra de la alternativa.

José está más inclinado a quedarse, padece menos - la nostalgia y su ánimo alegre y valeroso lo ayuda a no contemplar las dificultades y a huir del mundo cerrado, deprimido y aburrido del que siempre quiso salir. El quisiera quedarse y apostar en ello toda su suerte. En Guadalajara había un maestro de escuela que lo animaba a que se - quedara allá diciéndole que le conseguiría un buen trabajo, pero José no creyó que eso fuera posible. Tal vez le tomara la palabra algún día, después de haber probado a hacer fortuna en su propia aventura.

Juanita ve las ventajas de la vida de trabajo en "el - otro lado", así como valora también las oportunidades de recibir una educación y unos servicios de salud buenos y - gratuitos, pero extraña mucho a su familia y a su tierra y al modo regional de vivir y hacer las cosas. En los Angeles se siente desprotegida y agobiada porque tiene que trabajar y cuidar a su familia al mismo tiempo; ella considera que es demasiado, aunque su hija mayor la ayuda mucho. Juanita calla su extrañeza a sus preocupaciones, las ahoga con su solidaridad conyugal y las opaca con su deci-

ción de no darse por vencida, esté donde esté, pase lo que pase. Ella seguirá a José, lo obedecerá y ambos sacarán adelante a la familia. No contradice a su marido y más bien intenta convencerse con los argumentos que él le presenta. José también respeta sus puntos de vista y procura compartirlos y por todo ello aún no deciden lo que harán a largo plazo. Por lo pronto están ahí y piensan quedarse un par de años para probar destino y para ahorrar algo de dinero que les sirva para el futuro.

En ningún momento los Mendoza se dejan abatir; en ningún momento se les ocurre pensar que su suerte es mala o que son unos desheredados inmigrantes, ilegales, dignos de lástima; en ningún momento se compadecen a sí mismos porque nada tienen en esta vida, porque están en un país ajeno, en situación desventajosa, sin hablar ni entender costumbres e idiomas ajenos. Su fuerza y su resistencia son suficientemente grandes como para seguir aguantando y venciendo los obstáculos que se encuentren.

## PESCADORES EN AKUMAL

"Esta es aglita santa, aglita de Dios", dice Doña Lupe subrayando sus palabras con un movimiento suplicante de sus manos nudosas. Se quedó callada unos instantes mientras miraba al mar sin verlo, cargados los ojos vivaces y oscuros de temor y respeto ante la inmesidad asombrosa.

"Mi marido, que en paz descansa, fue pescador y a veces se iba por quince días. Cuatro barcos perdió a causa de la mala intención de una mujer a quien no le recogió el honor cuando era joven. Estaba hechizado, eso dicen. Yo no lo creía hasta que tuve que convencerme porque el primer barco se hundió por accidente y el segundo también por accidente y yo iba a llorar mis penas con una anciana pariente mía, allá en Mérida y ella me decía: Fíjate que alguien debe querer mal a tu marido. Esta es obra del mal. Y la tercera vez que se le hundió el barco estaba cargado con seis toneladas de chicle yendo para Cozumel. Todo se perdió y lo ví llegar muy triste y más tarde lo ví queriendo quitarse la vida. Yo le dije: -No, cuidado, no lo hagas, - Sí, mujer, me contestó, pues ya de nada sirvo y me meterán a la cárcel pues debo mucho dinero y no hay

con qué pagar. - No. hombre, le dije, si tú te mueres de nada me servirás y si te meten a la cárcel, tampoco y entonces ¿Qué haría yo sola con los hijos?. Habremos de hipotecar estas tierras, yo trabajaré y juntos pagaremos lo que sea, pero no te mates, pues eso nada arregla". Y así fue como terminó el "Amable Elena" y cómo después compró el cuarto barco y a ese ya no supe lo que le pasó..."

"El mar es bueno, pero es santo" y volvió a mirar con asombro su siempre reencontrada majestad y misterio.

Doña Lupe es de baja estatura, recia pero delgada, su rostro es ancho, tiene ojos negros y brillantes y manos que se mueven con gracia para expresar con más vehemencia lo que dice en su hablar cantado de un castellano arcaico. De su cuello cuelga una cadena de oro y una cruz sencilla. El pelo, casi blanco, está recogido por detrás en un chongo. Lleva un vestido de algodón estampado de corte sencillo y hecho en casa. La rodean varios de los muchos nietos que tiene en Cozumel y que pasan sus vacaciones de Pascua en el rancho. Nada hay en la vida que ella disfrute más que estar con los niños a los que lleva al mar, cuenta hisotrias y guisa sus platillos favoritos.

De los quince hijos que tuvo Doña Lupe no todos viven. Unos murieron al nacer o durante la dentición porque ella - estaba muy débil a veces. Los más viven y hacen sus vidas con mayor o menor gusto. La mayor, la que la ayudó a -- criar a los hermanos más pequeños, se casó, tiene hijos y vive en Cozumel al igual que otros dos hermanos. Otros vi ven en Mérida, en Puerto Juárez o en Akumal. Unos son co merciantes, otros pescadores o trabajan en la copra. El - resto vive en el rancho, con Doña Lupe. Uno de ellos es - inválido porque de pequeño le cayó un coco en la cabeza. A pesar de su impedimento ayuda a sus hermanos en los culti vos y en los trabajos de la copra.

La mujer es piadosa. En los días santos reza y lee sus libros de oraciones especiales, se va lejos y recoge su corazón ante el Señor. Ayuna, hace vigilia y prepara para su familia platillos que se abstienen del uso de la carne ro ja. En su fe ha educado a sus hijos y éstos en ella se cobi jan sin interrogantes ni dudas, como un don que se disfruta y del que no se huye.

Así vive Doña Lupe su vida, así recibió la llegada al mundo de sus quince hijos, así los amamantó y cuidó, así vio morir a algunos de ellos, así desmontó la tierra y la -

que va desde la casa en la playa hasta la carretera y que -  
consiste en una vereda angosta que cruza el pantano, los -  
los manglares y la selva. El paso por ella se puede hacer  
solamente a pie. Otro camino es el mar abierto y azulísi-  
mo, de un color turquesa casi imaginario, casi siempre en  
calma, salvo cuando hay ciclón en el Caribe o cuando en -  
primavera sopla el "sueste", viento salitroso e irritante -  
que impide la navegación sin razones aparentes.

La tercera vía para llegar a él es la playa de arenas  
tan blancas que es cegador el brillo del sol sobre su super-  
ficie lamida por las olas; entre una playa y otra, hay arre-  
cifes sobre los que extrañamente conviven el agua del mar  
y una variedad de plantas en floración.

Sobre los cielos del rancho vuelan gaviotas, pelíca-  
nos, parvadas de pericos, fragatas españolas y golondri-  
nas, mientras abajo se desenvuelve una vida tranquila y  
amistosa.

La casa del rancho consiste en varias palapas cons-  
truídas bajo el cocal, a unos cincuenta metros de la playa.  
En una de las palapas vive Doña Lupe, con los hijos que -  
aún le quedan solteros y en otra vive su hijo Pablo con su -

cultivó, así ayudó a su marido en las malas y gozó con él - en las maduras, así hace sus quehaceres cotidianos y rutinarios, así está en paz...

Doña Lupe nada le pide a la vida, la recibe como viene y la vive sin contemplarse al hacerlo; por esto está en paz después de una larga vida de trabajos. Sus hijos que viven en Cozumel le piden que se vaya allá con ellos. Ella no quiere pues ama su tierra, le gusta amanecer con el sol, hacer sus labores, ir a leñar, cocinar, lavar, sentarse bajo la sombra y descansar. Todo lo tiene ahí, ¿Qué más quiere?. Su hijo Rosalío, pescador, vive a unos pasos y ese rancho lo adquirieron ella y su marido y todos lo trabajaron con sus manos. Ellos plantaron el cocal y ahí nacieron sus hijos. Vinieron de Cozumel pero pertenecen a esa tierra desde hace treinta años. Ellos y la tierra son uno con el otro.

El rancho está situado en algún punto entre Cancún y Tulúm, entre la carretera y el mar. En él viven sus propietarios Doña Lupe Alvarez Viuda de Lara y algunos de sus hijos.

Al rancho se llega por tres caminos, uno es la brecha

que va desde la casa en la playa hasta la carretera y que -  
consiste en una vereda angosta que cruza el pantano, los -  
los manglares y la selva. El paso por ella se puede hacer  
solamente a pie. Otro camino es el mar abierto y azulísi-  
mo, de un color turquesa casi imaginario, casi siempre en  
calma, salvo cuando hay ciclón en el Caribe o cuando en -  
primavera sopla el "sueste", viento salitroso e irritante -  
que impide la navegación sin razones aparentes.

La tercera vía para llegar a él es la playa de arenas  
tan blancas que es cegador el brillo del sol sobre su super\_  
ficie lamida por las olas; entre una playa y otra, hay arre\_  
cifes sobre los que extrañamente conviven el agua del mar  
y una variedad de plantas en floración.

Sobre los cielos del rancho vuelan gaviotas, pelíca-  
nos, parvadas de pericos, fragatas españolas y golondri-  
nas, mientras abajo se desenvuelve una vida tranquila y  
amistosa.

La casa del rancho consiste en varias palapas cons-  
truídas bajo el cocal, a unos cincuenta metros de la playa.  
En una de las palapas vive Doña Lupe, con los hijos que -  
aún le quedan solteros y en otra vive su hijo Pablo con su -

familia.

Afuera de las casitas, viendo hacia el mar, están los lavaderos en los que se limpia diariamente la ropa con el agua del pozo que se abre entre la playa y las casas. Esta agua es semidulce y se acarrea en cubeta.

Al lado de cada palapa y pegadas a ellas en la parte de atrás, están las cocinas, sin muros y cubiertas solamente por el techo de palma. Las estufas son braceros de leña y de las vigas cuelgan cebollas, ajos, maíz y pescado seco.

Detrás, entre la cocina y la selva hay un gran espacio indefinido, cubierto de cicales bajo cuya sombra están los corrales abiertos y los tiraderos de la cáscara de coco que, si no se explota cuando se seca, ayuda a secar el pantano.

Varios perros cuidan la propiedad y ladran furiosamente cuando cualquier forastero se acerca. Sobre unos pilotes, a salvo de su voracidad, están los criaderos de tortugas que Pablo ha ideado para contrarrestar la exagerada explotación que ha puesto a algunas variedades en peligro de desaparecer.

Atracados en un bajo de la playa hay varias embarca

ciones entre las que destacan una orgullosa chalana recién pintada.

El interior de la parte principal de la palapa es amplio y fresco. Se ve casi desnudo de muebles por el efecto que hacen las hamacas recogidas en sus ganchos y que se usan en vez de camas. Tres sillas, un ropero, un par de cómodas y algunas cajas constituyen el mobiliario de la casa. En un rincón resalta una mesa cubierta con un mantel bordado sobre la que están varias imágenes de santos y la de la Virgen del Perpetuo Socorro enmarcada en cuadro dorado. Alrededor de ellas hay flores y veladoras.

El cuarto tiene piso de cemento pulido al que diariamente se barre la arena que entra con los pasos de sus habitantes. Las paredes de vara y lodo están encaladas y limpias. La frescura umbría que reina dentro de la casa contrasta con el calor ardiente de la playa. El efecto lo causan la forma alta e inclinada de los techos, su material térmico y el pequeño tamaño de puertas y ventanas.

Los moscos, que antes abundaban, son ahora menos y casi inexistentes cuando sopla la brisa del mar.

Es un rancho más, entre otros, no muy grande pero

ahí una familia tiene todo lo que se necesita para vivir sin muchas ambiciones, en paz y con salud.

En la playa hay un pozo del que se saca agua para beber y para lavar. Los cicales dan sombra y frutos para - comer y agua para refrescarse; los animales que corren - por todos lados acompañan y alimentan; el mar trae sorpresas desde lejanas tierras y una pesca abundante cuya venta en la cercana Akumal da el dinero con que se adquieren las pocas cosas que se necesitan comprar.

En el rancho, a orilla de la playa, varios hombres - trabajan la copra. Unos son trabajadores venidos de fuera, otros son hijos de Doña Lupe y hermanos de Pablo.

Al ladrido de los perros que avisan a los dueños sobre la cercanía de cualquier forastero, Teresa, la mujer del pescador sale a recibirnos invitándonos a pasar al interior de su palapa fresca y oscura. Sofía, su hija de 9 - años trae dos sillas y en ellas nos sentamos mientras aparece Pablo que anda fuera.

Desde adentro, por los vanos de las puertas y ventanas se ven el cocal, la playa y el mar. El contraste entre la luminosidad de fuera y la penumbra interior invita a la -

contemplación y el silencio. Callamos por unos instantes tras el jolgorio cálido y sorprendido de los saludos, mientras se inicia la charla lenta y tranquila. En ese mundo lejano a la modernidad no hay razón para la prisa. Las almas están hechas una sola cosa con el paisaje y todo ello se abre al sol, al mar y a la inmesidad. No caben la indiscreción ni la voracidad.

En ese mundo ajeno y suyo propio, sus gentes nos reciben y cobijan con sus reglas de elegancia primitiva y respeto profundo y natural. Los de afuera podemos entender, a pesar de nuestras ansias, que ese es uno de los secretos de su supervivencia y de su paz.

Teresa lleva un vestido sencillo, el pelo trenzado en un chongo y calza sandalias. Es alegre y en sus ojos se manifiesta una inteligencia despierta y mucha ternura para con los pequeños, ya sean niños o animales. Su rostro sonríe todo el tiempo y se ve que tiene una especial facilidad para la risa. Nativa de Cozumel, ahora ya está acostumbrada a la vida del rancho pero teme siempre por su marido cuando éste sale a pescar. "No soportaría que se fuera muchos días, como la hacía mi suegro", dice, "Prefiero que vaya y venga diariamente y así nos las arreglamos".

Pablo entra a la palapa y con él el mar mismo que se ve en sus ojos estelares, oscuros y transparentes, como si tuvieran luz propia. Su expresión es soñadora y dulcísima. Tiene al mar en el rostro y lo entrega con su mirar de frente. La boca es ancha y generosa su sonrisa. El cabello negro, rizado y la nariz chata, delatan algún antepasado africano. Su madre, su mujer y sus hijas guardan más bien - el tipo maya .

Como quien ofrece una taza de café o una bebida, Pablo ofrece a sus visitantes un coco y andando se va a cortarlo de la palmera con su machete. Mientras tanto, Teresa nos trae dulce de camote con piloncillo, en un abundante plato. Comemos y bebemos mientras ella nos da algunas recetas para cocinar pescado. La sal, la pimienta, la cebolla, el ajo, el recado (que es una pasta al estilo del mole), la papa, el coco, la canela, el tomate, el -- maiz, el pescado, son buenos alimentos que se cocinan a diario con fuego de leña y agua de pozo.

Teresa tortea, cocina, barre y lava todos los días. - También cuida a los puercos, gallinas, patos, guajolotes, perros y gatos que andan entre el corral y la cocina, todo ello además de velar por sus hijos y de ayudar a su suegra

que vive al lado.

Pablo platica del mar y de su vida de amores con él, conoce cada uno de sus rincones y secretos y en éstos días de "sueste" primaveral que inquieta al mar y le descomponen la calma, piensa que sería una tontera provocarlo embarcándose. Hay que esperar a que se tranquilice. Puede tardar unos días o varias semanas. No hay que impacientarse: así es el mar. Mientras no invite a navegarlo en la chalana, se dedica el tiempo y el esfuerzo a las muchas tareas que plantea la tierra: construir una nueva casita; preparar la embarcación; cuidar los cultivos. Todo se hace - siguiendo un ritmo pausado. ¿Para qué apresurarse? - Pablo es señor de su tiempo y quiere seguirlo siendo.

En la última luna llena logró excelente pesca y cuando volvía a casa cargada la chalana (embarcación corta, - ancha y de puntas levantadas propias para el oleaje) cargada de presa, vio venir hacia ella a un tiburón de un tamaño doble del de su nave. Creyó que ahí acabarían sus días y - esperó quietamente a que la bestia cambiase de rumbo. - ¿Fue suerte o el cielo que lo escuchó?. El tiburón pasó rozando la chalana y Pablo se midió con su aleta dorsal...

El hombre ríe al contar sus aventuras mientras su

mujer se persigna. "Así es el mar, trae lo bueno y lo malo. Trae muchas cosas desde lejos. Un día nos trajo la tapa de una mesa. También trae botellas de todas partes del mundo y chapopote de Venezuela y del que sueltan los barcos - que pasan acarreándolo".

Pablo vende su pescado en Akumal o en Tulum. Allá lo lleva en su Volkswagen sedán que tiene estacionado junto a la carretera, a casi un kilómetro de la casa, del otro lado del pantano y de la selva. Un estrecho sendero a través de la espesura los comunica con la civilización moderna que avanza a pasos agigantados desde el desarrollo turístico de Cancún. Hace quince años tomaba tres días el viaje desde Puerto Juárez a Chetumal. Ahora se hacen sólo 5 ó 6 horas por un par de carreteras rectísimas arrebatadas a la selva con el casi permanente incendio de los matorrales laterales.

Pablo y Teresa tienen solamente dos hijas. La mayor, Sofía, de rostro agraciado, tiene nueve años y asiste a la escuela en Akumal. Es aventajada en sus estudios y el año pasado fue coronada como reina de la primavera. Teresa nos enseñó con orgullo su vestido blanco de "marquissette", su cetro de perlitas y su corona. La niña nunca olvidará la -

experiencia y sus papás tampoco. Su sociedad ahora es -- más amplia de lo que fue la de sus padres.

La hija menor tiene tres años, se llama Pilar y sus primeros años fueron enfermizos. La búsqueda de su salud en Cozumel no dio frutos. Hubo que ir hasta Mérida para encontrar a un médico que con pruebas en la mano les explicara que la niña padecía de una infección renal y que con tal o cual medicina se curaría.

Así como su sociedad es más amplia, la entrada de la modernidad en sus vidas se va dando gradualmente, a -- través de la educación, la medicina y las comunicaciones.

Teresa y Pablo no quieren llenarse de hijos. Sólo -- uno más y cuando ellos lo decidan. Mientras tanto hay que hacer para todos los días y ese quehacer se va haciendo un futuro no cuestionado.

El ritmo de la playa es lento y los Lara están en paz con su mundo y consigo mismos.

## CAMILA DE IXMIQUILPAN

Camila se levantó con grandes trabajos apoyando una mano sobre la mesa que tenía enfrente y sobándose con la otra la dolorida pierna izquierda. No le gustaba sentarse porque siempre tenía muchas dificultades para ponerse nuevamente en pie. Todavía hubo de esperar un rato antes de poder dar paso, esperando a que se le desentumieran los miembros y se le pasara el dolor en el bajo vientre. Con estos achaques era imposible ir y venir a todas partes como antes lo hacía. Hubiera querido ir, por lo menos una vez a la semana, a visitar a su señora y a sus niñas, pero para hacerlo tendría que tomar un taxi y eso era caro, además de que a veces se pasaba hasta una hora en la esquina antes de poder encontrar uno que estuviera libre.

Camila no se queja, nunca lo hace y pocas veces se enoja, por eso ahora que tiene que quedarse encerrada en la casa de su hija, sigue sonriendo como siempre. Ella ha estado siempre contenta.

Ello no significa, sin embargo, que se encuentre triste al entregarse a sus recuerdos y a sus pensamientos. Al contrario, le agrada pensar que lo que ha hecho en la vida

casi siempre ha terminado bien. Ahora sólo tiene que pensar por su mal estado de salud y por la suerte de su hija - mayor, ¡tan cargada de hijos, tan ignorante, tan pobre y tan abandonada!.

Cuando el entumecimiento y el dolor han pasado, Camila se encamina al cuarto de junto donde llora un bebé. - Ella es baja de estatura pero tan gorda que apenas pasa por la puerta. Su enorme peso gravita sobre un par de piernas que fueron fuertes y que ahora padecen várices, moretones y a veces llagas.

Los médicos la han conminado a que baje de peso, pero ella se ríe de sus órdenes pues lo que más le gusta en la vida es comer y no va a dejar de hacerlo ahora que es vieja y se ha merecido ese gusto después de una larga vida de muchos trabajos. "Nomás faltaba que ahora me pusieran a morir de hambre, dice. Cuando llegue mi hora y me entierren, que la tierra y los gusanos se den un banquete; Yo - me lo doy ahora". Y Camila ríe para suavizar su decir que ella considera un poco duro e insolente. Su hablar del castellano es dulce e incorrecto en el uso de los pronombres - pues su lengua nativa es el otomí.

Lentamente y con andar pesado se va acercando a la cuna donde se agita un niño. Lo carga, lo abraza y le habla con palabras suaves. Como está mojado lo cambia sobre la cama, pero el bebé sigue llorando. Tiene hambre y ella - sonríe al reconocer en su nieto al heredero de sus apetitos. El pequeño se le parece en todo; tiene, como ella, los ojos pequeños y rasgados, la nariz corta y ligeramente curva y los pómulos altos y anchos. Casi podría ser una esquimal. El tono de su piel es moreno rojizo, de un aspecto bronceado y saludable.

Camila se arregla el pelo canoso en una delgada trenza que deja colgar sobre la espalda y cubre su cuerpo digno y enorme con un vestido lleno de remiendos que ella misma se hizo porque no los venden en tallas como la suya. No le gusta estrenar pues encuentra más cómoda la ropa vieja. - Lo único que se compra son delantales y medicinas; el resto de sus ingresos lo reparte entre sus hijos.

En la cocina sienta al bebé en una silla alta mientras ella prepara el almuerzo. Para ella, huevos, frijoles, arroz, salsas, algún guisado de la víspera y muchas tortillas; para el niño, leche con cereal, una yema de huevo, un plátano con azúcar y dos higaditos de pollo cocidos con ver-

duras.

Mientras come, va preparando una sopa y un guisado para cuando su hija y su yerno lleguen de trabajar. Camila vive con ellos desde hace tres años. Antes sirvió durante treinta como nana y como cocinera.

Hace muchos años Camila salió de una ranchería cercana a Ixmiquilpan para ir a trabajar a la ciudad como sirvienta. Su marido la había abandonado y por eso dejaba atrás a sus dos hijos: Amparo, de 3 años y Vicente, de 1. Su madre se encargaría de ellos y de las tierras que les correspondían en el rancho. Eran muy pobres y ella tenía que trabajar pues de lo contrario morirían sus hijos.

Después de andar rodando durante un par de años, se colocó con una familia numerosa a la que sirvió durante treinta haciendo propia la vida de los demás. Allí la buscó nuevamente su marido y allí nació su hija Graciela.

Amparo y Vicente crecieron en el rancho. Con el tiempo murió la abuela y el chico se hizo cargo de las tierras. Estas aumentaron de valor con el desarrollo del pueblo cercano y el agua de riego; después se casó con una joven vecina con la que tuvo cuatro hijos. Camila los visita

2 ó 3 veces al año, pero siempre y en cada ocasión se enferma con el polvo y el sol.

Amparo se escapó a los 15 años con su novio, un chico de mala cabeza con el que ha tenido 7 hijos, uno tras otro. Su vida ha sido de trabajos, hambres y penalidades. En una de sus borracheras su marido, golpeó a un hombre que resultó muerto, por lo que fue a dar a la cárcel durante varios años. Amparo le fue fiel y lo visitó cada semana.

Los hijos no dejaron de llegar y ella tuvo que trabajar como lavandera para no morir de hambre. Ahora ella está muy acabada y enferma pero sigue trabajando aún. Los hijos mayores han crecido hasta hacerse hombres y la ayudan trabajando dentro y fuera de la casa. La vivienda que ocupan en un barrio perdido cerca de Tlalnepantla es pequeña y miserable.

Camila siempre ha tratado de ayudar a Amparo pasando una buena parte de su sueldo. Su suerte le preocupa tanto más cuanto que ve que ella misma se la ha buscado.

Su hija Graciela es el tesoro y la alegría de su corazón porque desde que nació la pudo conservar consigo y le proporciona todo el cariño y todas las oportunidades posi-

bles para desarrollarse. La chica asistió a la escuela des de los 5 años hasta terminar la secundaria y una carrera se cretarial. Siempre fue una niña bonita y dulce con rostro y colorido de japonesa.

~ Cuando terminó la carrera comenzó a trabajar en una oficina de contadores. Ahí conoció a Juan, su marido, y des pués de dos años de noviazgo se casaron hace cuatro. La - boda fue según todas las convenciones sociales y religiosas. Después de la ceremonia religiosa en la parroquia, los pa- dres del novio les ofrecieron una fiesta en su casa, en las - calles de Jesús María. El matrimonio civil se realizó unos días antes en la casa donde Graciela creció siempre. Su - madrina, la patrona de Camila, ofreció una cena para los - novios y sus testigos y les buscó y amuebló un departamento en la Colonia Roma.

Graciela sigue trabajando porque con el sueldo de Juan no lograría conservar el nivel de vida que tienen. Cuando - hace tres años nació Beatriz, Graciela le pidió a su madre - que se fuera a vivir con ellos para que cuidara de la niña y fue entonces cuando Camila se despidió de su familia adopti va y de su trabajo y fue a instalarse con su hija. Dos años después nació Santiago y Camila tiene ahora su tiempo plena

mente ocupado con el cuidado de los niños y de la casa.

Durante los primeros dos meses después del parto, - Graciela ha gozado de licencia para criarlos, pero después ha vuelto a la oficina donde su iniciativa y sentido de responsabilidad le han valido ascensos y mejoras.

Juan tiene un empleo en el que no gana gran cosa, pero que le permitirá progresar. Por ahora viven con ciertas apreturas porque la comida está muy cara y la atención médica en partos y enfermedades infantiles ha absorbido todas sus posibilidades de ahorro.

Camila sigue recibiendo un sueldo, mismo que reparte entre sus dos hijas. A Amparo la ayuda porque lo necesita y a Graciela porque no quiere ser una carga en su casa.

La joven familia estudia cuidadosamente su presupuesto y sus posibilidades señalando muy bien sus prioridades: alimentación, renta, gastos médicos, transportes, vestido y la compra a plazos de cosas para la casa.

El ojo que tiene Camila para encontrar alimentos baratos así como la comida sabrosa y sana que siempre tiene a punto, les ahorra lo que otros gastan en comer en la fon-

da o en el restaurante.

Graciela y Juan saben que están muy lejos de poder comprar un coche y que sus hijos no asistirán a escuelas privadas, pero sin embargo se sienten bastante satisfechos con lo que han logrado y con las posibilidades actuales de mejorar, aunque sea poco a poco.

Por lo pronto consideran una ventaja poder vivir en un departamento de tres recámaras, estancia grande, baño y cocina así como el hecho de que tengan muebles baratos pero nuevos, además de televisión, refrigerador, tocadiscos y licuadora.

El departamento es un poco frío y viejo pero bien conservado y está ubicado en un punto muy conveniente por su cercanía al mercado y a una gran avenida donde pasan los camiones que ambos esposos toman para ir a trabajar.

Camila está muy contenta con la suerte de Graciela. No le preocupan las dificultades y trabajos por las que habrá de pasar en el futuro pues considera que Graciela tiene la actitud propia para enfrentarlos y resolverlos y que Juan es un buen hombre al que le faltan todos los vicios.

Los nietos son la luz de la vida de Camila y a ellos en trega sin reservas un amor y unos cuidados que durante mu chos años dedicara a niños ajenos. A estos los quiere y los conoce bien, pero nunca como a su propia hija y a sus nietos.

Porque su vida ha sido llena y en ningún momento evi tó hacer lo que tenía que hacer, Camila es ahora una mujer satisfecha a la que ni la vejez ni las enfermedades abaten - ni entristecen.

## BACALAR

Una inmensa bola de fuego se levanta sobre el horizonte y empieza a descubrir con su luz un paisaje fantástico: las aguas color turquesa del Lago Bacalar y la selva que lo rodea. Árboles altísimos de los que cuelgan lianas, maleza y changos, parvadas de garzas, nenúfares y orquídeas, boas y tortugas.

Hace treinta años se precisaban tres días de trabajos, penalidades y mucha fortaleza para viajar a Mérida a la orilla septentrional del Lago Bacalar, situado casi en la frontera de México con Belice. El calor agobiante, los mosquitos que transmiten la malaria, la selva que se cierra un día sobre la brecha abierta en la antevíspera, los pantanos y las víboras, hacían del territorio un lugar donde sólo los valientes penetraban y nada más los fuertes sobrevivían. Las maderas preciosas y el chicle eran suficiente motivo para despertar el apetito de quienes quisieran combinar la emoción con la fortuna.

Los grandes árboles de caoba conocieron el final de su centenaria existencia vírgen bajo el hacha y la sierra. La selva alta se fue achicando y con ella desaparecieron -

los venados, los gatos salvajes, los jabalíes y numerosas variedades de aves.

La jungla baja, la de matorrales espesísimos, ocupó su lugar y cambió la vida de los habitantes. La labor de desmonte abrió terrenos a los cultivos; los buscadores de fortuna se hicieron viejos o se fueron; aparecieron los campesinos, menudos y precariamente arraigados; las brechas desaparecieron en algunas ocasiones y en otras cedieron sus lugares a carreteras rectas y asfaltadas; los aserraderos dejaron de alimentarse con los inmensos troncos de cedro rojo y caoba y comenzaron a devorar a árboles más pequeños y jóvenes; el lago de Bacalar perdió su utilidad como vía de transporte y salida al mar y se volvió a sumir, en su parte norte, en la soledad de los tiempos primarios y en su parte sur, se vistió de un turismo infiel y extravagante.

Hace unos años vivían en la orilla noroeste del gran lago unas cuarenta familias dedicadas al corte y al comercio de las maderas preciosas. Había muchas casas de madera fina y las aguas eran surcadas por lanchones que llevaban y traían gente y mercancías. La madera, en rollo, era arrastrada de los aserraderos situados en la orilla hasta -

Chetumal, desde donde se exportaba a todo el mundo.

Aquel caserío es hoy un pueblo fantasma. La vegetación fue avanzando sobre las casas vacías y sobre la máquina abandonada de la que quedan los restos corroídos por el orín.

Cuando se construyó, a algunos kilómetros de ahí la carretera que comunica a Chetumal con Puerto Juárez, el aserradero se mudó a sus orillas y con él los trabajadores y sus gentes también se fueron.

Solamente una familia quedó para recordar la gloria-pasada y para habitar ese ambiente mágico. Doña Carmen Aguilar de Vidal es mujer del propietario del aserradero y de todas esas tierras y prefiere vivir lejos del mundo y del ruido en una languidez ociosa y protectora, refrescada por las aguas del lago. Con ella viven sus tres hijos, Irma de 21 años, Francisco de 10 y Enrique de 8.

Doña Carmen es gruesa pero bella. Su rostro es ancho y tiene los ojos mayas rasgados y el cutis de amarillenta palidez como la de marfil viejo o del ámbar y mira con expresión enigmática y recelosa mientras en su labios se  dibuja una mueca que quiere parecerse a una sonrisa nunca -

verdaderamente nacida.

Durante el día Doña Carmen viste una ligera y ancha bata de algodón; por la noche lleva un vestido escotado y gruesas cadenas, aretes y pulseras de oro. El pelo, naturalmente rizado, le cae sobre los hombros dando un alborotado marco oscuro a su rostro pálido.

Con deferencia y cortesía pero sin disimular que ella es reina y señora de sus dominios, ofrece a sus visitantes asiento en la sala de la casa mientras ella ocupa una mecedora de mimbre y pregunta por lo que sucede en el mundo lejano. Le interesan lo mismo las andanzas del Presidente de la República y la vida en la Ciudad de México que el precio del oro. Sus ojos brillan, se hacen duros o se oscurecen según sea el tema de la conversación. Su expresión es reservada cuando habla de las razones que la llevan a vivir a orillas del lago color turquesa huyendo del trajín del pueblo bullicioso y que son su necesidad de silencio y de fresca y su presión arterial baja.

La casa es de madera fina con techos de zinc. Las ventanas tienen tela de alambre y se cierran con gruesos postigos que impiden el paso del calor del día. Mientras

afuera la luminosidad lastima los ojos, adentro hay una penumbra fresca y callada. La sala a la que conduce el vestíbulo es amplia y está arreglada con viejos y sólidos muebles de mimbre e infinidad de bibelots. Los muros, el techo y las puertas están pintadas de azul semejante al de la laguna y por ellos corren las cucarachas entre los mil cuadros que la adornan. Flores de plástico, un retrato en terciopelo de Bruce Lee, viejas fotografías enmarcadas en dorado, caracoles de mar, figurillas de cerámica, juguetitos japoneses de cuerda y piedras semipreciosas amontonadas en pequeñas vasijas, hacen un ambiente de selva interior - sobre el que los dueños ejercen un control inexistente sobre el mundo de afuera.

En derredor de la estancia hay varios cuartos y el comedor. En las esquinas cuelgan de sus ganchos unas hamacas recogidas que se extienden por la noche y a la hora de la siesta y en las que duermen las sirvientas y los protegidos de Doña Carmen. La recámara principal tiene una cama matrimonial y dos hamacas además de un par de roperos y una cómoda con espejo.

Al fondo de los cuartos hay un baño razonablemente - limpio a pesar de carecer de agua corriente. Aunque el la-

go está a escasos 40 metros de la casa, sus aguas no son -  
utilizadas para el uso de la misma ni para los animales y -  
este desperdicio se explica en parte por una resistencia al  
modernismo y en parte por la noción de que antaño las aguas  
del lago eran venenosas y dañaban la piel.

En una de las casas abandonadas hay una pequeña planta  
de luz a gasolina que se enciende siempre de 7 a 9 de la  
noche. A esas horas la familia se sienta en la sala a con-  
versar y hacer las varias cosas que les permite la corriente  
eléctrica, tal como coser y planchar.

Mientras Doña Carmen dirige todo desde su mecedora,  
Irma cose, lee o ensarta cuentas. En otra mecedora Don -  
Alvaro descansa y toma café. El hombre es un viejo de -  
cuerpo magro y elástico y ojos brillantes y luminosos. Dura  
nte el día trabaja en el aserradero y por la noche duerme  
en una de las casas abandonadas, pero las comidas, así como  
las horas de iluminación artificial, las gasta en casa de  
Doña Carmen.

Don Alvaro está lleno de historias y anécdotas sobre-  
su vida y aventuras en la selva en la que ha trabajado desde  
los 12 años de edad. Conserva la imagen de los grandes árde

boles y los animales que se fueron para siempre; sabe de la malaria y el mal de los chicleros; recuerda el gran fuego que encendieron los políticos rencorosos para vengar entre sí a causa de algunas cuentas de pillaje y al ciclón Carmen que se llevó las aguas del lago durante una hora y luego hizo encallar a la barcaza que aún está frente al muelle; sabe de los daños y beneficios que causan las plantas y los animales de la selva.

Don Alvaro es un hombre solo en el mundo; parte de su familia quedó en Belice y sus hijos están lejos, en algún lugar de Quintana Roo. Su soledad y sus años no parecen preocuparle, o al menos no se lamenta por ellos. Lo que más ama en este mundo es la selva, pero también manejar los bulldozers que acarrean con sus brazos de fierro los grandes troncos de madera.

En el curso de su vida ha visto cómo desaparece lo que ama pero así como no lamenta la pérdida de su familia, tampoco lo sobrecoge la constatación de la riqueza ida con la explotación. "Así son las cosas", dice y asiente con la cabeza para reafirmar que ello no tiene vuelta de hoja. "Antes hubo y ahora ya no hay, así como una persona nace y muere... la tierra tiene más historias de las que un hombre puede..."

de conocer y comprender. De nada sirve entristecerse..."

Irma, la hija mayor de Doña Carmen tiene 21 años, - la expresión del rostro corre a cargo de la boca, pues sus ojos maquillados son grandes, inexpresivos y saltones. Ha ce unos años quiso estudiar enfermería, carrera de la cual cursó un año en Mérida. Ahora pasa su tiempo ayudando - en casa, cuidando a su mamá, haciendo vestidos para ella y para las muñecas a las que arregla según los modelos de las revistas de moda. Algunos días de la semana visita el rancho de su padre que está junto al aserradero y que se ex tiende por muchas hectáreas de selva desmontada y cultiva da. Además de las muñecas, Irma colecciona novelas y alha jas de bisutería. A pesar de su edad vive el tiempo con pa ciencia, sin anhelos de ver mucho mundo ni de conocer va- rón.

Francisco, el segundo hijo de Doña Carmen, es un - alegre chiquillo de 10 años que vive en Mérida con unos pa- rientes mientras estudia la primaria. Durante las vacaci<sup>o</sup> nes vuelve a casa donde se divierte pescando en el muelle - que está frente a la casa; o en un cayuco hasta los pantanos de la otra orilla del lago; o en bicicleta por el corral y ha- ciendo rabiar a los guajolotes y a los puercos.

Enrique, el hijo menor, de 8 años, es gordito y flemático y prefiere los juegos tranquilos que no lo lleven más lejos de la veranda o de la cocina.

Remedios es una jovencita de 19 años, muy baja de estatura y rostro de marcados rasgos mayas. Cuando era -- muy pequeña su madre se la regaló a Doña Amelia porque -- no podía mantenerla. Desde entonces es una sirvienta obediente y silenciosa que recibe, a cambio de su trabajo, la protección y el cariño de su ama. Nadie sabe lo que hará en el futuro. Pudiera quedarse en el servicio o pudiera irse lejos con un hombre, a hacer una vida propia que nunca ha imaginado siquiera.

La otra sirvienta es Estela, joven morena y de rasgos mulatos a quien sus padres arrojaron de su lado cuando se embarazó a los 14 años. Doña Carmen la recogió de la calle cuando mendigaba con la niña en brazos. Su hija tiene ahora nueve años, mezcla sus juegos con sus trabajos domésticos y se ha ganado con su carácter parlanchín y minúsculo tamaño el afecto de todos y el apodo de "Microbio". La niña quisiera ir a la escuela pero ese en un sueño irrealizable para una chiquilla de su condición. Ella tendrá que agradecer siempre con un servicio fiel el hogar que se le brindó,

además que en tanto que mujer, más le valdrá aprender a cocinar y a cuidar de la casa y de los animales.

Otro de los protegidos es un muchacho de 14 años al que sus padres golpeaban despiadadamente de cuando en vez. En esas ocasiones corre a buscar el refugio y el escondite que Doña Carmen le da mientras cura sus heridas, lo alimenta y lo alienta a marcharse lejos a ser independiente y a trabajar como aprendiz en alguna de las labores del campo. El chico tiene la mirada de perro apaleado y jamás ha ido a la escuela.

La casa de los Vidal es hospitalaria y esto ayuda a todos a sobrevivir en ese ambiente hostil y peligroso en el que lo insólito es normal y lo novelesco es realidad.

El marido de Doña Carmen, Don Francisco Vidal, reparte su tiempo y su atención entre Chetumal, el rancho y Bacalar. En la capital se cura de las várices que a veces lo convierten en un inválido. En el rancho y el aserradero vigila sus negocios y a orillas del lago descansa. Su figura es conocida por el rumbo a la vez que sus propiedades lo hacen respetable.

Cuando son las 9 de la noche y la luna está muy por -

encima del horizonte, la planta de electricidad cesa y los moradores de ese pueblo fantasma se silencian y duermen.

Afuera, sobre el claro que es arrebatado todos los días a la maleza que avanza por la noche, se difunde la luz de una luna más luminosa que las lunas de otras partes del mundo. El agua brilla y la selva tiene un color más claro que el de las sombras.

## LOS PARACAIDISTAS

Una mujer flaca y cansada se baja de un camión en la esquina de dos ejes viales; apenas salta del estribo corre para alcanzar la luz verde que le permita cruzar al otro lado, pero al calcular mal o no caminar suficientemente aprisa, un camión que pasa como exhalación la atropella malamente y la avienta por los aires. Allá va a dar Lupe Trejo, inconsciente para siempre de su suerte y de la de los suyos, a quienes nunca volverá a ver. Todavía viva es recogida por la Cruz Verde, pero muere a las pocas horas. Nadie sabe quien es.

Después de que la mujer no apareció en su casa esa noche ni al día siguiente, sus hermanas la buscaron en los sitios de la desesperanza; allí encontraron su cadáver después de día y medio de averiguaciones.

Lupe no logró llegar al lugar donde se empleaba como lavandera; no pudo tampoco cobrar el salario por el que tanto se esforzaba y que daba de comer a sus siete hijos. De la noche a la mañana éstos quedaron huérfanos y a merced de la caridad pública; su padre los había abandonado hacía unos años y sólo sabían de él que estaba en Los

Angeles viviendo con otra mujer de la que ya tenía familia.

Al principio no faltó quien los ayudara, socorriera y recomendara soluciones a sus problemas. Se habló de repartir a los niños en distintos orfanatorios, casas hogar o albergues infantiles. Ni hablar del asunto, tanto los niños como los parientes más cercanos se opusieron; primero - muertos que destruir lo poco que les quedaba, que era su amor fraternal. Concha, una de las hermanas que vivía - en Los Reyes con su marido y sus cinco hijos, dejó su precaria vivienda y se fue a ocupar el cuarto que les quedó a los huérfanos. Allá se llegó con todos sus haberes y su numerosa progenie. Más valía amontonarse que separarse. Así estarían cerca de la abuela y de las tías que también - los ayudarían. Al fin de cuentas siempre habían vivido todos en ese barrio. Unos a otros se ayudarían como siempre antes lo habían hecho. Los hijos de unos serían los hijos de todos.

La familia Arellano Montes había sido gente de dinero en las cercanías de Silao, Guanajuato. No tenían grandes riquezas pero eran respetables, trabajadores y prósperos en el trabajo de sus tierras. La cabeza la hacía Don Cipriano Montes, hombre apuesto y extraordinariamente -

vigoroso que vivió siempre activo, hasta los 112 años. - Don Cipriano conocía muchos oficios y todos los desempeñaba bien y procurando dar ejemplo a sus ocho hijos. A veces hacía a pie el camino de Guanajuato a México trayendo y llevando mercancías con lo que aumentaba sus haberes. Cuando el viejo murió, sus hijos varones se repartieron las tierras y a Estela, una de las menores y casada con Pancho Trejo nada le tocó de la herencia. El pretexto fue que su marido bebía y que no tardaría en dilapidarlo todo. La verdad es que Pancho y Estela necesitaban mucho ser ayudados porque desde que se casaron cuando ella tenía catorce años y el quince, no habían dejado de tener hijos y ya sumaban doce.

No todos vivían, casi la mitad se murió por la mala nutrición tanto en el embarazo como después de nacidos.

La pareja se colocó como mediera pero sacaba demasiado poco de la tierra para alimentar a todos los niños; a veces comían sólo nopales pues nada más había. Para empeorar las cosas Pancho perdió un ojo en una cacería y ello lo marcaría con depresión y miedo para el resto de su vida.

En un intento por remediar un poco la situación, Es

tela decidió irse a la capital con Silvia, su hija mayor para emplearse como sirvientas y ganar algo de dinero para llevar a la familia. Al cabo de unos meses dejó a la hija trabajando y ella regresó con lo ahorrado a traerse a todos los demás. Tanto Pancho como Estela estaban desesperados y viendo que la familia no daba señales de hacerles justicia ni de ayudarlos, vendieron en ochenta pesos la casita que tenían y hace poco más de treinta años, se trasladaron para siempre a la Ciudad de México.

Cuando Estela buscó a Silvia no la encontró; se había ido con la familia con la que trabajaba y durante muchos años no tuvieron noticias de ella. Cuando apareció supieron que había vivido en Mérida pero ya su padre no quiso reconocerla ni recibirla en casa.

Llegaron al barrio de Merced Gómez donde se instalaron como paracaidistas. En aquel entonces los cerros de Plateros estaban montaraces y había mucho espacio, por lo que las autoridades de la delegación lo dejaron seguir viviendo ahí por algún tiempo hasta hace 20 años, cuando en vista de que ya había demasiados paracaidistas, los granaderos tiraron las casas y no quedó nada en pie.

Ciertamente había habido un aviso de desalojo pero

como Estela y Pancho trabajaban de sirvientes de planta y no iban a su casa, no hubo quien supiera organizar la evacuación. Ana María tenía ocho años y recuerda con horror aquellas escenas de destrucción y desamparo.

Ese mismo día se mudaron a la Barranca de Tarango, cerca de un primo que les prestó un cuarto. Ahí Pancho construyó una casetita provisional para que durmieran los más chicos y aquel cobijo era tan chiquito que les salían de él los pies. No pudieron quedarse en Tarango porque pronto surgieron problemas con los parientes a cuenta del vicio de Pancho. Para ese entonces éste y su mujer ya habían tenido 24 hijos. Con los que les quedaban vivos fueron a vivir a los Alcanfores que es una barranca muy empinada donde alquilaban unos cuartos a un señor que era dueño de tierras y gentes. Esa fue la época más dura y amarga de todas las que la familia pasó. "La lluvia bajaba por donde vivíamos y mi mamá nos acostaba en un plástico sobre el piso mojado", cuenta Ana María.

Cuando al cabo de 3 años los Trejo quisieron irse, el casero no los debaja porque quería para sus hijos a Lupe y a Cristina. Fue humillante y problemático pero valía la pena mudarse a la Barranca de Tarango donde serían -

dueños de sí mismos.

Ahí Pancho, que era buen albañil, acondicionó una cueva y mediante algunos añadidos la convirtió en una casita caliente, seca y suficientemente grande para toda la familia. Los cerros verdes eran casi suyos. En esa época les acaecieron dos grandes desgracias:

Pancho trabajaba como albañil en la Colonia Merced Gómez a la que iba y venía caminando por los cerros y cruzando el Panteón de Tarango. Un día de raya no volvió más; alguien lo apuñaló para robarlo cuando cruzaba entre los sepulcros. Después de un día lo encontraron y ahí mismo lo enterraron. A partir de entonces Estela, quien quería mucho a su marido, se quedó sola para sostener a toda la prole.

Para ganar dinero trabajaba como sirvienta, a veces de pie y a veces "sólo por el día"; cuando se tenía que ir todo el tiempo, Cristina, la mayor se hacía cargo de todos sus hermano dándoles de comer, lavando su ropa y cuando podía, enviándolos a la escuela.

A veces Estela también se ponía en las noches en una esquina de Tacubaya con un puesto de quesadillas y al

guna de las chicas la acompañaba para ayudarla. En una ocasión un camión se subió a la banqueta y atropelló a Estela. Queta, la niña de quince años que la acompañaba sólo vio espantada cómo se les venía sobre ellas y le pasaba por encima de una pierna a su mamá. Estela fue hospitalizada por varias semanas y la niña desde entonces se fue poniendo más pálida y triste hasta que murió de susto, de "alferesía" y de falta de ganas de seguir viviendo.

Lupe fue internada en la escuela que unas religiosas tienen en San José Insurgentes donde sostienen a las chicas, les dan educación primaria y las adiestran en varios oficios, especialmente el del trabajo doméstico. Silvia y Cristina también asistían pero solamente por las mañanas. Estas religiosas ayudaban mucho a los Trejo y por un tiempo diariamente les enviaban leche y pan. Se compadecían de esta familia tan numerosa y tan trabajadora que lograba apenas sobrevivir.

Con todo y sus muchas carencias, problemas y penas, Estela siempre ayudó y socorrió a quienes lo necesitaban, de suerte que nunca faltaba alguna sobrina o un ahijado que se arrimara con ella buscando su cobijo. Era una mujer fuerte y alegre pero a veces la vencía la congo

y no podía dejar de lamentarse y llorar su suerte. Decía entonces que su vida era una historia de aventuras y sufrimientos. Algunos de sus hijos aprendieron de ella a ser trabajadores, leales, a tener mucha prole y a considerar como propios a los hijos ajenos que buscan hogar y cuidado. A pesar de sus esfuerzos, casi ninguno de ellos recibió educación primaria completa y no a todos les ha ido bien. Ana María piensa que con ellos "se repite en cada generación, la misma historia de ignorancia e infortunio, como si nunca pudiéramos escapar a nuestro destino".

Silvia, la mayor, la que se perdió durante varios años, trabajó como sirvienta hasta que se casó con un mago que daba funciones en escuelas. Es un buen hombre pero algo temerario; un día al hacer uno de sus ensayos con pólvora, perdió una mano y parte de la casa. Desde entonces y a pesar de estar manco, se dedica a hacer guitarras. Primero estuvo como aprendiz con un maestro y ahora ya ha puesto su propia fábrica. Viven en Apatlaco, adelante de La Viga. Hace como dos años, quienes tenían interés en que salieran de ahí los paracaidistas, pusieron una bomba que acabó con todas las casas. Estela, que entonces pasaba una temporada con ellos, quedó sin pelo, ni cejas, ni pestañas. Finalmente el gobierno les dio un te-

rreno legalizado.

La hija mayor de Silvia canta en las fiestas que organiza una compañía que sirve banquetes. Como le pagan bien y con lo que saca su padre con las guitarras, la familia vive sin demasiada pobreza. En total tienen 13 hijos, de los cuales todos viven.

Cristina, la segunda hija de los que vivieron hasta ser adultos, fue quien sacó adelante a sus hermanos cuando sus padres trabajaban lejos o de tiempo completo. No estudió pues nunca tuvo tiempo para ello, pero sabe de todo lo que sean responsabilidades.

Un día cuando sus papás trabajaban como sirvientes en una casa, la más pequeña de todos los hijos, amaneció muerta y fue Cristina la que se hizo cargo del sepelio. Desgraciadamente se casó joven con un perezoso e irresponsable con quien su vida ha sido aún más difícil que cuando era soltera. Con él ha tenido siete hijos, de los cuales tres ya se han casado y otros son aún demasiado chicos. Para comer, Cristina trabaja como cocinera en una cadena de restaurantes de la Ciudad de México. Antes vivían en Tarango, pero el gobierno desalojó a muchas familias para reubicarlas por la Calzada de Zaragoza.

El siguiente de los hijos vivos es Juan que se emplea como yesero. Este se casó con una mujer muy exigente que le ha ayudado a mantenerse lejos de cualquier vicio. De todos los hijos varones de Pancho y Estela es el único que no bebe y uno de los resultados de su temperancia, ha sido la posibilidad de construirse una mejor posición económica. Como yesero es cumplido, cobra bien y es apreciado entre quienes conocen de construcción. Solamente tiene tres hijos y al igual que Cristina fue sacado del sur de la ciudad y llevado al norte, donde ha construido ya su propia casa.

Concha, la cuarta, está casada con Pedro Ramírez, un empleado del Departamento del Distrito Federal, de los que trabaja arreglando las calles, quien después de salir de ahí, se va a servir como chofer de la línea de peseros que van de Tacubaya a Navidad. Pedro duerme en el taxi y sólo va a casa los fines de semana. Es un buen marido que no se emborracha y que cumple con su deber "arrimando" lo del gasto de su familia propia y de la adoptiva, pues a sus cinco hijos propios se suman los siete de su hermana que murió atropellada. Concha sabe que su marido tiene dos empleos y fuera de eso, no sabe cómo emplea el resto de su tiempo.

Todos juntos ocupan una casita en la Barranca de Tarango. En vez de llevarse a los huérfanos a vivir con ellos donde tenían un terreno propio, Pedro y Concha prefirieron estar cerca del resto de los hermanos y vivir donde siempre habían vivido, por eso vendieron lo que tenían, - con la esperanza de que se regularizara el terreno en donde están los niños y finalmente pudieron tener otra vez algo propio. El dinero de la venta de su terreno se fue en pagar deudas y en ampliar un poco los cuartos en que ahora se acomodan tantos.

Esta vivienda se sitúa en un callejón que sale perpendicular a la Calzada de Las Aguilas y se sume en la barranca y está constituida por un cuarto de escasos 15 metros cuadrados, un baño y una cocina. En la habitación principal que sirve como dormitorio y como sala, hay dos estantes con ropa cuidadosamente acomodada, una cómoda de cajones sobre la que hay una televisión, unas repisas altas a lo largo de las paredes con ropa y cajas de cartón, - dos sillas y dos camas matrimoniales. En éstas duermen parte de los 15 habitantes de la casa; los demás duermen amontonados en el suelo, sobre unas colchonetas que se - tienden todas las noches. Además de los 12 niños, Pedro y Concha hospedan a una sobrina.

La cocina es de tamaño tan minúsculo que apenas caben en ella la estufa, un refrigerador y una mesa con cuatro sillas. Como no hay espacio para fregadero, de la pared sale un tubo con una llave bajo la que se ponen las cubetas para lavar los trastes o la ropa. Colgado de una pared hay un estante con ollas y trastes, todos límpísimos al igual que el resto de la cocina. Un lado de ésta da paso, sin puerta, a la recámara y otro al exterior. Por el vano entra la luz y la vista del magnífico paisaje de los cerros - todavía no urbanizados ni habitados.

A pesar de su pobreza extrema, la familia y la casa de Concha es pulcra y limpia. Sobre los remiendos no se deja ver mugre alguna y todos se bañan con frecuencia aunque sea con agua fría. Afuera, en una especie de tierra - de nadie en la que se confunde la vereda con el patio, hay un par de tanques de gas, un montón de cubetas con ropa que espera ser tendida, varios tendederos y una estufa vieja cubierta con un plástico. En ningún lado se ve la basura fuera de su lugar.

Entre los chicos hay de todas las edades y de todos los temperamentos. De los entenados la mayor, de 17 - años, trabaja como asistente en una escuela. Cuando murió su mamá hace dos años, se deprimió tanto que dejó de

comer y habría enfermado y muerto si el trabajo necesario no le hubiera dado estímulos y abierto un poco los horizontes. Como gana bien se siente satisfecha y su cobertura del Seguro Social alcanza a algunos de sus hermanos. A los demás los cubre su tía Ana María.

La segunda estudia secundaria y ayuda a Concha en los quehaceres de la casa. El que sigue también estudia secundaria y trabaja como mozo en las tardes. Sus hermanas de 14 y 12 años van a la escuela primaria, pero el niño de 11 años, no quiere hacer lo que hacen los demás. Desde que su papá los abandonó se volvió muy rebelde y ni estudia ni trabaja, ni se asea, ni ayuda en nada. Los pequeños también van a la escuela junto con sus primos que son más o menos de la misma edad.

El hijo menor de Concha y Pedro tiene tres años y después de éste ya no quieren tener más pues los médicos dicen que será peligroso, pues hace dos años ella fue operada de un riñón.

Si bien Concha cuida y alberga a los niños huérfanos de su hermana Lupe, los demás hermanos ayudan económica y moralmente a sostenerlos. No sólo todos se esfuerzan especialmente en aportar una cantidad mensual fija si

no que aconsejan a los chicos, los orientan, les consiguen trabajo y los vigilan.

Concha se cansa pero no se queja pues de nada sirve. El trabajo hay que hacerlo y si las cosas no están bien ello no significa que han empeorado; siempre han estado así. A sus 34 años ya ha perdido casi todos los dientes y los pocos que le quedan están en pedazos. Quisiera tener dinero para hacerse una dentadura postiza pero siempre hay otras cosas más urgentes qué comprar. De todos modos le servirían - sólo para comer pues la vanidad no cabe en su vida, ya que todo el día no hace otra cosa que lavar, cocinar, y coser. - Los ojos brillantes y el pelo largo y negro son un lujo que lleva sin conciencia mientras los años y las penas no se los quiten.

De todos los hermanos Trejo Montes, aquellos que peor fortuna han tenido, fueron Luis y José. Ninguno de los dos estudió y desde chicos ayudaban a su padre en los trabajos de albañilería. Un día ambos se fueron a Guajuato a conocer a sus parientes y allá se mezclaron en un pleito que resultó con muerto. Aunque Luis no fue el culpable se le arrestó por ser fuereño y estuvo en la cárcel 2 años. Las cárceles de provincia no malean tanto a los

presos como las de la ciudad grande, de modo que de ahí - Luis salió habiendo aprendido algunos oficios.

José es un poco menor que Luis y siempre estuvo muy apegado a su hermano. Cuando tenía 3 años se enfermó de sarampión y dicen que como consecuencia de ello se le sumió el hueso de la nariz y el del paladar se le reblandeció, además de que desde entonces fue un poco raro.

Luis y José se casaron con dos hermanas originarias de Oaxaca, buenas mujeres, trabajadoras, pero que no estuvieron dispuestas a tolerar muchas de sus irresponsabilidades. Uno tuvo cinco hijos y el otro seis. Las esposas - tuvieron que trabajar para sostenerlos pues los hombres - no se hacían cargo de sus obligaciones. Ambos bebían - con mucha frecuencia pero cuando Lupe fue atropellada, Luis se entregó de lleno a tomar y al cabo de año y medio murió después de haberse convertido en un estafermo lleno de terrores.

José se ha trastornado aún más desde que su hermano falleció y se la pasa hablando solo y haciendo visajes y disparates además de que ahora bebe más y se queda dormido llorando en el panteón sobre la tumba de Luis. Al día siguiente llega a casa de Ana María lleno de tierra y

diciendo incoherencias.

Con tantas penas Estela acabó por morir hace poco, "no tanto porque estuviera débil sino porque desde que mataron a su esposo se enfermó de diabetes".

Todos la han llorado mucho porque era un apoyo incondicional y porque siempre era generosa y alegre. Quienes más la extrañan son Carmen y Ana María pues vivía con ellas y las ayudaba mucho con los niños. Estela nunca estuvo ociosa y siempre encontró la manera de ganar algún dinero. Si no trabajaba como sirvienta en alguna casa, tenía un puesto de quesadillas y tacos o vendía ropa. Sus hijas mujeres siguen su ejemplo.

Ana María es la menor de todos los hermanos vivos. Tiene 28 años, es baja de estatura y muy delgada y bonita. Sus ojos son enormes con negras pestañas pero su expresión es triste y un par de arrugas de preocupación le marcan la frente amplia. Ella es la consciencia de la familia, la que guarda los recuerdos y la que sostiene los hilos que la unen y es quien se da cuenta de que hay una especie de destino del que es muy difícil escapar, ve cómo se van gastando y muriendo sus hermanos y cómo sus sobrinos siguen el mismo camino que sus padres.

Ana María trabaja como asistente en una escuela desde hace varios años y lleva consigo a sus dos hijas de 8 y 6 años que ahí mismo hacen sus estudios.

Por las mañanas se levanta ella muy temprano para dejar la casa arreglada y guisada la comida pues a las 4 de la tarde cuando regresan, las niñas tienen mucha hambre. También se lleva consigo a la mayor y al menor de sus sobrinos; una trabaja con ella y el más chico asiste al jardín de niños.

Por las tardes Ana María lava, cose, limpia, asiste a sus sobrinos y dos veces a la semana hace un curso de regularización de primaria pues quiere terminarla para - seguir estudiando después.

Su casa está a una cuadra de la de sus sobrinos y - también pende sobre la barranca, pero su disposición, su aspecto y sus recursos son muy superiores. El lote de ciento diez metros cuadrados se reparte en tres terrazas que tienen una habitación y un pedazo de patio cada una. En la primera, a la que se llega por unos escalones empinados, hay macetas y un columpio; el cuarto es muy amplio y en él hay un juego de muebles de sala, una máquina de coser, cubierta con una funda, una televisión, un par de

Ana María se resiste a esa condena pero no huye, sólo procura que la vida de su familia sea diferente y para ello trabaja y lucha como nadie supondría que una persona tan menuda y frágil pudiera hacerlo.

Se casó a los 20 años con Rubén Chávez, un joven - cuya familia vive por el rumbo. El es muy trabajador, de conducta aceptable y no tiene vicio alguno que pese sobre él o su familia. Es electricista, oficio para el cual estudió después de haber cursado la primaria completa. Su ambición es independizarse algún día y vivir de hacer lo que mejor conoce y le gusta. Por lo pronto trabaja en una fábrica de muebles y tiene un ingreso razonable. Su casa da señales de su empeño por mantenerla y mejorarla.

Los padres de Rubén siempre se esforzaron porque los hijos estudiaran y los alentaron para que además de trabajar y ayudar en la economía de la casa, estudiaran por las tardes o por las noches algún otro oficio que les fuera de utilidad. Así, una de sus hermanas es secretaria y otra estudia para ser educadora mientras trabaja en una escuela. Todos han merecido felicitaciones de sus empleadores y maestros.

Ana María trabaja como asistente en una escuela desde hace varios años y lleva consigo a sus dos hijas de 8 y 6 años que ahí mismo hacen sus estudios.

Por las mañanas se levanta ella muy temprano para dejar la casa arreglada y guisada la comida pues a las 4 de la tarde cuando regresan, las niñas tienen mucha hambre. También se lleva consigo a la mayor y al menor de sus sobrinos; una trabaja con ella y el más chico asiste al jardín de niños.

Por las tardes Ana María lava, cose, limpia, asiste a sus sobrinos y dos veces a la semana hace un curso de regularización de primaria pues quiere terminarla para seguir estudiando después.

Su casa está a una cuadra de la de sus sobrinos y también pende sobre la barranca, pero su disposición, su aspecto y sus recursos son muy superiores. El lote de ciento diez metros cuadrados se reparte en tres terrazas que tienen una habitación y un pedazo de patio cada una. En la primera, a la que se llega por unos escalones empinados, hay macetas y un columpio; el cuarto es muy amplio y en él hay un juego de muebles de sala, una máquina de coser, cubierta con una funda, una televisión, un par de

libreros, dos cómodas, un ropero, tres camas y tres bu-rós. Las camas están pulcramente tendidas y cubiertas con colchas de cretona floreada; sobre los libreros hay libros y figurillas de cerámica; en las ventanas hay cortinas; el piso es de barro muy limpio y las paredes están pintadas de amarillo.

"Creo que mis dos hijas tienen ahora una vida mejor que la que yo tuve. Ahora cada una tiene su cama y no tienen que dormir en el suelo húmedo," dice Ana María como tratando de convencerse de que empieza a escapar del "mismo círculo de siempre que nos tiene prisioneros".

En la segunda terraza hay un cuarto pequeño y oscuro que se usa para cuando hay que albergar a alguien de los varios parientes que a veces lo necesitan. Su hermano José llega ahí a comer, a dormir o a que le laven la ropa. Junto a este cuarto está la cocina que sólo recibe la luz que entra por la puerta. Una estufa, un refrigerador, un trastero, una mesa y cuatro sillas hacen el mobiliario de este sitio en el que Ana María se esfuerza porque al menos coman todos juntos una vez al día.

En otra terraza hay un baño, una higuera, un cobertizo y bajo ellos un lavadero y una lavadora de ropa Hoover

y varios tendedores.

Todo el terreno está rodeado por una barda pintada y en conjunto da la impresión de casa de pueblo, encerrada sobre sus patios interiores llenos de alegres y bien cuidadas macetas. El único problema que tiene es que una parte de la barranca sobre la que se asienta, era una mina de arena que a veces amenaza con ceder y por eso toda esa parte está reforzada con cemento y piedras además de que Rubén siempre está vigilante de ese muro. Su debilidad fue una de las razones por las que pudieron comprar la casa a un precio muy bajo. La otra razón es que pertenecía a una de sus hermanas que se fue a vivir a una de las casas que le tocó a su marido en un sorteo del Infonavit.

Ana María es estricta en cuando a las condiciones de su vivienda se refieren, se da cuenta de que su hermana y sus sobrinos viven en condiciones de mucha mayor pobreza que ella, pero considera que por algún lado tienen las cosas que empezar a componerse y para ello se necesita esfuerzo y disciplina.

A lo que gana con su trabajo Ana María añade lo que procura con alguna otra actividad. A veces teje sobre pe-

dido, otras vende ropa que ella misma se va a comprar a Aguascalientes y algunas tardes se emplea como sirvienta en la casa de alguna persona conocida. Además de ganar, ahorra, pues ella misma les hace alguna de la ropa a sus sobrinos y a sus hijas, como las camisas para la escuela que saca de sábanas viejas y bien blanqueadas.

Tal vez hay algo de celos entre las hermanas que llevan una vida más difícil y menos próspera, pero no lo dejan ver sino por el contrario, se alegran de que de este modo Ana María tenga más oportunidades de ayudarlos. Entre todos los hermanos hay un cariño profundo que nada corroe; en las desgracias y en la miseria siempre están dispuestos todos a ayudarse.

Es muy probable que Ana María logre que sus hijos estudien y obtengan mejores elementos para prosperar, - para ser más libres y menos vulnerables a las trampas - que han acechado a otros miembros de la familia. Quizás algunos de los sobrinos tengan mejores vidas que las de sus padres y acaso otros no logren escapar a ese temido "círculo" de ignorancia, miseria y vicio.

\* Mientras este trabajo se terminaba, Pedro, el marido de Concha, padre de cinco niños y protector de los sie-

te huérfanos de Lupe, su cuñada, manejando se estrelló contra un poste y murió instantáneamente. Durante una semana la familia lo buscó y finalmente recuperó el cadáver en la Facultad de Medicina de la UNAM.

Aunque ganaba pobremente como peón en el Departamento Central y como taxista y aunque asistía poco en casa, a sus hijos y a sus entenados nunca les faltaba la comida. Ahora la viuda no le queda más que su mala salud, la pensión de viudez que le da el ISSSTE y el apoyo y solaridad de sus hermanas.

## LOS TOMIDIS EN CAMPECHE

La carretera que corre junto a la costa después de pasar por algunas dunas se va convirtiendo en una de las dos calles principales del pueblo.

A los lados aparecen jacalones de madera que adelantan hacia el frente sus verandas de las que cuelgan numerosas hamacas ocupadas por somnolientos pescadores. A medio día han terminado las labores, los lanchones están atracados en el muelle y las redes han sido puestas a secar. - La pesca del día fue bastante buena y se ha vendido ya. El producto que de ella se obtuvo servirá para "irla pasando" un par de semanas, por lo que no será preciso volver al mar hasta entonces. Al parecer de los pescadores no tiene caso hacer más, pues nada ambicionan más allá que vivir - en su casa de madera, a la orilla del mar y holgar cuando les venga en gana. Mientras más cosas se buscan, más preocupaciones se tienen y por eso conviene conformarse - con lo que hay, aunque parezca poco. Nadie tiene por qué - exigirles más. Nadie puede hacerlo.

Cuando la carretera se ha adentrado hasta la mitad del pueblo aparece una ancha avenida que la cruza. Tiene banqueu

tas pero no está pavimentada; en tiempo de aguas se convierte en un lodazal y en el de secas es polvorienta.

En ella están las tiendas del pueblo, el cine, varios conjuntos de viviendas y algunas casas. En los lotes baldíos crecen los matorrales. Las viviendas son de uno o dos cuartos sobre un patio común a toda la vecindad. Algunos tienen balcones en los que se ven mecedoras de palo y bejuco. Por la tarde los pobladores se muestran entre sonrientes y deprimidos, y en las horas ardientes no se ve ni un alma en ellos.

El edificio del cine se abre todos los días al anochecer y sirve también como salón de actos o como pista de baile. Su música se toca en altavoces que llega a todos los rincones del pueblo.

Frente a él hay varias casas de dos pisos. En ellas vive la numerosa familia de Don Eduardo Esteva. Ahí viven su esposa y algunos de los cuarenta hijos que ha tenido con sus otras cuatro mujeres. Algunos de los hijos ya se han casado y le han dado nietos, quienes también viven bajo su cobijo. Los hijos bastardos de Don Lalo son reconocidos por él y su esposa legítima vigila que todos estén bien. Al-

gunos de ellos han hecho carrera; otros se han perdido. -  
Unos se marcharon por su cuenta, con éxito y otros han pre  
ferido quedar bajo su ala autoritaria y protectora.

Don Lalo es blanco y gordo. Su apariencia es poco -  
aliñada pero su expresión es dura y un tanto socarrona.

A la puerta de su casa Don Lalo tiene un par de camion  
etas Pick Up en las que monta guiada por alguno de sus hi-  
jos o yernos para ir a inspeccionar el buen funcionamiento  
de sus asuntos, entre los que se cuentan cinco ranchos re-  
partidos en los alrededores, edificios de departamentos y -  
casas de alquiler, varios caballos de carreras y otros más.

Don Lalo es próspero en sus negocios pues en los ranch  
os tiene 300 cabezas de ganado que van en aumento, que  
le dan más de 100 litros diarios de leche que vende en una  
lechería de su propiedad y la carne, que también vende en -  
el pueblo los martes y los viernes. La bonanza petrolera  
que conoce actualmente la región también lo ha beneficiado.

Gela Esteva de Tomidis es una de sus hijas casadas -  
con un ex marinero griego, vive en uno de los bajos de la -  
casa de Don Lalo y está a cargo de la tienda que se encuen-  
tra al lado. Es una mujer pálida de grandes ojos negros, -

que atiende a su casa y al negocio descansando su enorme -  
humanidad en una mecedora sobre la banqueta de la calle. -  
Desde ahí da órdenes a sus hijos y a sus empleados y desde  
ahí dirige la vida social del pueblo pues en esa misma ban-  
queta se reúnen quienes quieran comentar y discutir sobre  
los asuntos públicos y privados.

Gela recibe a los visitantes con una sonrisa perezosa  
y desdentada mandando que se les traiga una mecedora y -  
una cerveza a cada uno. La bebida es cobrada o invitada -  
según sus simpatías y obligaciones hacia los visitantes.

Nikolaos Tomidis, su esposo, llegó a Coatzacoalcos  
como marinero en un barco hace catorce años. Como le -  
gustó el clima y se encontró con Gela, decidió quedarse y -  
casar. Con ella procreó tres hijos y mediante ella entró en  
negocios con su suegro. Desde entonces Nikolao es el bra-  
zo derecho de Don Lalo, participando en forma subalterna -  
en las decisiones de los asuntos comunes.

El griego se muestra opaco y callado en las conversa-  
ciones de grupo, pero esa apariencia triste se desvanece -  
cuando puede encontrar un interlocutor al que no le importe  
escuchar, en un trabajoso castellano, sus relatos de viajes

y sus opiniones sobre el mundo mexicano que le toca vivir. Nikolao extraña a su patria, encuentra que allá la gente es más civilizada, pero permanece en México porque aquí está su familia; porque a ésta no le gustaría vivir allá y porque en Grecia tendría que trabajar mucho más para obtener la mitad de lo que aquí ha logrado. "Allá la vida es más hermosa pero más dura. Aquí todo es fácil". Para no perder contacto con su tierra, la familia entera viaja a Europa cada dos años.

A sus cincuenta años Nikolao todavía tiene buena presencia por lo que se le considera el galán sucesor de Don Lalo. Gela lo deja vivir con una mezcla de indiferencia, amargura y depresión. Lo acepta porque cuadra bien con el estilo de su familia.

Los hijos de ambos son una niña y dos varones. La mayor tiene 13 años, es rubia, con ojos azules como su padre y su mamá ya se preocupa por sus compañías, de entre las cuales saldrá su futuro marido.

Como a esa edad resultan muy peligrosos los largos viajes en camión para ir a estudiar a Campeche, la niña estudia la secundaria abierta en un local que se encuentra en la

esquina y al que asisten otros muchos del pueblo.

Los hermanos salieron a la madre, con grandes ojos oscuros, largas pestañas, cabello ondulado y tendencia a la gordura y a la vida sedentaria. A sus 10 y 8 años respectivamente, Lalito y Julio acuden a la escuela primaria del pueblo y juegan cerca de Gela el resto del tiempo. A veces el mayor ayuda en la tienda.

Esta es una miscelánea en la que se venden conservas, bebidas, estambres, juguetes, medicinas, artículos escolares y utensilios caseros. Su tamaño no es muy grande pero quienes buscan algo en ella si no lo encuentran, al menos reciben la promesa de que les será conseguido en el próximo viaje a la ciudad grande.

Detrás del mostrador hay dos jóvenes que apenas han dejado de ser niñas pero ya se visten y maquillan como mayores. Su trabajo en la tienda es la oportunidad de salir del estrecho o deprimido círculo social del que provienen para ingresar a otro más amplio dentro del mismo pueblo.

La tienda se cierra en las horas de más calor mientras sus dueños y empleados duermen la siesta en la parte de atrás o en la casa que se encuentra al lado.

Esta casa consiste en tres cuartos que funcionan como estancia, dormitorio y cocina indistintamente. En ellos apenas dejan paso las camas, las mecedoras, la estufa, la máquina de coser, las mesas, las sillas, los roperos y los juguetes. Detrás de los cuartos se abre un gran patio - donde funciona el lavadero, el baño y el tiradero de basura.

Los Tomidis poseen abundantes recursos pero no les interesa cambiar su estilo de vida. No ven que tenga sentido esforzarse por organizar sus bienes de modo que ello les obligue a trabajar más y los coloque en posición de perder el buen sitio que ahora ocupan en su sociedad. Por eso los ranchos seguirán explotándose de igual manera que hasta la fecha, habrá matanza los martes y los viernes; la leche seguirá vendiéndose bronca en su propia lechería y los caballos de carrera darán a la vida la emocionante intertumbredumbre que apenas se necesita.

## EN UNA CIUDAD PERDIDA

El camino al Desierto de los Leones es uno más entre muchos que llevan fuera a quienes huyen de la gran ciudad y que también traen a quienes llegan a ella en busca de mejores oportunidades.

A lo largo de esta vía arbolada se han ido levantando, en los últimos años, conjuntos residenciales y mansiones - rodeadas de jardines, de modo que las zonas que hasta hace poco se consideraban demasiado lejanas para vivir, ven aumentado su valor ante la falta de espacio en las partes viejas de la urbe. Sin planeación, sin calles y sin orden alternan una tras otra las casas pueblerinas con los condominios horizontales y las quintas de lujo, a lo largo de lo que eran carreteras y hoy son avenidas estrechas. Alguna que otra calle, a veces privada y a veces de terracería desemboca en el camino y se interna hacia abajo, siempre hacia -- abajo, para poder dar paso a quienes moran en las barrancas.

La parte sudoccidental de la Ciudad de México parece ría formada por un gran costillar en el que se suceden, - en forma casi paralela, lomas altas y partes bajas. Por en

cima de las costillas, en el lomo de las lomas, van corriendo como en una cuerda floja los caminos de que hablamos. Entre uno y otro hay grandes extensiones de barrancas y tierras bajas. Cuajimalpa, Santa Fe, Santa Lucía, Barranca del Muerto, Tarango, Axomiatla, Camino al Desierto, Olivar de los Padres, San Bernabé, San Jerónimo, La Magdalena Contreras, San Nicolás Totolapan y el Camino al Ajusco son los nombres locales, entre otros, de estos escenarios por los que la ciudad ha crecido casi sin darse cuenta.

Una de estas veredas que se abre entre las mansiones de la loma y que se comunica con el Camino al Desierto por un lado y por el Olivar de los Padres por el otro, lleva a varias colonias populares, de las que aparecen en pocos días, casi de la noche a la mañana.

La familia Ortiz Ahumada vive en una casita de la Colonia Torres del Potrero, en el corazón de la barranca y - que fue una de las primeras en instalar ahí sus reales hace apenas ocho años. Entonces ahí no había más que bosquecillos donde iban a correr las gentes de las casas altas. Ahora esas tierras son ocupadas por calles sin pavimento, y - manzanas donde se apiñan cientos y miles de casas y corrales.

"El terreno me costó \$ 12,000.00 y lo compré con el que teníamos antes en Bosques de Aragón, -dice Casimira la dueña, madre y abuela de la familia- pero como esto crecía muy rápidamente y había mucha gente que quería un pedacito, vendí una parte en \$ 60,000.00 y con eso construimos el chiquero en el que ahora vivimos. Después todavía tendremos que pagar al gobierno \$ 45.00 por metro cuadrado para que lo regularice, pero no sabemos cuándo nos lo va a pedir" "Antes esto estaba muy feo, no había nada, -añade con orgullo Gloria, la hija mayor, ahora se está poniendo bonito porque ya hay más gente y ya no estamos tan solos".

"Por eso tenemos tantos perros, porque antes nos daba miedo y luego no pudimos deshacernos de ellos y como son hembras, nadie las quiere, pero siguen teniendo cachorros y no tenemos corazón para matarlos.

Y en esa vivienda de tres cuartos se apiñan Casimira y su esposo Enrique, con 8 de sus hijos, 5 nietos, 11 perros y 6 gatos.

En la parte delantera de la casa hay un pequeño jardín algo descuidado en el que crecen dos arbolitos de capu-

lín, algunas plantas de frijol, girasoles y demás hierbas -  
medicinales.

Lo rodeaba una cerca de alambre, pero los perros y los nietos la han tirado y así quedo, como cayó. Por entre las plantas se abre una puertecita de lámina que comunica a un cuarto en el que hay una cama matrimonial en una esquina y un altar con veladoras, palmas y estampitas ante imágenes de la virgen y de algunos santos sobre una repisa dorada.

Esta pieza tiene, además de la puerta que comunica con la calle, otras tres que dan a otra recámara, a la cocina y al patio trasero, respectivamente.

En el cuarto de al lado apenas hay espacio para caminar pues además de ser chico, acomoda dos camas matrimoniales, una cuna, dos máquinas de coser y dos cómodas sobre las cuales está una televisión y varias cajas de cartón que contienen ropa. Ante las máquinas de coser no hay sillas pues no cabrían, por lo que quienes las usan se sientan en las camas. Estas se cubren con colchas de nylon estampado no muy limpio, manchado y maloliente.

Al cuarto no lo ilumina más que la luz que entra por

una pequeña ventana y durante la noche un foco que cuelga - del techo.

En la cuna duerme un bebé de un año; en una de las - camas hay una gata con cuatro gatitos recién nacidos y en - la otra otro bebé de seis meses que duerme junto a un mon- tón de telas y vestidos a medio confeccionar, de los que las hijas mayores de la familia maquilan para los proveedores de la ropa que se vende en los mercados.

En esta recámara duermen dos adultos y un niño en - cada cama además de los 6 gatos. Las paredes de éstas son de tabicón, los techos de asbesto y los pisos de cemento. - En invierno son muy fríos y en primavera muy calientes.

El tercer cuarto de la construcción principal de la ca - sa constituye la cocina. La escasa luz que deja pasar una ventanita ilumina el desaliño y la miseria. Sobre el piso de tierra se acumulan montones de basura de variada proce - dencia. En un rincón hay una estufa sobre la que se enci - man, amontonados, uno sobre otro, trastes y cacharros - sucios. En una mesa pequeña y destartada hay más tras - tes sucios mezclados con periódicos, dos radios, un peda - zo de muñeca y algunos trapos viejos. En una esquina, so - bre una vieja cubeta volteada hacia abajo, hay un garrafón

de plástico con agua.

La cocina es sórdida y poco hospitalaria y ni una silla ayuda a convertirla en un sitio cálido, semejante a lo que son sus parientes, las cocinas rurales. Los alimentos se preparan y se comen de pie, con prisa, a la carrera, sin rito y sin rutina, nada más como un bocado que se ingiere cuando se siente hambre. Frijoles, sopa de pasta, tortillas, alguna fruta y verdura, chiles y salsas, leche de bote, pocos huevos, gansitos, papas fritas, refrescos y a veces carne y queso, constituyen la dieta de esta familia.

Una tercera recámara la constituye un cuarto con-  
struido con pedazos de cartón y madera; en ella duermen --  
tres de los hijos varones en unos malos camastros.

Toda la parte trasera de la casa es un gran corral en declive. En él está una porqueriza sucia y maloliente que alberga, bajo cubierta de lámina, a una gran puerca blanca. Al lado de ella hay un pequeño cobertizo en el que se amontonan pedazos de cosas viejas con las que juegan los niños y junto está el lavadero con sus montones enormes de ropa sucia, esperando el remojo, el cual a veces tarda en llegar.

La Colonia Torres del Potrero no tiene servicios y la

poca agua que recibe le llega acarreada por "pipas" que llenan los toneles, tambos y cubetas que se alinean en las calles. Cada casa recibe una determinada cantidad de agua - por la que paga un precio muy alto. Este varía según la época del año y el arbitrio del distribuidor. A veces pasan muchos días sin que llegue la pipa con el agua necesaria para lavar y bañarse y por eso se amontonan los trastes y la ropa sucia; por eso la porqueriza nunca se lava; por eso el mal olor que se desprende de lugares, cosas y personas; - por eso el jardín delantero parece marchito; por eso del baño se reduce a un hoyo en el piso del corral y a una tina de plástico protegido de la intemperie y de las miradas ajenas por unas endebles paredes de maderas y piedras.

En la parte final del corral, aprovechando que la pendiente es tan abrupta que el terreno baja casi verticalmente, se tira la basura, lejos de la vista, pero casi encima de los techos de las casas que se encuentran más abajo.

De los 300 metros que le quedaron a Doña Casimira, después de haber vendido una parte, alquila a dos de sus hijos casados una pequeña parte en la que se levantan dos -- cuartos pequeños. Uno es la cocina y el otro es la recámara. En ella hay dos camas matrimoniales, una mesa y dos

roperos. En una cama duerme Elías, su esposa Consuelo y dos de sus cuatro hijos y en la otra duermen Gloria, su esposo Efraín y dos de sus tres hijos. Los otros niños duermen en la cocina en unos camastros. Sobre la mesa hay un grande, lujoso y nuevo aparato de sonido, con cuatro bocinas. Las camas están deshechas porque Consuelo se va a trabajar desde temprano y Gloria siempre está cansada. El conjunto es amontonado, desaliñado, sucio y poco hospitalario.

Casimira Ahumada nació hace 45 años en Izúcar de Matamoros, Puebla. Fue hija natural de un hijo de familia muy rico de la región que no quiso reconocerla. Su madre la dejó al nacer pues no soportó el desaire de su amante ni la deshonra y se fue a la Ciudad de México a trabajar. La niña se crió con su abuela y su vida con ella fue plena de privaciones y trabajos, tejiendo petates de palma, confeccionando dulces y yendo en burro cargado de mercancías para venderlas de casa en casa en el pueblo cercano. Aunque su padre sabía que a veces ella pasaba hambre y tristezas, nunca la acogió ni la apoyó y sólo se contentaba con mandarle un poco de maiz y alguna ropa usada. Cuando tenía 14 años su abuela murió y en vista de la desobligada ac

titud de su progenitor, Casimira decidió irse a México a buscar a su madre a la que había visto en muy pocas ocasiones. Esta se había casado con otro hombre del que tenía una hija y un hijo, y Casimira no fue bien recibida. En los primeros meses "tenía que lavar, con una pastilla de jabón café, todo un costal de ropa de albañil a cambio del techo y la comida". Cansada de la falta de afecto, de los malos tratos y del mucho trabajo, Casimira se escapó con una amiga para trabajar con sirvienta en una casa; su madre dio con ella y cobró su sueldo hasta que se volvió a escapar y la perdió de vista. Entre madre e hija no hay cariño sino mucho rencor y recriminaciones.

Casimira siente celos de su hermana menor y lamenta su triste suerte de cenicienta. "Desde que nací he tenido mala estrella, dice, y mi vida parece un rosario de penas, tristezas y problemas". Si mi padre me hubiera reconocido, me hubiera podido casar con un muchacho rico del pueblo que me pretendía, pero como no quiso, tuve que venirme a México y aquí no he parado de trabajar y penar.

Después de unos años de emplearme como sirvienta, actividad de la que ahora se avergüenza, Casimira se escapó con un novio pintor de brocha gorda quien también había

sido huérfano, abandonado y originario de Zacatecas. Lo -  
quiso, se casaron por lo civil y con él tuvo dos hijos pero -  
un día se enfermó de pulmonía fulminante y se murió.

En su lucha por sostener a sus hijos, se encontró con  
el que sería su segundo marido, con quien ha tenido nueve -  
hijos. José Ortiz es obrero de demoliciones y le da por la  
bebida. A veces es buen esposo y buen padre, pero a veces  
"se me descompone mucho" dice Casimira. "Ahora, por -  
ejemplo, no arrima ni un centavo a casa porque tiene otra  
mujer y por eso nos vemos en muchos apuros. ¿De dónde -  
sacamos para comer?. Ni modo, nos tenemos que poner a  
trabajar en lo que sea, aunque a él no le guste

Hace un tiempo cuando José no andaba tan descompues  
to, se encontró en una demolición unos centavos de oro y -  
con eso se compraron un terreno en Valle de Aragón. An-  
tes habían vivido por muchos años en el Peñón, pero ya no  
cabían en el cuarto que alquilaban.

Casimira trabajó durante 17 años en una fábrica de -  
ropones en las calles de Venustiano Carranza. El trabajo  
era pesado, pero le servía pues a prendía a coser, ganaba  
un sueldo fijo y tenía las prestaciones del Seguro Social -

donde nacían los muchos hijos que iba teniendo. Un día por desgracia el dueño se declaró en quiebra y cerró la fábrica. A Casimira le tocaron, como remedo de indemnización dos mil pesos y dos máquinas para coser dobladillos. Además de la amargura por su mala suerte, Casimira sacó cierta habilidad en la costura de maquila, misma que pasó a sus hijas y que ahora les sirve para ensamblar y terminar ropa barata.

Los doce pesos que les pagan por cada vestido no se multiplican en suma suficiente como para dar de comer a tantas bocas que dependen de ella y por eso, contra todo su gusto, una o dos de las hijas mayores y ella bajan a San Angel a buscar empleo como sirvientas. Si encuentran acomodo sirven por dos o tres días a la semana y al cabo de un tiempo abandonan el trabajo hasta que lo vuelven a necesitar.

Mientras Casimira trabajó como costurera, la hija mayor de su primer matrimonio cuidaba a los pequeños. Cuando vivían en la vecindad de El Peñón tenía que dejarlos encerrados con candado para que no se salieran del cuarto ni se pelearan con los otros niños del barrio ni le causaran problemas con las vecinas.

Ahora, mientras unas mujeres trabajan, las que se quedan en casa cuidan a los hermanos menores y a los hijos de las otras. El dinero ganado "se arrima" al gasto familiar y así entre todos se reparten los beneficios y los trabajos.

A Casimira le gusta tener a sus hijos cerca y a ninguno le niega la ayuda o el apoyo cuando lo necesitan. Ella siempre tiene presentes sus sufrimientos de hija abandonada y sola y por eso está determinada a nunca permitir que alguno de sus hijos o de sus nietos pase las amarguras que ella padeció. "No importa que seamos más pobres, acá todos caben".

Su hijo mayor, Efraín, es yesero y no gana mal pero tiene el vicio de la bebida y los días de raya llega a casa tomado y con unos pocos pesos que no alcanzan para que Consuelo, su mujer, alimente a sus cuatro niños. "Aunque sea mi hijo, dice Casimira, tengo que reconocer que es un desobligado y un borracho. ¡A ver! ¿Qué se le va a hacer?. Su mujer siempre está de malas porque se cansa de trabajar y además porque desde que se operó para ya no tener familia, tiene unos arranques de rabia que yo creo que a veces va a matar a alguno de los niños. Yo no sé qué le -

pasa, pero así está desde entonces y me tiene muy preocupada y enojada pues a cada rato tenemos pleitos".

Mientras Consuelo trabaja como afanadora en una oficina, sus cuñadas cuidan a sus hijos de los cuales dos van a la escuela primaria que está a 10 cuadras.

Gloria, la cuñada que comparte el cuarto con su esposo, su hermano, su cuñada y sus hijos, se ve cansada, flaca, gastada, con manchas de paño en la cara y su sonrisa desdentada pues ya le faltan varios dientes. En sus brazos carga a un bebé al que todavía amamanta. -Quisiera destetarlo pues se siente agotada, pero va a esperar a que se cumpla un año pues el bebé aún no tiene dientes. Además prefiere seguir amamantándolo para ya no encargarse más familia. Su marido dice que se va a operar pero no lo hace y mientras tanto ella vive temerosa pues no sabe qué hacer ya que ve que su cuñada se ha descompuesto de los nervios desde que se operó y por otras partes se ha enterado de que las pastillas hacen daño y los otros métodos anticonceptivos no son muy seguros.

Gloria se casó por las dos leyes con Francisco Martínez, un muchacho trabajador y bastante bien portado que

trabaja en una tapicería. Gracias a ese empleo, su familia está inscrita en el Seguro Social aunque no ha podido aprovecharlo porque en los partos, por ejemplo, no reciben a Gloria cuando está a punto de dar a luz y la mandan a hospitales que están al otro lado de la ciudad. Al final de cuentas ha ido a dar a hospitales privados donde han tenido que pagar caro por la atención médica.

A Gloria le preocupa el ejemplo que su hermano da a su esposo y la deprime el horizonte de pobreza y trabajos que se abre ante su vida. Por ser la mayor de todos sus hermanos, siempre ha tenido mucho más consciencia de lo que sucede a su familia y ha tenido que cargar con el peso de responsabilidades muy superiores a su edad y a su capacidad para soportarlas.

El tercer hijo de Casimira y el primero de José, su segundo marido, vive en Toluca donde trabaja como obrero en una fábrica.

Noemí le sigue en edad pero a sus 23 años ya ha corrido por senderos intranquilos y peligrosos. Cuando tenía 16 años era el orgullo de su madre por su belleza física, pero eso mismo la llevó a rechazar la humildad y po-

breza de su familia y a sumirse en hondas depresiones de las que salía para explotar llena de ira y frustración. Al cabo de un tiempo de ese mal talante, Noemí, quien trabajaba con su madre en la fábrica de ropones, huyó de su casa y desapareció durante algunos meses. Su familia la buscó en cárceles y hospitales y a veces se ponían a caminar las calles de las colonias para ver si la encontraban. Casimira apenas comía y dormía pensando en el paradero de su hija hasta que un día le dijeron que andaba trabajando en un club nocturno. La hija fue rescatada, pero al poco tiempo volvió a escaparse repitiéndose el ciclo de la búsqueda, el encuentro, el rescate y la recriminación. La chica ya no se preocupó por parecer decente y Casimira decidió mudarse de barrio porque ya empezaban las habladurías y los chismes sobre si las demás hermanas también vendían sus favores. Fue por eso por lo que vendió su terreno y su casa en Valle de Aragón y se fue a vivir a Torres del Potrero, aunque esta última colonia careciera de todos los servicios.

Noemí vivió algún tiempo en el mundo de la noche hasta que un día decidió regresar a casa. Nunca quiso hablar de sus experiencias y Casimira la recibió calladamen

te, sin reproches, aunque no así su padre ni sus hermanos. Al cabo de dos años se hizo de un novio con quien se fue y tuvo un hijo. El era chofer y aunque conocía el pasado de Noemí no le importó. Un día chocó y fue a dar a la cárcel por lo que ella regresó a la casa paterna de la que volvió a salir cuando su hombre estuvo libre y le hizo otro hijo. Para entonces él ya no la quería tanto y la dejó. Noemí quiso salir adelante sola, sin pedir ayuda a nadie, pero no pudo, por lo que contrita y derrotada volvió a buscar el asilo de su madre. Desde hace varios meses vive ahí, callada y triste, pero ayudando a sus hermanas con sus hijos y a su madre con los menores.

Casimira confía en que el fracaso de Noemí sirva para mantener a Silvia, una fresca y bonita jovencita de 16 años, lejos de la tentación de huir y darse a la mala vida, pero la chica tiene demasiada vitalidad y muy pocas satisfacciones en casa como para aprender en cabeza ajena. La madre le pide que no se pinte tanto pero Silvia no le hace caso y aprovecha cualquier ocasión para salir de la casa. Aunque podría hacerlo, no va a la escuela porque su papá piensa que las mujeres no tienen por qué estudiar, ya que "para tener hijos y criarlos no se necesita lo que la escue

la enseña".

El único hijo de Casimira y José que ha terminado la primaria es Manolo, un joven de 20 años que se emplea como mozo en un edificio del centro. Los demás han abandonado la escuela en tercero o cuarto año empujados por la necesidad de ganarse unos pesos rápidos, por la falta de apoyo y estímulo paterno, por la lejanía de los centros escolares, por no poder pagar a veces las muchas cosas que les piden a los niños, ni los pasajes de los camiones que tienen que tomar cuando la escuela queda lejos de casa, por la desesperanza y el horizonte gris y cerrado que se abre ante sus vidas y por la ausencia de un modelo cercano y fuerte que les haga ver que vale la pena el esfuerzo de estudiar.

Ernestina y Carmen de 13 y 11 años respectivamente, van a la escuela cercana cuando no hay un pretexto fácil que se los impida. Es probable que alguna de ellas la abandone definitivamente antes de terminar la primaria.

Angela, de 6 años y Alicia, la hija menor de Casimira y José, van al jardín de Niños con Pablo y Santiago, los hijos mayores de Efraín y Consuelo. Sobre estos niños se

vuelcan las pocas esperanzas que tiene la familia y también ellos son la única fuente de las satisfacciones que reciben.

En el caso de la familia Ortiz Ahumada se ve con claridad que el ser humano no vive única y principalmente de las satisfacciones que recibe. La vida en este caso se percibe como una fuerza extraña y misteriosa que mueve al hombre hacia destinos que éste no comprende y que fatalmente lleva a sus miembros a situaciones en que sus respuestas serán ineficaces y tristes sus resultados.

## UN MARINERO DE TIERRA

En plena zona arqueológica del Estado de Veracruz, - cerca de Alvarado, se encuentra la Heroica Escuela Naval Antón Lizardo. Mientras afuera todo se muestra descuidado, dentro de los muros de la institución reina un ambiente de extremo aliño. Los jardines tienen flores, los setos es tán podados y el césped es liso.

Por los caminos del limpísimo cemento, sombreados por los árboles que los bordean, van y vienen marineros en blanquísimos e impecables uniformes. Todos se ven ocupados y diligentes; ni uno manifiesta aburrimiento o cansancio bajo el calor ardiente del trópico.

Las varias alas de los edificios de la escuela tienen corredores cubiertos por dentro y por fuera por los que el aire fresco circula haciéndolos agradables. Algunos edificios albergan los dormitorios; otros las aulas de clases, los amplios salones de armas, las cocinas y comedores; - las oficinas, el museo, el gimnasio y los cuartos de recreo. Al fondo está la escuela para los hijos de los oficiales.

Entre algunos edificios y otros, hay jardines, alberes

cas y canchas de juego y en todas partes se hombres traba  
jando o haciendo guardia.

A esta escuela ingresó el marinero Antonio Castro ha  
ce unos meses. Al principio no entendía el por qué de tan-  
tas órdenes pero ahora ha aprendido a obedecer sin pregun  
tar ni discutir. Hay algunos superiores que se enojan más  
que otros y de todos modos no le gusta quedarse castigado  
sin salida.

Antonio es soltero y agradece la suerte de su condi-  
ción. "¡Cuánto más pesado sería tener una familia y mantene  
ner y una esposa que le supervisara su vida!"

A los 21 años el marinero considera que la vida que  
tiene por delante no será tal vez muy exitosa ni estimulan-  
te, pero por lo menos le ofrecerá días de alegría y disfru-  
te.

Su posición dentro de la Escuela Naval le impedirá -  
progresar en la carrera, pues al ingresar prefirió hacerlo  
como empleado, con una paga y más tiempo libre, en vez  
de como estudiante, con menos ingreso económico y más  
obligaciones pero la posibilidad de construirse ascensos y  
mejorar.

De todos modos Antonio no cree que tenga la capacidad de hacer todos los estudios que se requieren, ni de aprenderse tantas cosas, ni de tomar decisiones de responsabilidad. Más le vale trabajar como lo hace, en las tareas de orden y limpieza, que ambicionar aquello por lo que muchos compiten y así lo piensan también sus superiores.

El joven decidió ingresar a la Escuela Naval hace más de un año, cuando se dio cuenta que de la parcela de cuatro hectáreas que sus padres tienen y trabajan en La Huasteca Potosina, no le quedaría más que un pedazo pequeñísimo cuando tuviera que dividirse entre los cuatro hijos de la familia. Como los hermanos mayores ya se hacían cargo de las labores del rancho, Antonio consideró que no tenía mucho caso pretender a más. Sus padres lo alentaron en su decisión porque saben que pronto lo que las tierras dan será insuficiente para los hijos de sus hijos. "Ve y haz tu vida en otra parte, pero no te metas en problemas" le dijeron, y él se enteró por medio de un primo, que había posibilidades de entrar a la Escuela Naval y ahí se presentó a solicitar su ingreso.

Antonio sabe que nunca viajará en barco, a menos -

que haya guerra, pero en ningún momento se plantea el an-  
tojo de esa imposibilidad.

La vida es bastante buena así como se le da: es joven,  
goza de buena salud, tiene un trabajo, sabe lo que debe ha-  
cer y lo que ha de evitar, come todos los días y se divierte  
cuando hay feria. Se consideraría un tonto si no disfrutara  
de su suerte.

## IV

UBICACION DE LAS ENTREVISTAS.

ANTIGUA.- La entrevista fue realizada del 27 de julio al 6 de agosto de 1980. Para realizarla acampé en el huerto contiguo a la casa durante esos días, mismos en los que conviví con la familia y participé en sus actividades.

LA INICIATIVA PRIVADA.- Entrevista realizada durante las primeras dos semanas del mes de mayo de 1981, en los propios locales de la taquería, la palettería, las casas de Socorro y de Lucía y el mercado de Xochimilco.

TAJIMAROA.- Este testimonio fue recogido en tres etapas, que correspondieron a tres visitas. La primera fue del 12 al 18 de septiembre de 1980; la segunda del 30 de octubre al 5 de noviembre de ese mismo año y la tercera en la primera semana de marzo de 1981. En cada ocasión acampé en el bosque cercano a la laguna pero pasaba el día en la casa del rancho participando en las actividades de la familia.

LA MERCED.- Este testimonio fue recogido en diversas ocasiones durante los años de 1978 y 1979.

LOS MÉDIEROS.- La familia Estrada vive en un valle cercano a Ciudad Hidalgo, Michoacán. La entrevista fue llevada a cabo en una visita de cinco días en el mes de mayo de 1980.

LOS MOJADOS.- La entrevista con estos indocumentados fue llevada a cabo los días 6 al 11 de julio de 1981, en la ciudad de los Angeles, California.

PESCADORES EN AKUMAL.- La entrevista se realizó en el mes de marzo de 1980, durante una estancia de 15 días acampando en la playa frente al rancho de la familia Lara.

CAMILA DE IXMIQUILPAN.- Testimonio recogido del trato con el propio personaje durante varios años.

BACALAR.- Este testimonio fue recogido durante una estancia de 8 días acampando en el corral frente a la casa, en el mes de abril de 1980.

LOS PARACAIDISTAS.- Este testimonio se derivó de varias entrevistas llevadas a cabo entre los meses de noviembre de 1980 y febrero de 1981 y que se realizaron en las viviendas de la propia familia.

LOS TOMIDIS DE CAMPECHE.- La entrevista se llevó a cabo en el mes de julio de 1981, en la tienda y la casa de Gela Esteva y Nicolao Tomidis, en las cercanías de Campeche.

EN UNA CIUDAD PERDIDA.- Esta entrevista fue llevada a cabo los días 18 al 21 de enero de 1981, en la vivienda de Casimira Ortiz Ahumada, situada en la colonia El Piloto.

UN MARINERO DE TIERRA.- Entrevista realizada en la Escuela Naval Antón Lizardo, en Veracruz, en el mes de julio de 1980.

V

CONCLUSIONES

1.- La historia la hacen de alguna manera todos los hombres que viven en un momento; no sólo los notables sino también los anónimos. El papel que unos y otros juegan es distinto; mientras que los primeros marcan con sus hechos, hitos, giros y tendencias, los segundos constituyen el ambiente, el medio y la finalidad de la acción de los primeros.

2.- Todos los hombres de un grupo social y que viven en una época participan de una misma mentalidad. Esta es una forma de representarse al mundo, a la vida y a sí mismos y se refleja en prácticamente todos los actos de los hombres.

La forma como los hombres hacen y viven, tiene un contenido; éste es el que inspira y mueve. Forma y contenido van juntos. Conocer a uno por la otra ayuda a comprender.

3.- Las mentalidades tienen una génesis y no hay una que se explique sin las que le antecedieron. Al historiador le interesa seguir ese rastro, ya sea

para encontrar lo que en un momento viene de otras épocas o para seguir la evolución de los hechos y costumbres a partir de un momento del pasado, es decir, rastrear hacia adelante y hacia atrás.

4.- El estudio de las mentalidades contemporáneas interesa a los historiadores porque proporciona un conocimiento sobre un presente efímero que se convierte rápidamente en pasado.

Por otra parte permite entender mejor hechos pasados al ver en el presente sus consecuencias. Asimismo rescata materiales que de otro modo estarían perdidos, formando así un acervo documental de gran utilidad para los historiadores de otras generaciones.

5.- Entre la historia de las mentalidades contemporáneas y la sociología hay una línea divisoria tan borrosa que puede dar lugar a confusiones e invasiones de territorios.

A quienes tengan el prurito de la exactitud en estos aspectos, es posible decir que de hecho siempre ese ha sido terreno de la historia, que ésta lo perdió en algún momento y que urge que lo recupere.

Por otra parte, conviene señalar que mientras la sociología describe a las sociedades en buena medida para predecirlas y para derivar generalizaciones

que las expliquen, la historia las ve en su devenir, en su pasado y en su unicidad, pretendiendo explicar hacia atrás y sobre lo que ya ocurrió y no hacia adelante sobre lo incierto y no acaecido.

6.- De todos modos la preocupación de este trabajo no fue cuidar las fronteras entre algunas ciencias hermanas sino tratar de ampliar lo más posible las maneras de allegarse un conocimiento. Este, al fin de cuentas, es uno mismo y universal.

7.- Los testimonios agrupados en esta tesis son periodísticos y muestran la posible colaboración de una actividad que se ocupa de lo efímero y lo trivial y que sólo pretende ser útil en el presente, con una labor de historia de lo contemporáneo.

8.- A manera de simples ejemplos de cómo pueden servir este tipo de testimonios para la historia de las mentalidades del México contemporáneo, es posible hacer las siguientes observaciones:

Antigua.-

La zona es rica y feraz pero su capacidad es aprovechada poco debido a las características de distribución de la tierra y sobre todo a la mentalidad de sus habitantes que prefieren un ritmo de trabajo pausado. Ahí las personas no se quejan

por lo que les depara la vida ni las circunstancias. Tienen gusto por lo que hacen y una gran vitalidad y simpatía. Les gusta a los pequeños propietarios ser dueños y señores de su vida. Hay una gran colaboración entre vecinos.

El núcleo social es la familia extensa. La mujer ayuda y apoya al marido. El padre es abuelo y patriarca. Los hijos son recibidos como vienen, se tienen muchos y se les considera una bendición. Esto va provocando que al no poderse repartir tanto la tierra, se generen alternativas de trabajo y producción: emigración a las ciudades o conversión a modos de producción rural más sofisticados y eficaces.

En una visita posterior se encontró que Don Salvador ha adquirido ya un tractor y entre varios de sus vecinos empiezan a pensar en procesar algunos de sus productos. Esto requiere de capital pero sobre todo, de una combinación del empuje de la necesidad y de la mentalidad adecuada. La gente como Salvador Aguirre tiene esperanzas y ciertos recursos personales, lo cual la hace agente de cambio.

Los papeles de padre, madre e hijos están muy bien definidos y esta claridad los limita pero les da una seguridad y una orientación básicas en la batalla por la supervivencia. Todos los miembros de la familia trabajan unos para otros. Existen en sí pero no se conciben sin los demás, lo cual

le da al núcleo familiar una fuerza tremenda.

Aunque algunos hijos emigran y se adquieren propiedades en las ciudades, las raíces están en el campo y en el trabajo en la tierra, lo cual los protege contra los vaivenes de la economía de consumo, tales como la inflación y el desempleo.

La familia ha ido acumulando algunas propiedades y bienes desde que Salvador y Chata se casaron y eran muy pobres, es decir, que con trabajo y solidaridad familiar han demostrado que es posible en esta época de la post-revolución mexicana, que haya acumulación de riqueza y cierto éxito económico, que la movilidad social es un hecho que muestran éste y otros muchos ejemplos y que mientras económicamente se progresa, mientras socialmente hay un avance, algo de la mentalidad se perpetúa y ello es lo que les da raíz y orientación, mientras que otro aspecto de la misma, precisamente les da la soltura y la flexibilidad para adaptarse.

La vivienda y las formas de comportamiento alrededor de las faenas domésticas y laborales son copia casi exacta de lo que sus antepasados hicieron y usaron. Tal vez varían los utensilios pero no su aplicación ni las relaciones entre las personas al manipularlas.

### La Iniciativa Privada.-

La gente que protagoniza este testimonio es del mismo tipo que la que se encontró en Antigua. Personas esforzadas, extremadamente pobres en algún momento de sus vidas, amantes de lo que hacen y que aprovecharon la solidaridad y la unión familiar y su trabajo para no sólo sobrevivir sino forjarse una posición desde la que los hijos puedan moverse mejor hacia el futuro.

La diferencia entre una y otra, aparte de las características individuales, radica en que mientras una se quedó en el campo, la otra emigró a la ciudad. Fuera de eso las relaciones entre los miembros de la familia son muy semejantes. Es la vida del campo que ha venido a la ciudad, es la ruralización de la urbe, es el ingrediente que hace que las ciudades modernas no lo sean tanto.

Si se recurre a las estadísticas y a las cifras que proporcionan las autoridades en ese respecto, se entera uno que personas como las de este relato llegan diariamente a la ciudad por centenares. Ellas traen consigo sus costumbres, sus modos de trabajar y de relacionarse y aunque trabajen en fábricas y en oficinas, siguen teniendo una mentalidad campesina.

Este puede ser el material para estudios que otros emprendan en el futuro y que seguramente han de ser fructíferos y de interesante aplicación.

Se ve por ejemplo, que Socorro curó a sus hijos con hierbas, infusiones, compresas y remedios propios del saber popular y ancestral, pero sus nietos son sometidos a antibióticos y vitaminas. Pareciera que hay un rompimiento pero lo cierto es que otras personas van ahora de la medicina moderna a la tradicional, buscando una alternativa híbrida.

Los hijos de Lucía ayudan en la palettería pero ella no quiere perturbar sus estudios con las obligaciones del trabajo por lo que se prepara para que en un futuro ellos se dediquen a sus carreras. Aquí hay ya una modificación.

Una situación a caballo es la de Inocencio, cuya mentalidad no concibe que un corte de pelo cueste más de \$35.00 en 1982. Esa incapacidad para asumir la inflación tiene, como contrapartida, una capacidad para "arreglarse" con ingresos muy bajos y para hacer rendir el dinero de tal manera que asombra constantemente a las personas de clases socioeconómicas más altas. Eso es lo que constituye el margen de tolerancia de los pobres y que va disminuyendo conforme van mejorando económicamente y conforme modernizan sus mentalidades. Otra cosa es la que los sustituye, pues nunca quedará el vacío.

### Tajimaroa.-

En este rincón se observa una gran resistencia a absorber las influencias del exterior, aunque la familia Solís tendría los medios económicos para modernizar su vivienda y sus medios de explotación y producción.

Al tiempo que hay esta casi nula disposición al cambio, la gente vive una especie de resignación no amarga, una conformidad con el destino.

Existe también un recelo a mejorar por temor a suscitar envidias y las raíces están muy hondas en un pasado original aislado. Todo indica una violencia contenida bajo la calma.

La supervivencia está a cargo de la mujer y éste es un rasgo tan fuerte que se ve en muchos otros lugares del campo e incluso en la gente de clase media baja de las ciudades.

Aunque no se busca ni acepta el cambio, los pobladores de esa zona aprecian mucho la educación y otro rasgo curioso es la planificación familiar que ha impuesto una nueva venida de una rancharía más cercana a la ciudad.

### Los Medieros.-

En este caso es posible ver cómo una familia empobreció y cómo desaprovechó una y otra vez las

oportunidades que le presentaron la vida y las circunstancias.

En esta mala suerte influyó notablemente el aspecto negativo de la mentalidad de esos valles alejados de las ciudades y de la civilización moderna.

La violencia contenida bajo la paz aparente es una realidad dispuesta a salir a la superficie en cuanto se rompe cierto equilibrio. El resentimiento y el odio que están latentes por doquier no se convierten en enemigos mas que cuando se les da importancia. Por eso los modales de los que triunfan o sobreviven bien tienen una elegancia y señorío que saben extraños en los lugares agrestes. Esta es la única manera de conjurar la "mala suerte", es decir, de no ceder a la provocación, al rencor ni a las agresiones veladas. La fortuna está de parte de quienes aguantan impávidos, de quienes ni aceptan provocaciones ni dan motivos para ella.

El optimismo forzado de Doña Gloria tiene como objeto contrarrestar la negatividad de su suegra que los ha arrastrado a un círculo vicioso de rencor, envidia, autocompasión y huida.

Estos mismos rasgos se encuentran presentes en las maneras de la política mexicana, donde es premiada la gentileza que deriva de la fuerza intrínseca, del "aguante", de la resistencia a la violencia subterránea.

Asimismo explica el fracaso invencible de los débiles que no saben como sostenerse frente a la adversidad. En uno y en otro caso se trata de maneras de saber, de los polos opuestos de un mismo rasgo de la mentalidad.

La Merced.-

"Los estudios de Elena fueron mediocres, pero no así su presencia en el grupo... La falta de puntos en los exámenes los suplió con su ánimo alegre y entusiasta... [Los maestros] nunca consideraron reprobarla pues pensaban que esta chica, después de todo quiere promoverse y necesita la carrera de secretaria. No será preciso que sobresalga en taquigrafía si de todos modos es buena trabajadora".

En estas líneas está la clave para comprender los resortes de la educación de la época más reciente de la post-revolución mexicana. No importa saber cómo hacer algo, sino querer hacerlo; no importa de dónde provenga el que lucha, pero triunfará si quiere promoverse... Los planes de estudios, los programas, todo el sistema escolar se adapta a las tendencias del estudiante. La discrecionalidad del maestro desempeña un papel mucho más importante que las reglas.

¿De dónde sacaría México los maestros que moverían las cifras del analfabetismo tan radicalmente

en cuestión de pocas generaciones? Los analfabetas de antier son los maestros de hoy y ello no sería posible sin que una mentalidad adecuada respaldara tal audacia, impensable en otros países desarrollados.

Hay que pensar también en las implicaciones del artículo III de la Constitución Mexicana de 1917 y en la mentalidad que lo inspiró. ¿No estaba acaso presente un espíritu democrático que quiere la participación de todos en la vida política y en las decisiones nacionales? ¿No es el positivismo el que considera que sólo el saber y la educación pueden facilitar lo anterior? ¿Y a todo ello no se suma acaso un rasgo de una moda universal que sella los tiempos presentes y que quiere imponer el "bienestar para todos"? ¿Cuál es el resultado de esta mezcla en México?

Se ve por un lado un nivel educativo general muy bajo según ciertos parámetros, se ve una imposibilidad de prever hacia dónde se moverá la población, pues una secretaria lo mismo puede convertirse en vendedora, en agente de viajes, en ama de casa o en aspirante a diputado previo paso por la Universidad. Al mismo tiempo se ve una ejecución promedio mediocre de los trabajos, pero en conjunto los logros del país en materia de economía y promoción social son ejemplares frente al resto del mundo.

¿No está el secreto de este desempeño en unas características de la educación que obedecen a un propósito y a una mentalidad?

Bacalar.-

En este testimonio aparecen, entre otras cosas, señales de una relación que más se parece a la esclavitud que a la servidumbre. Son vestigios de costumbres muy antiguas y que pueden ser vistos con cierta facilidad en una región que ha permanecido hasta hace muy pocos años, muy alejada de la metrópoli y de sus adelantos e imposiciones.

La joven Remedios fue regalada por su madre a Doña Carmen y recibe a cambio de sus servicios nada más que techo, comida y afecto. De ser propiedad de una mujer (su madre natural) pasó a serlo de otra (su ama). La chica podría escapar, pero no lo hace porque, según su mentalidad, el trato le conviene.

Se podrían aducir al respecto todo tipo de juicios morales, se podría etiquetar el asunto de "barbarismo retrógrado", de "práctica inhumana", de "explotación capitalista", pero no es ese el propósito de este trabajo ni el de la historia. Esta quiere ver el pasado para entender el presente y para ello solamente describe y relaciona.

El cuadro de Bacalar muestra con claridad casi mágica lo que fue ayer y en lo que aquello se ha

convertido. El pueblo fantasma y los recuerdos de Don Alvaro son reliquias que difícilmente se pueden conservar en lugares más expuestos al tráfico de personas y sucesos.

Por otra parte, la situación de la mujer es en este testimonio un asunto interesante, no sólo desde el punto de vista psicológico y sociológico, sino también histórico, pues el status de Doña Carmen y de su hija Dora, así como el de cada una de las otras mujeres de la casa, son formas de postura en el mundo que han desaparecido casi con el paso a las ciudades y a la modernización. ¿Dónde si no en este tipo de imágenes se apoyan los movimientos varios de liberación femenina habidos en la historia durante los últimos cien años, incluso en México." Piénsese sólo en lo que llevó a los legisladores a considerar a la mujer en igualdad jurídica respecto al hombre.

#### Pescadores en Akumal.-

La familia de Doña Lupe Lara describe un caso de colonización de una zona del territorio mexicano prácticamente virgen hasta hace poco.

Así describe precisamente las vicisitudes de la familia en su esfuerzo por abrirse paso, asentarse y sobrevivir en un pedazo de tierra. También habla de su particular forma de triunfar en su empeño, que es muy distinta de la de otros colonizadores en

otras partes del mundo y en otras épocas.

Los vertiginosos cambios que vive México en cada unade sus partes y en su conjunto, obligan a casi únicamente mirar asombrados el momento presente por una necesidad urgente de ubicarse y orientarse aquí y ahora. Sin embargo una mirada más larga y detenida permite ver cómo se llevan a cabo esos cambios y quién los realiza. Si de la noche a la mañana uno se encuentra con que existe un asentamiento donde antier había una milpa o un llano, uno se pregunta ¿de dónde vino aquello? ¿cómo se gestó? ¿quién movió el mundo estático donde el intelecto se encuentra a sus anchas?

El propio cambio obliga a seguir corriendo sin responder, pero precisamente a la historia le incumbe hacer consciencia de ese devenir, porque de lo contrario no se cumpliría el propósito del mismo Herodoto: "escribir la historia para impedir que las acciones realizadas por los hombres se borren con el tiempo".

#### Conclusión final.-

Estos son solamente unos ejemplos del aprovechamiento que puede hacerse del material que se presenta y éste es sólo uno entre otras muchas posibilidades. De hecho, éstas se encuentran en todas partes. Todo cuanto existe en el mundo de lo humano

es de alguna manera, consciencia de un pasado, de un devenir y en todo ello hay rastros de lo que le antecedió. Asimismo lo presente es el eslabón entre aquello que fue y lo que vendrá.

Para verlo solamente basta abrir muy bien los ojos, aprender a mirar de otra manera y saber hacer las preguntas adecuadas al casi infinito material que se ofrece.

Esto requiere naturalmente de una actitud del historiador que quiere saber y comprender. No se trata de otra cosa.

## VI

B I B L I O G R A F I A

Samaran, Charles, et. al. L'histoire et ses methodes,  
Bibliotheque de la Pleiade, Gallimard, Brujas, 1961,  
1771 p.

Alberro, Solange y Gruzinski, Serge, Introducción  
a la historia de las mentalidades, México, INAH,  
Seminario de Historia de las Mentalidades y Religión  
en el México Colonial, Cuaderno de Trabajo del  
Depto. de Investigaciones Históricas, No. 24. 1979,  
319 p.

Meyer, Eugenia y Olivera de Bonfil, Alicia, "La his-  
toria oral. Origen, metodología, desarrollo y pers-  
pectivas", en HISTORIA MEXICANA, no. 82, Vol. XXI,  
Num. 2, Oct-Dic., 1971

Huizinga, Johan, El otoño de la Edad Media, Trad.  
José Gaos, Revista de Occidente, Madrid, 1965, sexta  
ed. 512 p.

Meyer, Michael, C. "Habla por tí mismo Juan. Una  
propuesta para un método alternativo de investiga-  
ción", en HISTORIA MEXICANA, no. 87, Vol XXII,  
Num. 3, Ene-Mar., 1973

Calderón de la Barca, Madame, La vida en México  
durante una residencia de dos años en ese país,  
trad. Felipe Teixidor, Ed. Porrúa, México, 1959,  
585 p.

Ramirez, Santiago, El mexicano, psicología de sus motivaciones, Grijalbo, México, 1977, 191 p.

Paz, Octavio, El Laberinto de la Soledad, Fondo de Cultura Económica, México, 191, p.

Béjar Navarro, Raúl, El Mito del mexicano, Editorial Orientación, México, 1971, 2a. ed. 1982

Zea Leopoldo, "Conciencia y posibilidad del mexicano", "El occidente y la conciencia de México", "Dos ensayos sobre México y lo mexicano". Ed. Porrúa, México, 1978, 128 p.

Villegas, Abelardo, La filosofía de lo mexicano, UNAM, México 1979,

Castells, Manuel, Crisis urbana y cambio social, Siglo XXI, México, 1981, 322 p.

Terkel, Studs, Working, Avon Books, Chicago, 1975, 8a. ed. 762 p.

Higgins, Ronald, The Seventh Enemy, The human factor in the global crisis, Pan Books, Manchester, 1980, 275 p.

Wiener, Norbert, The human use of human beings - Cybernetics and Society, Avon Books, Chicago, 8a ed. 1967, 281 p.

Leñero, Luis y Fernández R, Ma. Estela, Formas de vida en ciudades medias del centro de México. Instituto Mexicano de Estudios Sociales A.C., México, 1983

Alonso, José Antonio, Sexo, trabajo y marginalidad urbana, Ed. Edicol, México, 1981, 117 p.

Hodara, Joseph, Los futuros, un marco de referencia, Fomento Cultural Banamex, A.C., México 1978, 132 p.

Lasch Christopher, The culture of narcissism, Warner Books, New York, 1979, 447 p.

Szalai Alexander and Andrews, Frank, The quality of life, Comparative studies, Sage, Studies in International Sociology, Los Angeles, 1980, 289 p.

Feather, Frank, Through the '80 s, World Future Society, Washington, D.C., 1980, 431 p.

Segovia, Rafael, La politización del niño mexicano, El Colegio de México, México, 1982, 264 p.

López, Jaime, Qué opina el mexicano sobre las elecciones, Colección Duda, Editorial Posada, México, 1976, 159 p.